

AYUNTAMIENTO DE MADRID

REVISTA
DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO



AÑO VIII.—JULIO, 1931.—NÚMERO XXXI

Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

DIRECTOR: MANUEL MACHADO

Redactor Jefe: A. MILLARÉS CARLO. Secretario: JOSÉ RINCÓN LAZCANO

SUMARIO

M. HERRERO-GARCÍA.—*El comercio de Madrid.*

ERASMO BUCETA.—*Dos cartas de Antonio Pérez al duque de Villahermosa.*

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.—*La condesa de Castellar, fundadora del convento «Las Carboneras».*

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.—*La vida madrileña en tiempo de Felipe IV.*

VARIEDADES: JOSÉ SUBIRÁ: *Varias tonadillas víctimas de la censura.*

CRISTÓBAL ESPEJO: *Antonio Fonseca y de Ayala, señor de Coca y Alaejos, contador mayor de Hacienda.*

RESEÑAS: [Bermúdez de Castro, Salvador], *marqués de Lema. Cdnovas o El hombre de Estado* (S. DE R.).—Seco, Rafael.—*Manual de Gramática Española* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—Bullón, Eloy.—*La independencia de Bélgica* (J. DELEITO Y PIÑUELA).—Rodeuwalddt, Gerhart.—*Arte clásico: Grecia y Roma* (S. DE R.).—*Serie escogida de autores españoles* (AURELIO BAIG BAÑOS).—Mele, Eugenio, y Alonso Cortés, Narciso.—*Sobre los amores de Gutierre de Cetina y su famoso madrigal* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).—Lozoya, *marqués de. Historia del Arte Hispánico* (RAFAEL MARTÍNEZ).—Boix, Félix.—*Obras ilustradas sobre Arte y Arqueología de autores españoles publicadas en el siglo XIX* (S. DE R.).—Arce Blanco, Margot.—*Garcilaso de la Vega. Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI* (JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA).

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA.

Esta REVISTA se publicará cada tres meses

La correspondencia literaria y administrativa debe dirigirse a la Biblioteca Municipal, calle de Fuencarral, 84, Madrid.

Las suscripciones se pagarán por adelantado y por giro postal, sobre monedero o letra de fácil cobro las de provincias y extranjero.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, un año.....	10 pesetas.
Provincias, Portugal, países Hispanoamericanos y EE. UU. del Norte, un año.....	12 —
Demás países, un año.....	14 —

Número suelto, 3 pesetas.

No se admite más colaboración que la solicitada. No se devuelven los originales que se remitan.

REVISTA

DE LA

BIBLIOTECA, ARCHIVO Y MUSEO

AÑO VIII

JULIO, 1931

NÚMERO 31

EL COMERCIO DE MADRID

En el siglo xvii, el comercio, condicionado mediante una minuciosa reglamentación gremial, sufrió en Madrid una nueva restricción, de que en este artículo vamos a ocuparnos: la restricción de emplazamiento de las lonjas o almacenes de mercaderías, que hoy llamamos simplemente tiendas.

Unos cuantos documentos originales del Archivo Histórico Nacional nos permiten conocer los lugares del viejo Madrid donde se hallaban instalados los establecimientos de comercio, ofreciéndonos con ello una interesante ilustración del estudio toponímico de sus calles que en esta REVISTA venimos publicando. Cuanto digamos en este artículo se hallará, pues, confirmado en los documentos antedichos que insertamos al final.

* * *

La invasión en Madrid de comerciantes genoveses, franceses, portugueses, etc., creciente a través de todo el siglo xvii, dió ocasión a un curioso fenómeno: la aglomeración alrededor de cada Embajada extranjera de los mercaderes de aquella nacionalidad. Fenómeno muy natural, dadas las exenciones y privilegios de que gozaban las casas de Embajadores, cuya protección se aseguraban mejor aquellos comerciantes extranjeros viviendo en la vecindad de su patrón natural.

La Junta de Comercio observó el hecho y apreció los perjuicios que a la Hacienda Real se irrogaban de aquella vecindad. Habían llegado las cosas a punto de no poder pasar inadvertidas; los barrios de Embajadores

eran precisamente los barrios del comercio madrileño. En consulta de 21 de marzo de 1683 la Junta expresada expuso «cuánto convenía que las lonjas de mercaderías, que estaban en varios cuarteles de Embajadores, se marchasen y pusiesen en paraje público y apartado de ellos».

Junto con la denuncia del daño daba la Junta el conveniente remedio, proponiendo que todas las tiendas se trasladasen a la calle de Atocha. Aprobó Carlos II el proyecto, y el 22 de abril de 1683 la Junta de Comercio puso en sus reales manos copia de la orden dada a todos los mercaderes de lonjas, para que trasladasen sus establecimientos a la calle de Atocha.

Pronto se echó de ver que el sitio señalado era reducido para la cantidad de comercios que había que instalar; por lo cual, a 23 de mayo siguiente, la Junta volvió a proponer al rey la necesidad de ampliar la demarcación hecha, comprendiendo en ella las calles antiguas afluentes a la de Atocha. También hubo de ampliarse el plazo señalado para la mudanza, pues los vecinos e inquilinos de dichas calles, a los que se obligó a desalojar sus casas para alquilarlas a comerciantes, se resistieron, como era natural, y hubo sobre ellos largos y enojosos expedientes. Tampoco faltó resistencia por parte de los mercaderes, algunos de los cuales llevaron su oposición a la mudanza, hasta el extremo de abandonar el negocio antes de perder el antiguo arrimo a sus Embajadas.

Al fin, en 25 de septiembre inmediato, la Junta de Comercio entregó al monarca una relación completa y detallada «de los nombres y patrias» de los mercaderes que habían efectuado el traslado, de los que no habían accedido a la real disposición, del emplazamiento de los primeros y de «lo que pareció conveniente prevenir para los que se habían excusado de comerciar con el pretexto de la mudanza de habitación». Todo mereció la aprobación del rey, y así quedó solventado este problema y localizado el comercio madrileño en el trozo de la calle de Atocha desde Santa Cruz a Antón Martín y varias calles, no todas, de las que desembocan en ella, especialmente la plaza del Angel.

Este régimen duró intacto hasta el año 1687, en que se dictó otra orden ensanchando el recinto comercial. Motivaron esta modificación, de una parte, las numerosas solicitudes de comerciantes genoveses, que pedían apremiantemente mudarse a casas más cómodas y mejor acondicionadas para sus negocios, y, de otra parte, las instancias de algunos propietarios de fincas que por estar enclavadas fuera de los límites señalados no podían alquilarlas al comercio. A las razones alegadas por los primeros se añadía el ofrecimiento de algunos de aquellos que quitaron la tienda por no mudarse, y que a los cuatro años se mostraban propicios a volver al comercio con tal de que se les permitiera establecerse en la Carrera de San Jerónimo. Alegaban que en la calle de Atocha y sus bocacalles no había sino casas inadecuadas para comercios, porque o eran casas de mucho precio o eran casas de vecinos, y las tiendas no podían eximirse de la servidumbre de paso a los demás pisos o viviendas a cualquier hora del día y de la noche. Además, los caseros se valían de la ocasión sabiendo que

los comerciantes se hallaban precisados a vivir allí y elevaban excesivamente el precio de los alquileres.

Por lo que a la topografía de Madrid respecta, echamos de ver, entre las razones alegadas por los solicitantes, que ya estaba en el mismo estado de centralidad y concurrencia pública que hoy la acera de Gobernación y la Carrera de San Jerónimo hasta el Hospital de los Italianos, que caía en la esquina que forma la Carrera con la calle de Cedaceros.

Todos los genoveses pretenden instalarse en ese sector, declarando «ser lo mejor y más frecuentado», a la vez que libre de la jurisdicción de Embajadores.

La Junta de Comercio elevó a S. M. en 1687 todos estos memoriales, con una razonada exposición de lo que sería conveniente hacer. En concreto se accedía a una ampliación o ensanche de la zona acotada para los mercaderes; mas no se les complacía en autorizar su instalación en la Carrera de San Jerónimo, sino en la «calle de las Huertas, desde la entrada por la plazuela del Angel, por una y otra acera, hasta su salida por la del Amor de Dios, enfrente del Hospital de Antón Martín, porque de allí abajo es mucha la distancia para el comercio». Asimismo proponía la Junta incluir en la demarcación comercial «la calle de las Carretas, entrando por la plazuela del Angel hasta llegar a la Puerta del Sol». Aunque nada propone la Junta respecto de la calle que hoy llamamos de San Sebastián, donde un tal Bernardo de Lazcano solicitaba alquilar unas casas que había construido exprofeso «con todas las piezas bajas necesarias para el ministerio de mercader de lonja», ya declara que por tratarse de «sitio tan contiguamente inmediato a los señalados por una y otra parte pudiera ofrecerse poco o ningún reparo para condecender a su instancia».

El rey envió el expediente al Consejo Real, con la advertencia «Veráse en el Consejo y diráme su parecer.» He aquí los textos:

I

«Sobre la extensión de *calles para las habitaciones y lonjas de los mercaderes* que componen este gremio en la Corte ha hecho la Junta de Comercio la consulta inclusa: Veráse en el Consejo y diráme su parecer. Fecha 29 de noviembre de 1687.—Al Presidente del Consejo.

Bernardo de Lazcano, vecino de esta Corte, ha dado en la Junta el memorial incluso, en que suplica a V. M. que por las razones que expresa se sirva concederle licencia para que las casas principales que tiene detrás de la lonja de la parroquia de San Sebastián, que se fabricaron con toda la disposición que necesitan los mercaderes de lonja para el ministerio de su comercio, las pueda arrendar a cualquiera de ellos, por la orden que hay de V. M. para que todos tengan sus habitaciones y lonjas en las calles que les están señaladas.

Sobre consulta de 21 de marzo de 1683, en que la Junta representó a V. M. cuánto convenía que las lonjas de mercaderías que estaban en varios cuarteles de Embajadores se mudasen y pusiesen en paraje público y apartado de ellos, proponiendo el sitio de la calle de Atocha y la forma en que parecía podía disponerse, fué V. M. servido expresar con particularidad en su Real resolución que reconocía V. M. la conveniencia que tenía la proposición que hacía la Junta, y que así se conformaba con ella V. M., y que para asegurar la ejecución de materia que tanto importaba, se impusiesen las penas que V. M. se sirvió de declarar en la misma Real resolución, para su más inviolable observancia.

En cumplimiento de ella, e inmediatamente que se publicó, se expidió por la Junta la orden conveniente para su ejecución, de que puso copia en las Reales manos de V. M. con consulta de 22 de abril siguiente. En otra de 23 de mayo dió cuenta a V. M. de la extensión de casas que parecía preciso conceder a las calles contiguas que salen a la de Atocha para la mudanza de los mercaderes de lonja y prorrogación del término que les estaba señalado, a que V. M. se sirvió responder como parece.

Y últimamente, con consulta de 25 de septiembre del mismo año, puso la Junta en las Reales manos de V. M. relación de los nombres y patrias de los mercaderes de lonja que en ejecución de las Reales órdenes de V. M. se habían mudado a la calle de Atocha y otras contiguas a ella, expresando también los parajes y dueños de las casas que se habían ocupado y lo que pareció conveniente prevenir para los que se habían excusado de comerciar con el pretexto de la mudanza de habitación. Y V. M. fué servido responder: «Está bien.»

Con la precisión debida ha entendido la Junta a la puntual observancia de la Real resolución de V. M. en orden a la vivienda de los mercaderes de lonja en los parajes señalados. Y aunque es cierto que la casa de Bernardo de Lazcano, que suplica a V. M. le conceda licencia para que la pueda alquilar a cualquiera de ellos, se halla en sitio tan contiguamente inmediato a los señalados por una y otra parte que pudiera ofrecerse poco o ningún reparo para condescender a su instancia, todavía, teniendo la Junta tan presente como debe lo consultado y resuelto por V. M. en esta materia, que se ha estimado siempre por de la suma importancia que manifestaron los fundados motivos con que se representó a V. M., y más cuando, en consideración de su reconocimiento, fué V. M. servido mandar que se ejecutase así, dando providencia a las órdenes que se habían de expedir y penas que se debían imponer para su más inviolable observancia, no ha pasado la Junta a conceder esta licencia sin dar cuenta a V. M. de lo que ha precedido y ha representado sobre semejantes instancias. Pero con el nuevo motivo que reside de la súplica que hace Bernardo de Lazcano, y que son repetidas las que han interpuesto diferentes mercaderes que han sido de lonja y han dejado de continuarlo por la estrechez del comercio y no poder acomodarse proporcionadamente para él con sus tratos y habitaciones en la calle de Atocha y demás

sitios señalados contiguos a ella, y que si se les diese extensión a otras volverían muchos al comercio, y aun algunos de caudal le aumentarían introduciéndose de nuevo en él, en que se incluyen diversos hombres de negocios genoveses que residen en esta Corte y han presentado los memoriales incluso firmados de sus nombres en esta razón. Aunque la Junta no ha asentido a la calle de la Carrera de San Jerónimo que proponían por ser sitio más desviado de los principales que por contiguos se han destinado para este efecto, considerando lo mucho que conviene el aumento del comercio, y que éste en proporción puede tenerle con la extensión de habitaciones para los mercaderes de lonja que por mayor le componen, y que se ha reconocido que en la calle de Atocha y demás inmediatas a ella que se les señalaron no hay casas suficientes en que cómodamente puedan aposentarse según las necesitan para su ministerio, y que de algunas que pidieron con esta calidad cuando al principio se les precisó a la mudanza fué necesario desalojar a los inquilinos que las ocupaban (sobre que no fueron pocas las representaciones que se interpusieron para la contradicción), y que los dueños de muchas no se ajustan a la moderación de la tasa de los alquileres, por creer que habiéndose de obligar a los mercaderes de lonja a que las vivan han de pagarles lo que les pidieren.

Parece a la Junta que para ocurrir a todo lo expresado, siendo V. M. servido de mandar así, se les puede conceder para extensión de sus habitaciones y lonjas la calle de las Huertas, desde la entrada por la plazuela del Angel, por una y otra acera, hasta su salida por la del Amor de Dios, enfrente del Hospital de Antón Martín, porque de allí abajo es mucha la distancia para el comercio, y a la unión y mayor comodidad de él se ha atendido y debe atender siempre. Y la misma extensión parece también puede concederse a la calle de las Carretas, entrando por la plazuela del Angel, hasta llegar a la Puerta del Sol, pues unos y otros parajes son inmediatamente contiguos a los sitios que están señalados y con distancia mucha de las casas que ocupan Embajadores, que ocasionaba para el comercio, con la protección que daban en sus cuarteles a los interesados, el único motivo que tuvo la Junta para representar a V. M. que, con el de la conveniencia pública de la unión de los gremios, se sirviese V. M. de mandar se mudasen de ellos con sus habitaciones los que componían el de mercaderes de lonja; y en esta misma instancia repetirá siempre V. M. las que se ofrecieren, considerando lo mucho que en ello se atraviesa su Real servicio. V. M. mandará en todo lo que fuere más conforme a él.—Madrid, a 28 de noviembre de 1687.»

II

«Señor: Bernardo de Lazcano, vecino de esta Corte, dice que tiene unas casas principales detrás de la lonja de San Sebastián, las cuales se fabricaron con todas las piezas bajas necesarias para el ministerio de mer-

cader de lonja, que es la conveniencia de piezas bajas que todos los mercaderes buscan y necesitan por el gran peso que tienen las mercaderías de que comercian; lo cual no tiene ninguna de las casas de los sitios señalados a dichos mercaderes, y porque dicha casa no está en las calles señaladas no se ha alquilado ni alquila de más de tres años a esta parte, de lo cual se me ha seguido y sigue grave daño y perjuicio, por ser dicha casa el principal caudal y hacienda que tengo para sustentar mis hijos y familia, y actualmente tengo persona comerciante que las toma en arrendamiento permitiéndose por V. M.

Y porque dichas casas referidas están dentro de los sitios señalados, porque si se mira bocacalle de la plazuela del Angel, están en ella; si se mira por la de Atocha, lo están también; además que más abajo de dichas casas, que es la plazuela de Matute, vive Gaspar Núñez Liseo, mercader de lonja, con permisión de V. M., y porque no hay razón que estando como están dichas casas en el principal comercio y bocacalles referidas del se me perturbe el no poder arrendar a mercaderes de lonja, siendo como son el principal caudal que tengo para mi sustento y el de mis hijos y familia, en cuya consideración a V. M. pido y suplico se sirva de concederme licencia para arrendar las dichas casas a cualquier mercader que las quisiere, que recibiré merced y justicia.»

III

«Señor: Doria Mucio y Juan Felipe Garibaldo, naturales de Génova, dicen que, como es notorio, ha muchos años que sus casas han negociado mercaderías en esta Corte y todos estos Reinos, y habiendo sido las de mayor caudal y tráfico, y que han causado más beneficio a la Real hacienda de V. M. por las grandes sumas que han contribuido a sus Reales rentas de puertos secos, diezmos de la mar, alcabalas y renta de lanas, y mediante la esterilidad de estos años pasados y de la resolución de V. M. en que fué servido mandar que todos los mercaderes comerciantes se mudasen a la calle de Atocha y demás calles señaladas por la Junta de Comercio, han sobreseído en sus negocios, así por dicha razón como por la incomodidad de las calles señaladas, en las cuales no hay casas suficientes para poderse acomodar, porque las unas son de excesivo precio y otras muy pequeñas y otras de mucha vecindad, siendo así que los mercaderes que comercian lo más de que necesitan es de casas solas y de moderado precio, y deseando los susodichos volver a la continuación de sus negocios,

Suplican a V. M. sea servido, que por vía de ensanche de calles, mandar señalar la calle desde San Felipe el Real hasta el Hospital de los Italianos y sus bocacalles por ser la mejor y más frecuentada del comercio, independiente de jurisdicciones de Embajadores, en que recibirán merced de la poderosa mano de V. M.»

IV

«Señor: Jácome Fasson y Pedro Pablo Piranzola, naturales de Génova y mercaderes de lonja en esta Corte, dicen: Que en ejecución de la orden por la cual V. M. fué servido mandar que todos los comerciantes se mudasen con sus familias y lonjas a la calle de Atocha y demás señaladas por la Junta de Comercio, obedecieron prontamente la Real orden de V. M., aunque con grave descomodidad suya, por no haber hallado en dichos parajes casas a propósito ni de precio competente a su posibilidad, habiéndoles sido preciso meterse en casas de vecindad, las cuales son de grave perjuicio a los suplicantes por el evidente riesgo de sus haciendas, mediante el no poder negar el uso de la servidumbre a los vecinos a todas las horas que quieren entrar y salir en ellas, no excusando poner todo lo referido en la Real consideración de V. M., a quien humildemente suplican sea servido, que por vía de ensanche de calles, mandar señalar la calle desde San Felipe el Real hasta el Hospital de los Italianos y sus bocacalles, por ser la mejor y más frecuentada del comercio e independiente de jurisdicciones de Embajadores, en que recibirán merced de la poderosa mano de V. M.»

V

«M. P. S.: Juan Felipe Garibaldo, mercader de lonjas en esta Corte, de nación genovesa, puesto a los Reales pies de V. M., dice: Que V. M. fué servido mandar que todos los mercaderes de lonjas de ella se mudasen a la calle de Atocha y otras para que en ellas comerciasen, y el suplicante, en cumplimiento de lo referido, lo hizo desde la calle Real de la Carrera de San Jerónimo a la plazuela del Angel, donde ha tres años vive pasando suma descomodidad, con detrimento de su salud y la de su familia, como es notorio, y que por ella y ser muy húmeda y sombría la vivienda que tiene se ha ocasionado la muerte de Juan Bautista Monjardín y dos criados y un hijo, el día de Nuestra Señora de la Encarnación, que en el discurso de este tiempo han fallecido, y aunque de su parte ha hecho diligencia de buscar casa, en los sitios señalados donde mudarse no la ha hallado, porque unas son de excesivo precio, y otras sin comodidad; porque se halla con el desconsuelo referido lo pone en la Real consideración de V. M., además de que su casa y lonja ha cuarenta años permanece en esta Corte comiendo con el crédito que es notorio, habiendo sido el que primero ha contribuido a V. M. con los derechos que ha causado en este tiempo y otros que se han ofrecido (sin excusar a ninguno), que pasarán de 600 ducados, y que se halla casado con natural de estos Reinos y naturalizado en ellos por la Real cédula que V. M. fué servido mandar despa-

char en vista de la naturaleza que le concedió el Reino junto en Cortes, y que todo el tiempo que lleva referido ha tenido su asiento dicha lonja en la Carrera de San Jerónimo, en atención a lo cual, y que la dicha calle no tiene impedimento para comerciar en ella, y que es Real y pública, como es notorio,

Suplica a V. M. se le dé licencia para que se pueda mudar con su lonja a la referida calle de la Carrera de San Jerónimo, donde, como tiene dicho, ha permanecido por espacio de cuarenta años, sin que en ellos haya dado motivo o queja alguna, como también V. M. ha sido servido de concederle a Juan Tomás Cafarena, de su misma razón y mercader de lonja, que desde la calle de las Carretas se muda a la calle del Caballero de Gracia, donde actualmente vive; que así lo espera de la Real protección y amparo de V. M. en que recibirá merced.»

VI

«Francisco María Poncelo, José Semín, Nicolás Mandilo y Juan Peralgallo, naturales de Génova, dicen: Que ha muchos años que están en esta Corte, donde han comerciado de mercaderes de lonja, y por causa de la esterilidad de los tiempos ha más de cuatro años que dejaron la dependencia de dicho comercio, y por que desean volver a comerciar como antes, y por causa de la novedad que se introdujo de que los mercaderes de lonja viviesen todos en sus lonjas, casa y habitación en la calle de Atocha y demás señaladas, en las cuales han hecho diferentes diligencias para buscar casa a propósito con lonja, escritorio y vivienda de que necesitan y no la han podido hallar, por ser todas las casas que hay en dicha calle desacomodadas para el tráfico de mercaderes, que lo más esencial de que necesitan es casa sola sin vecindad, por el grande riesgo que podía haber en sus haciendas siendo casa abierta, que no se le podía negar a la vecindad la servidumbre de sus viviendas a las horas que quisiesen, en consideración de lo cual, y del beneficio que recibirá la Real hacienda de V. M. de que haya muchos mercaderes que comercien,

Suplican a V. M. se sirva de que por vía de ensanche de calles, y para vivir con la comodidad y resguardo que llevan referido, mandar señalar la calle de San Felipe el Real hasta el Hospital de los Italianos y sus bocacalles, por ser de lo mejor y más frecuentado del comercio, independiente de Embajadores ningunos, y haber en dicha calle muchas casas solas acomodadas, que con esto se alentaron muchos que han dejado dicho comercio a volver a comerciar, pues de otra suerte les será preciso por la descomodidad de casas el no hacerlo, que en ello recibirán merced de la poderosa mano de V. M.—Nicolás, Francisco, etc.»—Firmantes (1).

(1) Arch. Hist. Nac., Consejos, legajo 7.126.

No poseemos hasta ahora los varios documentos que se mencionan en los textos que anteceden, ni conocemos la resolución que recayó en este asunto. Lo más verosímil sería la anuencia del Consejo a la propuesta de la Junta de Comercio. De todos modos, las noticias que nos suministran estos papeles preinsertos son más que suficientes para conocer la situación o localización del comercio tenderil en el último tercio del siglo xvii. Otros detalles más particulares, como nombres de comerciantes, volumen de los negocios, relaciones sociales entre genoveses y españoles, etc., hallará quien tenga interés en ello en la lectura de estos documentos.

M. HERRERO-GARCÍA.

DOS CARTAS DE ANTONIO PÉREZ AL DUQUE DE VILLAHERMOSA

Las buenas relaciones de amistad existentes entre Antonio Pérez y el cuarto duque de Villahermosa, sexto conde de Ribagorza, D. Martín de Gurrea y Aragón (1525-1581), llamado «el filósofo aragonés», eran ya antes de ahora conocidas. D. José Ramón Mélida, en la *Noticia de la vida del duque*, que va al frente de la edición de los *Discursos de medallas...*, compuestos por aquel magnate, había, en efecto, publicado dos comunicaciones del secretario Pérez al duque (Valladolid, 1553, y Madrid, 1578) y una desde Inglaterra (1555), dirigida a la condesa viuda de Ribagorza, doña Ana Sarmiento, madre de D. Martín, las cuales claramente mostraban la persistencia de conexiones afectuosas (1). Como se ve, el trato venía manteniéndose desde fecha bastante remota.

En la carta escrita desde Valladolid el 26 de noviembre de 1553, Pérez habla de las cuestiones que al duque preocupaban, «en las cuales yo he tenido la voluntad que siempre junto con el celo que debo al servicio de V. S. por los continuos favores y mercedes que me ofrece, las cuales estimo en lo que es razón, y V. S. no debe tener a mal que yo no las acepte; pues no lo dejo porque no conozca cuán mucho me viene y cuán seguramente puede aceptar cualquier merced un hombre de tan poca importancia como yo de un tan gran Señor; pero ni es cosa que le cumple, ni menos le cumple a V. S.; bástele saber que yo no puedo quedar más obligado, aunque me diera todo su Estado» (2). En la de Madrid, 8 de octubre de 1578, manifiesta que prefiere entrevistarse con D. Martín, el hijo del duque, que aparece también mencionado en una de las que ahora ven la luz, lo cual «podría muy bien hacerlo disimuladamente, que sin ruido ninguno yo le hospedaría en mi casa del campo, y allí nos podríamos ver y hablar»; y añade: «Y aunque de secreto pienso servir a V. S., más que en público,

(1) *Discursos de medallas y antigüedades que compuso el muy ilustre Sr. D. Martín de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa*, con una *Noticia de la vida y escritos del autor*, por don José Ramón Mélida [Madrid], 1902, págs. LXIV-V, LXX-I y CIX. La biografía de este primate se extiende desde la página XXXVII a la CXXII, y las indicaciones sobre sus escritos aparecen en las páginas CXXIX y siguientes. Puede verse además Fernández de Bethencourt, *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española*, III, págs. 473 y sigs., y lady Moreton, *A playmate of Philip II, being the History of Don Martín of Aragón, Duke of Villahermosa, and of Doña Luisa de Borja, his wife*. Londres, 1915. Lloro este último carente de interés, hecho a base de la *Noticia* de Mélida, sin añadir nada; inferior a ella en la estructura y el detalle; un producto típico de la grafomanía, tan prevalente en la aristocracia femenina británica.

(2) Mélida, *Noticia*, pág. LXIV.

con lo poco que valgo y con mis amigos, sepa V. S. que también quiero que entiendan en público que le soy servidor. Digo esto porque V. S. vea que entiendo que acierto por muchas causas en servirle, y así quiero recibir la merced que V. S. me ha hecho de irme a pasar con mi muger e hijos a la casa que me ha ofrecido suya, la que está cerca de Santo Domingo, sin que nos haga más merced que dejarnos la casa; que si los otros días no la acepté no fué por respecto de los que no son amigos de V. S., sino porque me dijeron era fuera de la ciudad, como casa de campo; pero habiendo entendido en la parte que está, aunque caiga un poco lejos de palacio, acepto la merced por más paseos y regalo mío» (1).

La patente inteligencia entre ambos personajes debió de haberse consolidado por el hecho de que el gran perseguidor de la casa ducal, el conde de Chinchón, pertenecía al partido de Vázquez, colega en jurada oposición a Pérez y su más acérrimo contrario (2). Tanto el duque como Pérez podrían pensar y actuar movidos por la norma de que «los amigos de mis enemigos, mis enemigos son». Y de hecho no sólo no andarían descaminados, sino que no tendrían más remedio que reaccionar así. Por lo menos Chinchón no ocultó su deseo de obrar eficazmente contra Pérez al brindar las circunstancias la oportuna coyuntura (3).

En la primera carta de las que ahora se publican, de 14 de abril de 1579, Pérez, al hablar del estado de sus cosas, agradece al duque una oferta que le había hecho éste «para en cualquier caso que suceda». Entiendo que el ofrecimiento debe relacionarse con el nublado que sobre la cabeza del secretario se estaba formando, y de que él se daba tan buena cuenta que

(1) Mérida, *Noticia*, pág. CIX.

(2) No se olvide que el primogénito del duque D. Martín, D. Juan de Gurrea, conde de Ribagorza, haciendo de marido calderoniano *avant la lettre*, dió muerte, el 28 de agosto de 1571, a su mujer, doña Luisa Pacheco, hija del duque de Escalona, emparentada con el conde de Chinchón, por lo que fué ejecutado en Madrid el 6 de noviembre de 1573. Refiriéndose a Chinchón dice el conde de Luna, hijo quinto del duque D. Martín, que «particularmente se echaba de ver el odio y enemistad insaciables que tenía contra la casa del duque de Villahermosa». (*Comentarios de los sucesos de Aragón en los años 1591 y 1592, escritos por D. Francisco de Gurrea y Aragón, conde de Luna*. Publicados D. Marcelino de Aragón y Azlor, duque de Villahermosa. Madrid, 1888, página 285. La afirmación aparece muy repetida a través de los *Comentarios*.) Expone el marqués de Pidal: «Con esto se enconaron más los odios de las dos familias, y la de Villahermosa atribuyó a este odio del conde de Chinchón la mayor parte de las desgracias sucesivas que pesaron sobre ella durante la influencia de sus enemigos cerca de Felipe II. Los historiadores suponen que este odio del conde de Chinchón se extendió bien luego al reino entero de Aragón, donde los duques de Villahermosa tenían tanto poder e influencia, lo que no parece carecer de fundamento, o fuese que Felipe II se dejase llevar sin advertirlo de las sugestiones del de Chinchón, o que se valiese de este mismo odio como de instrumento seguro de los fines que se proponía.» (*Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II*. Madrid, 1862-63, I, págs. 79-80.)

(3) Acerca de la amistad de Chinchón con Vázquez y consiguiente determinación contra Pérez: «Anoche estubo mi hermano con el Conde de Chinchón, y a cierto propósito se vino a hablar en la maraña de Antonio Pérez, en la cual quedó tan satisfecho como los demás, y le dijo que él hablaría pocas palabras en ello, pero que serían pesadas y las asentaría en parte donde harían fruto, y que a V. m. le deseaba servir, porque el lugar que tenía le reconocía de mano de V. m., y que el agradecimiento había de llegar a la sepultura.» (Carta de Pedro Núñez a Mateo Vázquez de 8 de febrero de 1579, en Gaspar Muro, *Vida de la princesa de Eboli*. Madrid, 1877, apéndice 25, pág. 35.)

hubo de solicitar del monarca que «le dejase retirar de la corte y de su servicio y apartar su persona del odio y envidia» (1). D. Antonio Mourriño de Pazos, presidente del Consejo de Castilla, avisó en 7 de marzo de 1579 a Felipe II que Pérez se disponía a marchar, y Muro infiere de un memorial de Vázquez al rey que tenía la intención de ir a residir en Aragón (2). Corroboración esta deducción la «Respuesta y cédula de defensiones por don Fernando de Aragón, Duque de Villahermosa, Conde de Ribagorza, a la oposición y cargos que le han pedido y delitos que le inculpan», donde afirma —aunque téngase en cuenta que parece haber una confusión en el año, y por lo que asevera más semeja referirse a éste de 1579— que «Primeramente se responde que el año de 84, que le dice visitó a Antonio Pérez, se niega o inora que tal hiciere; pero si lo hizo, aunque Antonio Pérez fué amigo del Duque, su padre, y por esto lo pudo ver, y como Ministro que entonces [*sic*] era tan importante, que no sólo no sabía que entonces se tenía por enemigo del Rey nuestro Señor, ni por reo ni criminal en su prisión y carcelería, pero que mostraba ser y estar con la comunicación y privanza que siempre tuvo en esta Corte, siendo visitado de las personas más graves de ella, Ministros de su Majestad y de su Consejo de Estado y Grandes de España y otras personas, y que no sólo trató con él de irse a Aragón, pues lo podría hacer, pero que libremente lo podría hacer, pues se paseaba libremente por esta Corte, y que viéndole andar con la libertad que andaba y paseaba no le parece se tuviera por delito ausentarse de la Corte...» (3). En momento, pues, de peligro para Antonio Pérez estaba el duque dispuesto a favorecerle y a echar el resto por él.

Me inclino a pensar que haya en estas cartas alguna alusión al inacabable pleito del condado de Ribagorza, el cual se arrastraba ya muy de atrás; pero que tomã nuevo ímpetu por esta época, según expone el canónico Vicencio Blasco de Lanuza: «Estaua en este tiempo (que me parece a mí que sería el año 1578, o el siguiente de 79) el Duque Don Martín, con sus dos hijos Don Hernando y Don Martín, en su villa de Benabarre, cabeça del condado, quando juntos más de quinientos ribagorçanos, y bien armados, llegaron a aquella villa, y en pocas razones (porque la cólera,

(1) Muro, pág. 104, nota 19.

(2) Muro, págs. 109-110. Consúltense apéndice 30, págs. 41-44; apéndice 32, págs. 46-47, y apéndice 76, pág. 89.

(3) Conde de Luna, *Comentarios...*, pág. 540. El retrato que hace de Pérez este noble es bastante curioso, por las tintas agradables con que lo presenta. Después de decir «que entretuvo en balanza a ambos a dos personas reales [Felipe II y D. Juan de Austria], fiándose cada cual que les decía lo que deseaban saber cada uno del otro, haciendo el oficio de espía doble», añade: «De la satisfacción que este hombre dió a todo el mundo en el tiempo de su privanza no se puede hablar, pues fué la mayor del mundo; a los que despachaba mal, iban más contentos que ahora a los que van bien; de su pulideza y curiosidad de casa, caballos, criados, curiosidades, alhajas, y plata, y atavío de su persona, y grandeza, que así se puede llamar, es cosa que no se puede escribir; los Grandes idolatraban en él, los Ministros le conocían superioridad, el Rey parece que le amaba y se satisfacía de tal manera que hacía excesos, y de este reconocimiento vino a tal aborrecimiento, que nunca más ha levantado ningún Secretario cabeza, como antes todos la alzaban, cada cual en su profesión, ni la levantarán, a mi juicio, más.» *Comentarios...*, pág. 35.

como turba el juyzio, suele dar pocas) significaron al Duque su intento y le aduirtieron saliese de aquella villa y de todo el condado...» (1).

El cardenal de Toledo, que aparece mencionado en ambas cartas, y en la segunda calificado como en «toda buena correspondencia» con Pérez, es D. Gaspar de Quiroga, promovido al cardenalato el año anterior de 1578. Antonio Pérez se ufanaba de haberle ayudado a alcanzar la púrpura, según asevera Juan Fernández Espinosa a Mateo Vázquez en carta dándole cuenta de una conversación que refiere el presidente de Ordenes, don Antonio Padilla, haber sostenido con Pérez: «Y díxome también que en la plática se había atravesado hablar del Arzobispo de Toledo, y que él [Pérez] le había dicho lo mucho que le había ayudado para lo del capelo, interpretando el Presidente de Ordenes que aquello era para advertille que podía y hacía amistad a quien le valía y hacía por él» (2).

El «señor don Martín» aludido al principio de la primera carta es el cuarto hijo del duque, nacido en Zaragoza el 24 de febrero de 1549, que fué barón de Entenza y Capella y que murió de un arcabuzazo disparado por sugestión de Miguel Paiao, antiguo contador de la casa, en Barcelona (3).

En la primera carta asimismo surge un nombre, el de Antonio Enrique, el cual tiene tal manifiesta similitud con el de un actor importante en la tragedia de Antonio Pérez, que el detalle no debe pasar inobservado. Me refiero al alférez Antonio Enríquez, o Henríquez, denunciante contra Pérez, quien, al prestar testimonio en 30 de abril de 1585, declara que el famoso secretario fué el instigador del asesinato de Escobedo (4). No es que yo me atreva a indicar la identidad del denunciante y del mencionado en la correspondencia de Pérez al duque; sin embargo, la semejanza estrecha de los nombres de uno y otro merece, entiendo, ser recordada y advertida. Poco se sabe del testigo que tan graves cargos hizo contra el secretario: que había sido paje de Pérez (5); que era hijo del pagador Henríquez, de Cataluña (6); que en 1589 contaba treinta y cuatro años de edad (7); que después de realizado el asesinato confiesa haber marchado

(1) *Vltimo tomo de Historias eclesiásticas y seculares de Aragón, desde el año 1556 hasta el de 1618. Compuesto por el Doctor Vicencio Blasco de Lanuza*. En Çaragoça, 1619; libro I, cap. XV, pág. 53, col. b. (Este es el tomo II. El primero es de Zaragoza, 1622.) Todos los capítulos que siguen hasta el XL están dedicados a las peripecias de estas luchas. El marqués de Pidal, en su *Historia de las alteraciones de Aragón...*, ya citada, ha utilizado los datos contenidos en Lanuza. Consúltese tomo I, págs. 114 y sigs. Véase también Mérida, *op. cit.*, págs. CVIII-CXIII y CXXIII-IV, y lady Moreton, *op. cit.*, págs. 194-202.

(2) Carta de 18 de febrero de 1579. Muro, *op. cit.*, apéndice 29, pág. 40. Véase también pág. 94, nota 51. Vicente de la Fuente, *Historia eclesiástica de España*, segunda edición. Madrid, 1873-75, tomo V, pág. 524.

(3) Fernández de Bethencourt, *op. cit.*, III, pág. 490, y Mérida, *op. cit.*, págs. LXII-LXIII (nota 1) y CXXV.

(4) *Proceso criminal que se fulminó contra Antonio Pérez*. Madrid, 1788, págs. 57-76.

(5) *Ibid.*, pág. 58.

(6) *Ibid.*, pág. 50.

(7) *Ibid.*, pág. 67.

a Baviera de Aragón (1), y que estaba otra vez en Zaragoza en 1584 (2), de donde hubo de huir, porque «había llegado a Zaragoza un hombre que se llamaba el Alférez Chinchilla, con otro, con cartas de favor para el Duque de Villahermosa y de Velchite, para que le favoreciese, porque venía a matar a uno de nosotros...», o sea a él o a su compañero el capitán Pedro de Quintana, primo de D. Pedro Escobedo (3). El Antonio Enrique de la carta de Pérez se deduce que fué recomendado por el duque. Ahora bien: Pérez, ya en prisión, pidió y obtuvo del duque hombres para su defensa, según confiesa el hijo de éste, el conde de Luna: «mandó prender y arrestar [Felipe II] en su casa a Antonio Pérez, al cual después traté y visité en su resto, y como él deseaba o llevaba sus intentos de huir a sagrado que en lo que penetraba de su conciencia, como fué amigo de mi padre y de Don Martín, mi hermano, se valió de pedirle dos hombres de confianza para la seguridad de su persona, o para lo que demás se le ofreciese, gente honrada, segura y de buenas manos, que hoy viven, y en esta correspondencia y amistad la tenía muy particular yo con él...» (4). Si esto tiene lugar en ocasión en que el secretario estaba caído, menos sorprendente sería que el duque llegase a recomendarle una persona «segura y de buenas manos» en período de auge e influencia como los que gozaba Antonio Pérez por los años 1577 y 1578. El denunciante de Pérez se notará que aparece marcadamente mezclado con Aragón (5), como sería natural en alguien que hubiese sido favorecido o suministrado por el duque de Villahermosa, gran señor de aquel reino. Por otro lado, es extraño que un hombre tan joven como sería en 1579 el denunciante, quien no debía tener aún la edad legal para la administración de sus bienes, apareciese teniendo que ir a defender su hacienda de un alzamiento de mercaderes. ¿Será acaso su padre, el pagador de Cataluña? ¿Es quizás una clave tal frase? No se conceda, sin embargo, a estas indicaciones y palabras mías más alcance que el de apuntar meramente un detalle que me parece curioso; ni siquiera me atrevo a presentarlas como hipótesis, ya que soy el primero en reconocer la poca seguridad de los fundamentos en que habrían de basarse.

Las cartas que a continuación se transcriben son autógrafas y forman parte de un volumen encuadernado en pergamino, en cuyo tejuelo se lee «Papeles varios. Tomo X», el cual se guarda en la Biblioteca Nacional

(1) ¿Será Buberca? En el proceso se lee: «Todos tres se fueron a Baviera de Aragón, lugar de Juan de Mesa, y allí hallaron al pícaro, que había dexado a Miguel Bosque en Zaragoza, y se volvió a Castilla, y allí le hicieron quedar; y éste que declara y él se fueron a Zaragoza; Diego Martínez y el Insausti se quedó en Baviera con Juan de Mesa y por allí pasó Diego Martínez y llevó consigo a Insausti, y llegados a Zaragoza...» *Ibid.*, págs. 69-70.

(2) *Ibid.*, pág. 45.

(3) *Carta a Felipe II desde Lérida* (16 de agosto de 1584). *Ibid.*, págs. 45-46 y 50.

(4) *Comentarios...*, pág. 455.

(5) Hay que descontar por otro lado, sin embargo, el hecho notorio de constituir práctica, entonces bastante usual, retraerse a Aragón los delincuentes de actos criminosos ejecutados en territorio castellano.

con la signatura *Mss. 9.379* (antes *Cc. 61*). Los papeles así coleccionados se refieren en su totalidad, directa o indirectamente, a los duques de Villahermosa. Las cartas están mal colocadas, pues la más moderna se halla antes. Al darlas ahora a luz cambio el orden en que aparecen en el tomo, como se observará por las indicaciones de foliación.

ERASMO BUCETA.

«Illmo. Sr.:

[Fol. 75 r.]

Las cartas de V. S. Illma. de XXVIII de Março, VI y X del presente y otra, sin fecha, escrita la mitad della de mano de V. S. Illma., y la otra mitad de la del señor don Martín, he recebido y holgado mucho de entender por las vltimas que V. S. Illma. huuiesse recebido la vltima carta mía, en que respondí a las de V. S. y le dí cuenta del estado de mis cosas, en las quales no tengo de nueuo [*cosa*, tachado] que añadir a lo escrito, sino que aguardo la resolución que se tomará en ellas, y como salga daré luego auiso a V. S. Illma., cuyas manos beso infinitas vezes por lo que con tanto amor me escriue sobrestas materias y por la offerta que me haze para en qualquier caso que succeda, y de la fe y amor que yo tengo al seruicio de V. S. Illma., y de quien V. S. es, nunca esperé yo menos merçed que ésta.

Fué muy bien escreuir V. S. Illma. el parabién del cappello al Cardenal de Toledo, porque es amigo de V. S., y con buena occasión le he dado cuenta de lo del Inquisidor de ay, y de lo del Conde de Aranda, para que esté preuenido en lo vno y en lo otro.

Fué muy acertado embiar el despacho de la diferencia con el Conde a manos de Matheo Vázquez, porque dessa manera qualquier officio que yo haga será menos sospechoso, y he holgado mucho de aver visto la relación y respuesta de V. S. Illma. y la copia de la carta de Su Magestad, y todo ello viene muy a propósito.

[Fol. 75 v.]

Antonio Enrrique va con mucha voluntad y contentamiento mío a atender a su hazienda, que entiendo le es fuerça, por auerse alçado mercaderes en cuyo poder la tenía. El es vn hombre muy honrrado y tal qual V. S. Illma. me le pintó, y en verdad que yo le quedo muy afficionado y desseoso de poderle mostrar por obras la buena voluntad. Yo le he hecho la amistad que he podido, aunque en el aprouechamiento suyo he podido tan poco que querría que él lo callasse porque V. S. Illma. no colija dello quán pobre soy. Pero la remuneración del buen seruicio que me ha hecho de V. S. Illma. la ha de esperar, pues por su respecto he recebido yo la buena obra. Y pues las cosas de aquí se hallan agora en diferente estado, podrá Enrrique atender a su hazienda y casa, que si otra cosa conuiniere yo auisaré dello a V. S. Illma.

Holgaré mucho que V. S. Illma. mande informarse de lo de aquel pueblo muy en particular, y de ver la relación de todo y el parecer de V. S. Illma., cuyas manos besamos muchas vezes, y de mi Señora la Duquesa, Doña Juana y yo. Quea todos con salud y nuestros hijos. Dios la dé

a V. S. Illma. y a su casa, con el acrescentamiento de estado que sus más seruidores desseamos.

De Madrid, 14 de Abril 1579.

De V. S. Illma. muy verdadero seruidor que sus ilustrísimas manos besa,

[Fol. 76 v.]

Ant. Pérez. | [Rubricado.]

Al Illmo. Señor, mi Señor, el Duque de Villahermosa.

Çaragoça.»

[Fol. 73 r.]

«Illmo. Sor.:

A cinco cartas de V. S. Illma. deuio respuesta, que son de 5, 13, 20 y 25 de Mayo, y el auerse differido el responder a ellas se desculpa con el desasosiego que estos días passados he tenido siguiendo a Su Magestad en Aranjuez, Açeca y Toledo, de donde, mientras Su Magestad llegaua aquí, fuí por la posta a ver a doña Juana y a mis hijos. Boluí aquí el mismo día de San Juan, porque por la mañana me llegó orden de Su Magestad que assí lo hiziesse. No sé cuánto durará la estada, pero sospecho que la de Su Magestad.

He visto lo que V. S. Illma. me escriue de que ya comienza a ponerse en execución lo de la venta de los vassallos de la yglesia, y si en lo de Aymón no huiera el embaraço que V. S. me escriue y se ve en el memorial que vino con la carta de V. S., fuera muy a propósito por el buen sitio y las demás qualidades; pero con aquel contrapeso no conuiene, y assí será bien yr echando el ojo por otra cosa que por ser ella buena y auentajada sea lance entrar en ella, y hallándose tal escreuiré al fiscal, como V. S. Illma. me lo aduierte, dándole cargo y cuidado de lo que toca a la caución de la compra y escrituras que se huieren de hazer.

[Fol. 73 v.]

También holgara yo en uerdad que Luis Sánchez huiera venido a mejor coyuntura, por poder con más comodidad tratar del seruicio de V. S.; pero, en fin, | yo le dixé mi parecer en todo lo que me comunicó, y él le lleuó entendido y aurá dicho a V. S. Y lo mismo torno a dezir agora.

En lo que toca al Cardenal, sepa V. S. que yo le tengo por muy señor desde vida de mi padre, que fué gran amigo suyo, y desde entonçes acá auemos continuado toda buena correspondencia, y assí de su venida a esta corte tengo yo todo el contentamiento possible, y assí se lo podrá certificar V. S. y assegurarle de mi voluntad y affición a su seruicio, y que ésta le mereçe toda la merced y buena amistad que me hiziere.

Yo tengo salud, y doña Juana y mis hijos la tienen, y besan las manos de V. S. Illma. muchas vezes, cuya Illma. persona Nuestro Señor guarde y estado acreciente como yo desseo.

De San Lorenço el Real, a 28 de Junio 1579.

De V. S. Illma. mayor seruidor que sus manos besa,

[Fol. 74 v.]

Ant. Pz. | [Rubricado.]

Al Illmo. Señor, mi Señor, el Duque de Villahermosa, en

Ayuntamiento de Madrid

Çaragoça.»

www.memoriademadrid.es

LA CONDESA DE CASTELLAR, FUNDADORA DEL CONVENTO «LAS CARBONERAS»

III

LA CONDESA DE CASTELLAR

(Continuación.)

Había cumplido ya veinticinco años de edad doña Beatriz Ramírez, cuando un suceso inesperado llevó a su ánimo, no la confusión, el convencimiento de sus deberes, perfectamente trazados por las circunstancias.

Como se ha dicho, habíase registrado una vez más en la historia familiar el singular despropósito, acusado precisamente con mayor frecuencia en las hondamente cristianas, de oponer un deseado matrimonio a una bien probada vocación religiosa.

La de doña Beatriz Ramírez nos es bastante conocida, y asimismo los deseos de su madre de casar a aquélla prontamente.

Y en situación tal, ocurrió el fallecimiento del hermano de doña Beatriz, el heredero de la casa, D. Alonso, suceso que causó en la familia hondísima pena, sobre todo en el ánimo de la madre, doña Ana de Mendoza.

Bien pronto se le alcanzó a doña Beatriz que sólo el sacrificio de su voluntad podía mitigar la amargura de quien le dió el sér, y no vaciló un momento; rindióse al deseo materno y ofreció seguir sus reiteradas indicaciones: doña Beatriz se casaría con quien dispusiera su madre, doña Ana.

En efecto, apenas discurrió el tiempo del más riguroso luto, se trató de la boda de doña Beatriz Ramírez de Mendoza con D. Fernando de Saavedra, conde de Castellar a partir del año de 1591.

Ostentó este título por primera vez Fernán Arias e Darias de Saavedra, alcaide de Alcalá de Guadaya, esposo de doña Constanza Ponce de León, hermana del gran marqués de Cádiz, señores aquéllos del Viso y del Castellar, recibiendo el título de este nombre el año de 1490 (20).

El primer conde de Castellar hubo un hijo, llamado Juan, que desempeñó el cargo de alguacil mayor de Sevilla, siendo honrado por Carlos V con el hábito de Santiago.

(20) *Genealogía de los Manueles*, Argote de Molina.

Este D. Juan casó en 1534 con doña María de Guzmán, hija de D. Alvar Pérez de Guzmán y de doña María Manuel, nieta, por tanto, de D. Juan de Guzmán, duque de Medinasidonia, y de doña Isabel de Meneses.

Tuvo aquel matrimonio, el formado por los dichos D. Juan y doña María, cinco hijos y una hija, llamados, por el orden de nacimiento, Fernán, Rodrigo, Juan, Francisco, Luis y María.

Mas como murieran primero el D. Rodrigo y posteriormente el primogénito, que se decía Fernández Darías de Saavedra, heredó el título de conde de Castellar D. Juan de Saavedra, quien casó con doña Ana de Zúñiga y Avellaneda, hermana del conde de Miranda, el que sirvió al rey en Flandes, Alemania e Inglaterra.

Hijos de estos terceros condes de Castellar fueron doña Teresa Saavedra y Zúñiga, mujer de Juan Gaspar de Ulloa, primer conde de Villalonso, y D. Fernando, séptimo señor del Viso, sexto de Alfageme, mayor de Castilla, caballero de Santiago y mayordomo de Felipe III siendo éste príncipe, y más tarde comendador mayor de Castilla y señor de la baronía de Martorell y Molín del Rey.

Este personaje, que se halló en la guerra con los moriscos en las Alpujarras y en Lepanto, fué el esposo de nuestra doña Beatriz.

Pero, tanto por su ascendencia y por los títulos y honores que por sus servicios le fueron concedidos, era estimado este caballero por sus virtudes. Y tanto, que de no haber deseado doña Beatriz un esposo tan sin igual, le era parejo por todos costados el D. Fernando de Saavedra, cuarto conde de Castellar.

Fué curiosa la estratagema de que se valieron las hijas del rey para que pudiera conocer doña Beatriz a su futuro marido.

Apenas salía doña Beatriz del regio alcázar. Entretenida en sus labores y en honestas tertulias con las infantas, discurría, plácida y sencilla, su vida en aquel lugar, albergue, por otro lado, de tantas inquietudes.

Pero aquellas encantadoras princesitas, Isabel Clara Eugenia y Catalina, que tanto querían a la inocente compañera de juegos y labores, prestáronse gustosas a un ardid que pudiera ser tema para una comedia de Lope de Vega.

Acordóse que delante de palacio, cabe sus ventanas bajas, se colocara el tenderete de un buhonero con vistosas chucherías de avalorios, cintas, encajes y cien curiosos juguetillos y fútiles y vistosos adornos.

Y fueron las mismas infantitas las que, sintiéndose curiosas, llevaron hasta las ventanas a Beatriz para que mejor viera la tiendecilla alegre y atractiva.

Llegáronse a las vidrieras, y a tal momento apareció junto al tenderete un apuesto mancebo, aderezado con rico traje cortesano, quien, inclinándose, y marcando reverente saludo, rozó por el suelo la pluma ancha y roja de su haldudo y gris sombrero de fieltro.

Miráronle las tres doncellas, y una de ellas dijo a Beatriz: «Mira; éste es el conde de Castellar, tu futuro esposo.»

Sobrecogida la hija de doña Ana de Mendoza, retiróse de la ventana, y cubriéndose los ojos con las manos lloró desconsolada.

No era aquel ciertamente el esposo elegido por su corazón.

Pero tal era el respeto filial en aquella sencilla y humilde doncella, que el matrimonio se efectuó.

Y refiérese que al entregar Beatriz a su madre las llaves que desde muy niña había llevado, pidióle perdón por haber gastado unas monedas en nueve libras de jabón para las manos de su hermana y de ella.

Un año antes de casarse doña Beatriz con D. Fernando otorgaron en Madrid, a 8 de abril de 1584, y ante el escribano Gaspar Texta, unas capitulaciones matrimoniales en las que figuran extremos dignos de ser recordados.

En esas capitulaciones se consignaba que por haber muerto D. Alonso, su hermana doña Beatriz heredaba la casa y el mayorazgo instituido por D. Francisco Ramírez de Madrid y doña Beatriz de Galindo (21).

Los otorgantes comprometieron en el mismo documento a dejar el tal mayorazgo y la tal casa al segundo hijo varón que hubieren, o a la hembra si el segundo descendiente lo fuera. Más claro: que lo que deseaba el futuro matrimonio era que la casa y mayorazgo de los Ramírez no recayeran en el heredero que ostentara el condado de Castellar a la muerte de doña Beatriz.

Y este su deseo se quiso llevar y se llevó a los nietos, en tal forma que los condes de Castellar disponían en tal escritura que si sólo tenían un hijo éste haría entre sus descendientes lo arriba ordenado por los otorgantes.

Como prueba de la estimación de la casa Ramírez, los ya señores de Saavedra, como hoy se diría, llevaron a sus capitulaciones una cláusula entonces muy corriente en idénticos casos; esto es, que el que representara la casa Ramírez ostentaría el nombre y las armas de la tal casa y a la derecha del escudo; viviría de ordinario en Madrid, y en fin, que cumpliría las demás disposiciones ordenadas por su fundadora, doña Beatriz de Galindo, anejas a su casa.

En el mismo mes y año de otorgarse, el rey Felipe II confirmó en Madrid dichas capitulaciones.

(21) Doña Beatriz de Galindo nos dice en su testamento las razones que a la sazón se tenían en cuenta para fundar los mayorazgos, razones que no huelga consignar en este lugar por ser la entraña de una concepción histórica.

«Considerando—dice—la gran obligación que así por mandamiento e derecho divino, natural y positivo somos obligados e thenudos de nudrir e sustentar a nuestros fijos e nietos e descendientes dellos, e acatando otrosy que la casa disminuyda, dividida e apartada por muchas partes es desolada e peresce por tiempo, e quedando entera permanece, para servicio de Dios e de su santa fee catholica, para honra e defensa e memoria del linage e sea continua la honra y memoria de los pasados e se ennoblezca la vida de los presentes e de los porvenir, e los Reyes por ello sean servidos e respandezca en ellos la grandeza e factura de sus manos.»

Por cierto que la Galindo hace constar que los bienes que ella tiene «los he avido de mercedes e donaciones de sus Altezas por mi industria, servicios y trabajos».

Un año después, o sea en 1585, se celebró este matrimonio en el palacio de los reyes.

La boda se celebró en el regio alcázar. «Sali casada de palacio», dice doña Beatriz en un escrito del que más adelante nos ocuparemos.

Tuvo pocas venturas durante los años de su matrimonio doña Beatriz Ramírez de Mendoza.

Al nacer el primer descendiente quedó tullida, «se tulló», y duró tanto la enfermedad, que cuando salió de su casa para asistir a la misa de purificación iba la primera hija corriendo delante de su madre.

La misma enfermedad volvió a padecer la condesa de Castellar al venir a este mundo su cuarto hijo.

Puede muy bien decirse que durante los años que permaneció casada doña Beatriz apenas tuvo un momento de sosiego con sus enfermedades y las de su delicado marido. Tuvo este matrimonio cinco hijos: tres hembras y dos varones.

La primera hija se llamó Ana, y Juana la segunda; mas como aquélla falleciera muy pronto, y deseaban conservar el nombre de la abuela, pusieron también en la pila el propio nombre de Ana a la hija tercera.

Igual desgracia que con la primera hembra tuvieron con el primer varón, llamado Baltasar, que murió joven y soltero. De este singularísimo joven nos ocuparemos más adelante.

El último de los cinco hijos, llamado Gaspar Juan, prosperó, siendo cabeza de su stirpe.

Como consecuencia de lo estipulado en la escritura de capitulación matrimonial, los condes de Castellar transmitieron a este su segundo hijo, D. Gaspar, el mayorazgo que fundaran *La Latina* y su esposo, en la forma acordada en las capitulaciones, mejorándole la condesa en más de quince cuentos de maravedís.

Pocos claros días de paz y sosiego debió disfrutar este matrimonio durante los contados años en que vivieron los dos.

Aprovechando, sin duda, algunos de remanso, D. Fernando llevó a doña Beatriz a sus fincas de Castellar, sobre las que sobresalía el fecundo y sombroso bosque de las Almoraymas, una de las zonas más bellas de la siempre bella provincia de Cádiz.

Y fué un domingo cuando, internándose en la finca, advirtieron a deshora que ya no les era posible oír la obligada misa.

Fervorosos los dos esposos, despertóse en ambos, sobre todo en doña Beatriz, el propósito del desagravio, unido al deseo de evitar para lo sucesivo idéntica posible falta en los campesinos.

Diligente la condesa, que debió sentirse halagada ante la ocasión de poder servir al que tanto amaba, resolvió, de acuerdo con su esposo, erigir una iglesia en el mismo lugar en que les sorprendió su falta, y fundar una capellanía para que se dijera misa los domingos y días de fiesta.

Y éste fué el origen de la fundación de Castellar.

Véase cómo, por manera tan inesperada, doña Beatriz Ramírez realiza-



El duque de Medinaceli, actual conde de Castellar
Ayuntamiento de Madrid
www.memoriademadrid.es

ba uno de sus más hondos deseos: abrir nuevos templos a la adoración de Dios.

No descansó un momento la fundadora hasta lograr del obispo de Cádiz el permiso para construir la iglesia, y el 25 de noviembre de 1598 se colocó la primera piedra de la iglesia, que, frente a la torre de la Almorayma, en el camino de Gibraltar a Castellar, se llamó de Nuestra Señora de los Reyes, iglesia de la que más adelante nos volveremos a ocupar al referirnos a las fundaciones de doña Beatriz Ramírez.

En el presbiterio de la capilla se construyó la sepultura de los condes de Castellar, y en ella hubieran reposado los restos de los que la construyeron de no haber acontecido sucesos que se irán relatando.

Pero si no el cuarto conde, en aquel sepulcro fué colocado el cuerpo de su hijo primogénito, D. Gaspar Saavedra, fallecido el 27 de julio de 1622.

Sólo dos años permaneció en esta sepultura el virtuoso joven. Las humedades del lugar obligaron a construir un nicho levantado del suelo, y a él fué llevado el cuerpo de D. Gaspar el 8 de mayo de 1624.

La condesa, que adoraba a hijo tan singular, ordenó cerraran esta sepultura con una lápida de mármol con esta inscripción:

«Aquí reposa D. Gaspar Juan de Saavedra, quinto conde de Castellar, hijo de los condes D. Fernando de Saavedra y de doña Beatriz Ramírez de Mendoza. Ejemplo raro de toda virtud, celoso, vigilante, justo en el gobierno de su casa y estado. Padre de los pobres, autor de las observancias de los descalzos de Nuestra Señora de la Merced, cuyas tres primeras casas levantó a su costa. Dexó dos hijos y tres hijas y el siglo lleno de su admiración, a los XXIX años de su edad. En XXVII de julio de la Redención. MDCXXII.»

Todos vieron en D. Gaspar Saavedra una digna rama del frondoso árbol alimentado por el fecundo espíritu de la condesa de Castellar.

Delicado siempre D. Fernando Saavedra, cayó enfermo al fin, agravándose en tal forma el cuarto conde de Castellar que todos contaron con su inmediata muerte.

Doña Beatriz no se separaba del lado de su esposo más que para ir a la capilla a implorar la salud tan menguada en el conde.

Y para mejor ayudar su petición se despojó de todas sus joyas, ordenando se dijeran cinco mil misas por su alma.

Supo D. Fernando esta resolución de su esposa y le preguntó por la causa de tal resolución, al parecer extraña; pero doña Beatriz contestó:

—«Hermano: le veo tan traspasado que, pensando en la muerte, quiero tener dichas mis misas por que no me quede en el purgatorio.»

Tal era su temor de no ser perfecta cristiana.

Murió el conde de Castellar el año de 1595, y su viuda aplicó a su esposo las misas que en provecho de su alma había encargado decir.

Al ocuparse Diego de la Mata, en su *Catálogo de caballeros insignes*



Doña María Ramírez de Saavedra y Anduaga, actual duquesa de Rivas, marquesa de Andía, patrona de los conventos de Las Carboneras, de La Latina, Concepción Jerónima y otros

de la Orden de Santiago, del cuarto conde de Castellar, dice que «tuvo una muerte santa, qual su vida, de mucha prudencia, cristiandad y religión, tanto que al partir desta vida no le dió pena, porque devió de comenzar a gozar de la Eterna».

Heredó el título de conde de Castellar el primogénito de doña Beatriz, D. Gaspar.

Había nacido D. Gaspar Saavedra Mendoza el 9 de junio de 1593, y aunque desde un principio mostróse, como su padre, de salud delicada, contrajo matrimonio, al cumplir los quince años de edad, con doña Francisca de Ulloa Saavedra, de la que tuvo dos hijos varones, llamados don Fernando Miguel de Saavedra, sexto conde de Castellar, y D. José Ramírez de Saavedra, primer marqués de Rivas, y una hembra, llamada doña Beatriz Saavedra.

D. Gaspar falleció al fin el 27 de julio de 1622, no contando, por tanto, de edad más de veintinueve años.

La única hija de D. Gaspar, doña Beatriz Saavedra, fué dama de la reina, siendo recibida el 22 de noviembre de 1628.

Los dos hermanos formaron cabeza de sendas estirpes, una de las cuales, la iniciada por D. Miguel Fernando llevaba consigo el título de la casa, mientras que el patronato fundacional de los Ramírez iba anejo al segundo génito D. José Saavedra, marqués de Rivas, y sus descendientes, de acuerdo con la escritura de capitulación otorgada por sus abuelos paternos el año de 1584.

El sexto conde de Castellar no tuvo descendencia masculina, sino femenina, en doña Teresa María, pero sí dos nietos del matrimonio de doña Teresa con D. Baltasar de la Cueva y Enríquez, aunque con poca ventura, pues el varón, llamado D. Fernando Joaquín, murió sin sucesión, pasando el título de Castellar a su hermana doña Ana Catalina de la Cueva, esposa del séptimo marqués de Las Navas y duque de Santisteban.

De este D. Manuel de Benavides y Aragón y de sus descendientes ya nos hemos ocupado en otro lugar por entero; mas no hemos de omitir que nieto de este Benavides fué el duque de Medinaceli, por haberse éste casado con doña Joaquina María de Benavides, estando hoy agregado a tan insigne casa el condado de Castellar (22).

La otra estirpe, la que encabezara D. José Ramírez de Saavedra, primer marqués de Rivas, llevó consigo el patronato de los conventos fundados por doña Beatriz Ramírez de Mendoza en Madrid, convento del Corpus Christi (Carboneras), y el de Rivas, llamado de Santa Cecilia, de los que en su lugar nos ocuparemos.

Menino de la Reina este D. José, fué alcaide de la fortaleza de Bodoñales, en la orden de Alcántara, capitán de infantería española, capitán de

(22) En nuestro estudio histórico *Un castillo y varios castellanos*. Madrid, 1927, páginas 181 y siguientes, figuran sintéticas biografías de estos duques de Santisteban, séptimo condes de Castellar, hasta el actual duque de Medinaceli, que ostenta, entre otros varios, ese condado.

caballos corazas, maestre de campo del tercio de infantería de la nobleza, llegando a capitán general de la artillería del ejército de Aragón.

En el año de 1634, le fué dado a este caballero santiagoista el señorío de Rivas, villa situada a tres leguas de Madrid y a orillas del Jarama, y si tres años después se le concedió el título de vizconde de Rivas, premiando con ello Felipe IV su comportamiento heroico cerca de Namur, pocos años después (1641), se le otorgó el de marqués (23).

Casó D. José Ramírez con doña Andrea de Agramonte, de la que tuvo dos hijos, llamado el primero D. Antonio, que aunque pudo heredar el título, pasó luego a su segundo hermano por morir aquél sin sucesión. Llamábase también José el tercer marqués de Rivas, esposo de doña Mariana de Luna y Sarmiento.

Fué varón el cuarto marqués de Rivas, llamado D. Lorenzo; mas no los dos descendientes, ambos hembras, doña Mariana y doña Antonia, marquesa esta última del Villar, esposa de D. Luis de Saavedra.

Llamábase el hijo de este matrimonio D. Martín Pérez Saavedra Ramírez, siendo el sexto marqués de Rivas y el cuarto del Villar.

El séptimo marqués de Rivas y del Villar, D. Juan Martín Pérez de Saavedra, caballero mayor de la princesa de Asturias y en posesión de la gran cruz de Carlos III, agraciado el 21 de abril de 1793 con el título de duque de Rivas, casó con doña Dominga Ramírez de Baquedano y Quiñones, marquesa de Andría, de la Ribera de Villasinda y Auñón y condesa de Sevilla la Nueva.

Fueron hijos de este matrimonio D. Juan, D. Luis, doña Candelaria y D. Angel, el último de los cuales heredó el título de Rivas, por prematura muerte de su hermano, el año de 1834.

No es este lugar para una biografía del «clásico» duque de Rivas, don Angel Saavedra y Ramírez de Baquedano, el llamado «Duque Poeta» (24), el último señor de la villa de Rivas, pero el primero en tantas ocasiones, pues héroe en Antígola, cargado de títulos y honores, ministro y presidente de ministros, académico y director de académicos y autor de la obra tipo del romanticismo contemporáneo, con tanta destreza como la pluma, manejó el pincel, y así como se ha dicho de otros renombrados pintores, el duque de Rivas retratóse y retrató a los suyos, parte, claro está, de los suyos, en un asunto no ya mundano, como el que también pintó durante su destierro en Malta, en el que figuran, con su esposa doña María de la Encarnación Cueto, sus hijos Octavio y Enrique, sino religioso, formando el fecundísimo e inspirado poeta y su compañera, con su hijo el futuro duque de Rivas, una «Sagrada familia».

Bueno será añadir a tantos merecimientos el tan útil a la patria como

(23) Véase Julián Sanz Ramírez, *Rincones de la España vieja*, pág. 238.

(24) Con este título, *El Duque Poeta*, ha publicado D. José de Liñán y Eguizábal, conde viudo de doña Marina, una interesante y anecdótica biografía del autor de *Don Alvaro*, de la que no podrán prescindir cuantos se ocupen de tan esclarecido poeta.

el entregarle los numerosos descendientes que hubo de su único matrimonio (25).

Tales fueron, hasta el día de hoy, los descendientes de D. Gaspar Saavedra y Ramírez, el único hijo que llegó a casarse de los que tuvo la cuarta condesa de Castellar, a la que dejamos hondamente entristecida con las ya apuntadas desgracias familiares.

Contaba doña Beatriz, al quedarse viuda, treinta y seis años de edad, y después de lo anteriormente dicho no habrá de extrañar su inmediata resolución.

Hizo, en efecto, votos de castidad para el resto de su vida, y vistió el hábito de carmelita descalza, poniéndose encima su monjil y sus tocas.

Mas las penas seguían a la viuda en lo más caro de su vida terrena, pues al año de perder su esposo, hubo de fallecer la mayor de las hijas, llamada Ana, bellísima niña de once años de edad. Era el de 1591.

Como había concertado con su confesor que cuantas cosas le quitara el Señor la servirían para añadir sus comuniones, si antes comulgaba dos veces por semana, al morir su esposo comulgó cada tercer día, y al perder su hija mayor determinó ayunar todos los días de su vida.

Y así lo llevó a efecto, incluso en los viernes santos, pues aunque por entonces tenía este privilegio únicamente la iglesia de San Martín, a este templo iba en tal día, hiciera el tiempo que hiciera.

También perdió un hijo, D. Baltasar, caballero de Alcántara, y en el que había renunciado su madre los estados de su casa al ingresar en el convento. Mas como muriera D. Baltasar sin haberse casado, volvió a doña Beatriz el mayorazgo, por sentencia del Nuncio de Su Santidad, quien declaró ser ninguna la profesión que hizo la condesa, por faltarle cierta solemnidad prescrita en el concilio de Trento.

(25) Fueron nueve los hijos de D. Angel de Saavedra y Ramírez de Baquedano, tercer duque de Rivas, y de su esposa doña María de la Encarnación de Cucto:

Doña Octavia, marquesa de la Ribera, casada con D. Juan Jiménez de Sandoval.

D. Enrique, marqués de Auñón, que fué el primogénito, casado con doña Celina Alfonso y Aldama.

Doña Malvina, marquesa del Villar, casada con D. Francisco Caballero de Rodas.

D. Gonzalo, marqués de Bogaraya, casado con doña Fernanda Gaviria.

Doña Corina, esposa de D. Jacobo Ozores, señor de Rubianes, marqués de Aranda.

Doña Leonor, casada con D. Narciso de Heredia, marqués de Heredia.

D. Ramiro, casado con doña Valentina Binnent, marquesa de Villalobar.

D. Teobaldo, marqués de Viana, casado con una Pérez de Barradas, y D. Fausto, primer conde de Urbasa, casado con doña María Salamanca.

El cuarto duque de Rivas, D. Enrique Ramírez de Saavedra, casado con doña Celina Alfonso-Aldama, tuvo dos hijos, que murieron solteros, y dos hijas, llamadas doña Consuelo, que premurió a su padre, casada con D. Gabriel de Anduaga y Egusquiza, señor de Enduagabeitia, del que hubo tres hijas: doña María, doña Elsa y doña Blanca, que murió soltera.

La primogénita, que lleva el título de duquesa de Rivas, está casada con D. Victoriano Sáinz de la Cuesta, del que tiene dos hijos, llamados Victoriano y Alvaro.

Y doña Elsa, esposa de D. Francisco Belda y Méndez de San Julián, actual marqués de Cabra.

La otra hija del cuarto duque de Rivas se llamó doña Clemencia, y casó con D. Luis Valera Delovat, marqués de Villasinda.

Consolábase mucho de su desgracia doña Beatriz visitando los hospitales de la corte y atendiendo a sus enfermos.

Francisco Santos, en *Día y noche de Madrid*, nos da cuenta de la visita de Juanillo y Onofre a la casa de las huérfanas, y dice.

•Aquí llegaba contemplando la miseria del humano poder, cuando, acompañada de dos ancianos varones y dos pajes, entró una mujer, cuyo traje era de viuda, aunque pocos años, a visitar los enfermos desta sala, después de haber hecho lo mismo en las otras, y dispuesta a besar el suelo, arrodillada, se llegó a la primera cama, consolando al enfermo, y dejándole un papel de bizcochos y otro de pasas, igualó, deste modo a todos. Los enfermos de la sala, animándolos con piadoso agrado.

Preguntó Onofre a su amigo quién era aquella señora, a quien Juanillo respondió: Un angel que gasta su hacienda en estas obras, y no es sola ésta, que cada semana viene un criado suyo con un azafate de hilas y paños, para que curen las llagas a los pobres; y esto hace en los más hospitales de Madrid» (26).

Esta aludida dama era la condesa de Castellar.

Por fin se recogió doña Beatriz a vivir y criar a sus hijos en su casa y a orar desde la tribuna que se abría en la iglesia de la Concepción Jerónima, no visitando a nadie.

Fué en esta época cuando el padre Juan Díez dedicó a doña Beatriz el tercer libro de los que publicó con las obras del maestro Juan de Avila.

Comprende este volumen 27 tratados acerca del Santísimo Sacramento de la Eucaristía y del Espíritu Santo y de Nuestra Señora la Virgen Santa María, y en la dedicatoria a la condesa de Castellar decía, en justicia, el padre Díez que a quién mejor podía dedicar obra tal, si no a doña Beatriz Ramírez, «pues todo el mundo sabe el ejemplo de virtud y perfección que desde su niñez ha dado; porque en el estado de doncella fué comomaravilloso ejemplo, rehusando casamientos y muy de corazón»; y así continúa el padre Díez ponderando las virtudes de la santa dama en sus diversos estados.

Como dato interesante, reitera lo que ya hemos dicho en cuanto a su vida, esto es, que quedó viuda a los treinta y seis años, y «dejando lo poco por el todo se encerró V. S. en una su casa arrimada a la Concepción Jerónima, cuya patrona es, no sólo con el cuerpo, sino con el alma, vistiendo de la santa mortificación de Jesucristo Nuestro Señor... y en esta casa hay una ventana a la iglesia, que sale cerca del Santísimo Sacramento donde gasta la mayor parte del día y noche, haciendo asistencia a su Esposo y Rey, amándole y teniendo familiar trato con El, recibíendole muchas veces y deseando recibirle muchas más» (27).

(26) *Día y noche de Madrid: Discurso de lo más uotable que en él pasa*, Francisco Santos, tomo XXX, pág. 421.

(27) El padre Juan Díez publicó las «obras del padre maestro Juan de Avila, predicador de Andalucía, en tres partes, formando cada una un grueso volumen. La primera parte se ocupa «de los malos lenguajes del mundo, demonio y carne», añadiéndose la vida de Avila, escrita por el maestro Fray Luis de Granada.

La primera parte de las obras de Juan de Avila está dedicada al serenísimo príncipe y reverendísimo cardenal archiduque de Austria y arzobispo de Toledo.—Madrid, LUIS SÁNCHEZ, 1595.

La tercera parte la dedicó a la condesa de Castellar. Contiene, como se lleva dicho, 27 tratados del Santísimo Sacramento de la Eucaristía.—EN CASA DE PEDRO MADRIGAL, Madrid, 1596.

Dió licencia para publicarla Felipe II el 25 de enero de 1596.

A continuación, en este tomo, se inserta el siguiente «Soneto al libro del padre maestro Avila, dedicado a la condesa de Castellar»:

«Un águila caudal veo volando
mostrando gallardía con su vuelo,
llega con él al cóncavo del cielo
muestras de ilustre presa al mundo dando.

La médula del cedro está chupando
con gana de ponerla en nuestro suelo,
mostrándola cubierta con un velo
que sabe descubrir quien va gustando.

Avila, de virtudes gran dechado,
es el águila grande que ha traído
del cedro la médula en esta obra.

A dónde ir a parar con tal bocado,
condesa ilustre, si no a vuestro nido,
a do la devoción aliento cobra.»

Seguidamente va la dedicatoria.

Después de decir los motivos que «señaladamente mueven a nuestra voluntad a amar a Dios, que son: su infinita bondad, su inmensa caridad y sus grandes beneficios», añade que a quién mejor «podía dirigir y ofrecer este libro que trata del benditísimo Sacramento, del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen María Nuestra Señora» que a la dicha condesa, «pues todo el mundo sabe, etc».

Dice el padre Díez que la condesa trae un *Agnus Dei* colgado de su cuello.

También recuerda el autor los ascendientes de doña Beatriz Ramírez: D. Francisco, el héroe de Málaga; su bisabuela, doña Beatriz de Galindo; el padre de la condesa, D. García Ramírez, que al leer la *Pasión* «siempre andaban sus ojos hechos fuentes de lágrimas, tan fuera de lo que es siglo que admira su desengaño».

Esta tan fervorosa dedicatoria nos dice cómo se extendió por la corte la fama de singular virtud de la fundadora doña Beatriz, no obstante vivir tan retirada del tráfico cortesano, como embebida en la fructífera oración, de la que decía que su aprovechamiento no se había de conocer en tener gustos y revelaciones, sino en la enmienda de la vida y obrar cada día más justificada.

Esta idea de preferir el sacrificio a todos los éxtasis, que proclamó la condesa de Castellar, fué recogida andando los siglos por Santa Teresita del Niño Jesús, cuando decía: «Prefiero el sacrificio al éxtasis». Jean Cocteau comentaba en *Lettre à Jacques Maritain* esta frase, diciendo que tal pensamiento debían esculpírsele en el corazón todos los inspirados, «porque Dios vive siempre en nosotros y al que hace lo que puede no le niega su gracia (28).

Los Santos saben que mortificados los sentidos, vacía el alma de sí, los dones vienen por sí mismos.»

En *Las Moradas* lo explicaba Santa Teresa más claramente al decir que si da el sol sobre un cristal envuelto en un paño negro, «claro está que aunque el sol dé en él no hará su claridad operación en el cristal»; son los pecados, las pasiones, las tentaciones, el paño que cubre el cristal: limpio éste de ese paño por el sacrificio, el sol, la gracia, indudablemente llenará de vivísimas luces el cristal límpido de nuestra alma, santificándola...

Gran parte del tiempo ocupábale también la condesa de Castellar en estos años en obras de celo, singularmente en ayudar la fundación de nuevas casas religiosas o en fundarlas ella misma.

Fray Juan Bautista del Santísimo Sacramento, el que hizo la Recolección de la Trinidad, logró tener bienes y hasta casa en Valdepeñas para una fundación, pero le faltaban recursos para acoger frailes. Refiriósele a doña Beatriz, pidiéndole consejo y ánimos; ambas cosas hubo de alcanzar: «Yo no tengo que dar más que voluntad a todo lo bueno», le decía la condesa.

Salió a pedir Fray Juan, y en una semana recogió la limosna suficiente para pagar la casita de Valdepeñas (29).

Todas las mujeres cosían en casa de la condesa de Castellar para el nuevo convento, y en ella se iban reuniendo «hasta candelillas y asadores». Todo, amén de las imágenes, fué llevado en un carro al tal convento. Pero no se podía en él decir misa, porque faltaban casullas y cálices.

Súpolo la condesa, y exclamó: «¿Saben por qué no se les da? Pues porque sabe Dios que hay dos cálices en mi oratorio y casulla y dineros.»

Y ocurría que de Valdepeñas iba y venía a la corte un carro, que siem-

(28) Tomás Kempis desenvuelve este mismo pensamiento, aunque en otra forma, al decir que «los merecimientos no se han de calificar por tener muchas visiones o consolaciones, sino que consiste en estar fundado en verdadera humildad y lleno de caridad divina».

San Juan de la Cruz, tal vez más humano, en el divino pensar sostiene que «no es bastante sentir el amor al corazón de Jesús, es necesario practicar el bien».

(29) De la virtud de este santo varón nos dice no poco la carta por él escrita al padre Hernando de Vargas, en la que se lee:

«Dos cosas quiero decir a V. m. que serán de su gusto. La primera es que tengo un poquito de salud para poder decir misa cada día, donde consiste todo mi consuelo, paz y riqueza. La segunda que no nos huelen las manos a dinero, porque con tener un pedazo de pan para comer aquel día todo nos sobra, y consumido lo poco que teníamos en la tierra, tenemos por hermana la santa pobreza, teniendo por gran dicha no tener que ver con el mundo ni con la honra, etc.» *Juan de Avila. — Libro del Santísimo Sacramento*, publicado por Juan Díez, 1596.

pre marchaba lleno de objetos, llevando también estudiantes que deseaban tomar el hábito.

A ruego o por indicación del padre Monroy, fundó nuevas casas en Castellar, en Viso y en Ribas, del señorío de la casa, repitiendo doña Beatriz con mucha gracia: «Sin tener blanca me arrojaba diciendo: Callen, que yo hilvano conventos; Dios los coserá.»

La fundación de Rivas se estableció sobre la a la sazón desaparecida y según tradición instituida nada menos que en tiempos de Favila, por un ascendiente de doña Beatriz, D. Gracián Ramírez, para cobijar en el cenobio a su mujer e hijos y defenderlos así de las asechanzas de los moros. Mas como le fuera preciso abandonar a sus familiares para servir al rey, tal la fidelidad de aquellos tiempos, a ruegos de las propias damas, hubo de sacrificarlas antes de que fueran posibles despojos de la morisma.

Muchos trabajos pasó la condesa de Castellar hasta ver logrados sus propósitos de fundar el convento de Rivas, consagrado a Santa Cecilia. Al fin lo logró el 28 de abril de 1603, siendo mercedarias descalzas las religiosas en él instaladas.

Seguidamente trabajó y logró obtener licencia del cardenal de Toledo Bernardo Sandoval y Rojas, que tanto quería a doña Beatriz, para poner en el altar al Santísimo Sacramento, el día 27 de mayo del siguiente año de 1604.

A la capilla de este convento fué llevada la tan venerada imagen del Cristo de los Afligidos, hermosa escultura debida a Juan Rodríguez, discípulo de Gregorio Hernández.

Estas dádivas de doña Beatriz Rodríguez originaron numerosos disgustos en el seno de la familia, alarmados unos y otros ante el temor de que desapareciera el caudal de los hijos.

«Yo decía—refiere la propia condesa—que no se congojasen que, cuando mi hija hubiese edad de casalla, que no tenía sino once años, le daría 60.000 ducados de dote.»

Reñanse los familiares, y pusieron tasa a los gastos de aquélla, pero doña Beatriz no cejaba; «...y tenía yo más confianza en Dios que eso, y más me daría cuando lo hubiese menester».

Cayó enferma su hija Juana, con una calentura tan fuerte que los médicos la desahuciaron; ningún remedio sanaba a la enferma. Moría, y rodeaba su lecho la gente de la casa. Todo eran exclamaciones y afligir a la madre.

Y asomó el sublime espíritu de la condesa, su firmísimo convencimiento de que Dios castiga los obstáculos que la humanidad opone a los designios providenciales...

—«¡Ea!—exclamó a la cabecera de su hija moribunda.—Por lo que me quitaron de hacer limosnas véase como me la lleva Dios...—Pues yo prometo a su misericordia, si la guarda, de no poner tasa, sino hacer como solía».

Abrió los ojos la muchacha, y luego estuvo buena.

Nadie volvió a mortificar a la condesa por sus gastos, y ella se sentía satisfecha al convencerse de que todo se acrecentaba en dando limosnas por Dios, y parecía que Dios no se cansaba de darle en que gastar ni la condesa se cansaba de entregar a Dios lo que de El venía.

Y así metía criadas monjas, y casaba a otras conforme lo deseaban.

La duquesa de Alba, doña María de Toledo, recibió, en el convento de Las Lauras que tenía en Valladolid, cinco monjas que le envió la de Castellar, profesando las cinco, pues, según la duquesa, tenía doña Beatriz «muy buena mano para escoger sujetos».

No se llegaron a conocer, sólo se escribían; mas se llegaron a tratar con santa y espiritual llaneza y grande estimación.

Fué más lejos esta singular mujer, tan llamada por Dios a cooperar a la siembra de casas de recogimiento.

Una de las parroquias más antiguas de Madrid, era la de San Gil, llamada antes de San Miguel de la Sagra; mas al llegar el año de 1606, se dispuso fueran distribuidos los parroquianos de San Gil entre los de San Juan y San Nicolás, derribándose el edificio.

El titular de San Miguel de la Sagra se llevó a la capilla de Palacio, y se hubiera extinguido el recuerdo del convento de San Gil sin la tenacidad de Fray Juan Bautista, secundado por la condesa de Castellar. Confiando establecer, sobre el terreno cedido por el rey, que interiormente usaba el hábito de San Gil, un convento de franciscanos descalzos en la nueva iglesia, cooperando asimismo para la creación de otro convento de la Merced, en Madrid, en cuya corte brotaban como flores, ya lo hemos demostrado, en mimado jardín, cenobios y casas santas aromatizadas por la oración fervorosa, perenne luz que iluminaba a España, abroquelada contra el fuego del protestantismo que extendía inútilmente sus tenaces llamas hacia el defendido e invulnerable castillo.

El trato con personas de virtudes sobresalientes ocupaba no poco espacio del día a doña Beatriz Ramírez con ocasión de las obras de celo que fomentaba.

Tuvo, en efecto, trato frecuente con el padre Gracián de la Madre de Dios; con Fray Juan Bautista del Santísimo Sacramento, del que antes nos ocupamos; con el maestro Juan Díaz, sobrino y discípulo amado de San Juan de Avila, «cuya doctrina—escribe doña Beatriz—es y ha sido mi consuelo y alivio sus libros».

De cómo conoció a Melchor Cano, nos da curiosas noticias la propia fundadora.

«En esto—escribe la condesa de Castellar—comenzó a ser conocido el padre Melchor Cano del orden de Santo Domingo y su gran espíritu y mercedes tan extraordinarias que Dios le hacía y sus arrobos, y adespoblarse los lugares por do él pasaba, yéndose tras él, y vino a Madrid, y a donde decía misa no cabía por oírla...»

Cierta amiga invitó a la Castellar para que fuera al convento de Santo Domingo a oír al padre Melchor Cano; pero la marquesa contestaba que

teniendo y pudiendo adorar al Señor en su casa, no necesitaba oír otra cosa.

Mas tuvo Melchor Cano noticias de nuestra fundadora, y rogó al marqués de Malagón, su huésped, le llevara a verla.

«Entró en mi cuarto—dice doña Beatriz—quedándose fuera el marqués, y nos hablamos entrambos más con el corazón que con las palabras; quedó gran amigo mío, y yo agradecida a Nuestro Señor que me diese a conocer tan gran siervo suyo». Y añade: «Trataba con tanta humildad todas sus cosas conmigo como si él fuera una persona falta de luz, teniendo tanta» (30).

(30) Todas estas noticias son tomadas de auténticas relaciones escritas de mano de la condesa de Castellar, relaciones que se conservan en el cuidado Archivo del convento de Corpus Christi.

Asimismo lo son cuantas demos en adelante, cuyo origen no sea indicado específicamente.

Véase el texto del original respecto de lo que llevamos dicho:

«...que bien iba, que no tenía que turbarme, sino proseguir el recogerme con una palabra del Evangelio o de la Epístola o de un Salmo, como lo daba Dios, y Él había misericordia de dar tan a medida mía aquella inspiración sobre aquella palabra, como digamos: *sobre plenissimum majestati glorie tue*; esto me recoge de manera el corazón que aun son largas palabras, si más fueran no se pudieran decir, y aun estas no se acaban, sino con el afecto de aquella grandeza de Dios.

Tratame mucho este santo varón [debe eferirse al padre Gracián de la Madre de Dios] cuando estaba en Madrid, y comunicaba conmigo sus cosas todas de palabra o por escrito con tanta humildad, que decía: esto he sacado de la oración, estos deseos arden ahora en mi corazón, con decirlos descansando; hagase esto o esto en ello, de cosas gravísimas si vos lo quereis y sino no se haga. Decía yo. «Mire lo que sabe para hacerme ir a mí mas atenta a esto que fuera como quien aveza a andar que da pasitos menudos, y no grandes, como pudiera por ver a su criatura andar, me dice eso; mas el siempre iba a la mira a que me habian de dar a comer pan durísimo de tribulaciones, y así holgaba comulgase cada día, y belaba mucho sobre mí y me escribía cuadernillos de su letra, que hoy tengo sacados de su oración tan a mí propósito, que hoy parecen profecías, y entonces y hoy se ven casi todas cumplidas. Aquí comenzó Nuestro Señor a servirse de mi buena voluntad que Él me había dado, que otra cosa yo no tenía, y vino fray Juan Bautista, el que hizo la Recolectión de la Santísima Trinidad, a hablarme por ruegos del P. Gracián; hize lugar para ello, que tenía tan repartido el tiempo que no podía admitir besitas, uvelas que aunque mas santas fuesen no podía con tanto; díjome como brebes tenía y casa en Valdepeñas, mas frailes no, pues ¿qué haremos? Que con sólo que vos nos ampareis y hagais espaldas, aunque no sea mas de que tengamos vuestra voluntad a hacernos ánimo y consejo, en las dificultades seáis nuestro refugio; no nos falta más para que esto tome ser; dije: norabuena, yo no tengo que dar mas la voluntad a todo lo bueno. ¡Que me place! Fué Dios servido que en aquella semana recogió de limosna todo cuanto pagó en una casita bastaba; allí lo recogía, hasta candiles y asadores, y cosíamos todas las de casa las almohadas y ropa para sus pobres camas y llevaron dos que eran un carro con cuanto hubieron menester y imagenes para su altar y todo el recaudo de él y de decir misa; solo casulla ni cálices nunca pudieron recoger, deciales yo. ¿Saben por qué no se lo dan? Porque sabe Dios que hay dos cálices en mi oratorio y casullas, y querrá llevarse los; pues vaya norabuena. Sacaron el cáliz y casulla y cositas del altar del mío y dineros con que alquilasen una casita por un año, y fueron en tan buen pie que no hacían sino inchar un carro de los estudiantes que tomaban el hábito y enviarnos, ocho, diez y mas cada vez. En llegando dábanles de comer con mis hijos, que se sentaban a la mesa con ellos, mientras tomábalen un carro mi Mayordomo para Valdepeñas, do los llevaban, y en muy poco crecieron en tanto número como hoy vemos son al año; yo ayudé para la casa que compraron y por eso le pusieron el nombre de las Llagas.

También traté mucho al Maestro Juan Díaz, sobrino del P. Maestro Juan de Avila, cuya doctrina es y ha sido todo mi consuelo, y alibio sus libros; quería hacer un colegio de Clérigos en Alcalá, y yo ayudar con mi poca posibilidad y mi grandé voluntad de ayudar a todas las obras buenas; mas no se cuajó el deseo de ser monja mi hija mayor Ana Maria, la que desde chiquita tenía tan gran vocación a Descalza carmelita que lloraba en poniéndola galana, y por traella contenta la traían sin galas; traté de secreto hacelle un convento en Alcalá porque aquí ya le había. Padeçiose de contradicciones y quebrantos lo que no es credero. Hecho, no tuvo salud allí y mandaron

Fueron innumerables las obras de caridad que casi a diario realizaba a condesa de Castellar, siempre con gran generosidad.

El proverbio de Salomón: «El que da al pobre no tendrá pobreza», parecía norma que no olvidaba doña Beatriz.

Estaba en cierta ocasión a la mesa con sus hijos cuando escuchó lastimeros quejidos en la calle. Preguntó de quién se trataba, y al enterarse

los medicos traella porque era contrario a su complexion el temple de Alcalá deseabamela tener conmigo, como era tan buena nunca quiso, y hubela de meter y dotar en el convento de Madrid de Descalzas Carmelitas, donde está tan agradecida a la merced que le hacen todos y todas las de su orden, que ni a fundar esta casa ni a curarse en ella no ha querido salir de la suya. Mas llevarme a mí a palacio la tercera vez, que dos antes habia sido nombrada para Aya del Rey nuestro señor D. Felipe II, y yo no aceptado por mi poca salud, que estaba hidropica y muy impedida de enfermedad, fué ahora apretadísimo y no quiso su g/d del Rey D. Felipe III si no hacer el nombramiento publico y que me lo digese el Conde de Alba de Lista, que era Mayordomo Mayor de la Reina doña Margarita, diciendo que no queria no viese todo el Reino que echaba mano de mí para servir a su muger; aunque le avisaron no seria posible servir, yo acepté de nuevo ser criada de su Magestad como siempre lo habia sido, y suplí el ejercicio fuese encomendellos a Dios en mi rincón, porque no tenía salud para salir de él, y su magestad me hizo merced de tenello por bien. Qué aldabas era para mí alma y qué miedos; que por lo mal que servía a Dios me quería echar de sí y proponía la enmienda; que no me echase, que a Él solo quería mi alma con mas afectos que palabras y con hartas lágrimas, que el language dellas Él le entiende.

Luego vino el padre Fray Juan Bautista del Santísimo Sacramento de la Merced, del que dije arriba que deseaba la Recolectión de la Merced sin conocerme a hablarme cosa secreta; húbeme de salir de entre las señoras de visita que tenía y pasarme al cabo del estrado a oírle; dijome: Dadme una limosna para un Sagrario. Dije: No tengo blanca, sino muchas deudas que pagar; dijo: Pues no quiero esto, sino que deseo mucho, veinte años recolección en mi Orden. Dije: Pues ¿qué medios se le ofrecen ahora? Dijo: No otro que una inspiración que me ha dado Dios y su madre pasando muchas noches en su Capilla de los Remedios en oración, que os vea a Vos que sereis el medio. Dije: ¿Que me place! Que cuando Dios dice a una mala ayuda «tente aquí», señal es se lo quiere hacer todo Él. ¿Está aquí su General? Dijo: Presto vendrá. Dije: Pues encomiéndelo mucho a Dios y aviseme cuando venga, envíarele a visitar y con esto él me vera y sello dire, veamos si es llegada la hora de Dios; éralo porque así se hizo, y vino el Padre Reverentísimo Monroy y dijesele; dijo que él lo deseaba si hubiese quien hiciese Casa.

Yo tomé tres en Castellar, la cabeza de la Orden, y se llama Santa María de los Reyes en el Biso, lugar de mi hijo, el Convento del Corpus Cristi, y estas dos fueron a costa de mi hijo el Conde, a la mía Santa Cecilia en el lugar de Ribas, junto a la casa de mi mayorazgo. Sin tener blanca me arrojaba diciendo: Callen que yo hilvano conventos, Dios los coserá. Ya no se holgaba patillas de estas burlas, ya se le hacían pesadas, llevábase de buena manera de guarnición este campo que tan llano va; al fin se cosieron y cortaron los primeros hábitos de la Recolectión en mi casa, y los vistieron seis padres santísimos de ellos el día de la Ascensión, 8 de Mayo, en la capilla de Nuestra Señora de los Remedios, y hoy están tan extendidos como se sabe, gracias a Dios y a su Bendita Madre.

Aquí perdieron todos la paciencia de sufrirme, diciendo que era cosa perdida, desatinada, que hacía mas conventos que los muchachos casas de naipes, y aun que no podían decir que perdía la hacienda del Conde mi menor por que yo daba cuentas cada año de ella a la Justicia por las mismas que a mí me daban los administradores del Estado y siempre le hacía muy grandes alcances hasta en las últimas que le di, que por traella muy lucida yo le ponía de la mía; esta decían que destruía y que no miraba por el remedio de la hija que tenía, que aunque yo los alimentaba todos y no su hermano, que para el casar no tendría un cuarto, no quería servir pa allegarsele, sino pagar las deudas que no estaba obligada del Conde mi sr. y su padre, y cuanto ahorra de mi gasto debido a mi persona de coche y criados y plato espléndido como las de mi calidad, dallo de limosna y pusieronme de esta hecha tasa mis deudos y confesor y los amigos mas cuerdos, que se me diesen cincuenta reales a una dueña mía, a mi ama mientras vivió se los daban, para que aquello diese de limosna y no diese otra limosna ni viese otro marabedi. Hacíanlo así pocos meses las primeras ocasiones que venían, llevábenselo y las demas lloraban y yo con ellas que no había que dalles, por mas que yo decía que no se congojasen que cuando mi hija hubiese edad de casalla que no tenía sino once años, y le daría 60.000 ducados de dote, reianse dello; y

de que los daba un pobre enfermo de la piedra, ordenó que le subieran a su casa, en donde le instaló.

En adelante, todos los días colocaba sobre la mesa familiar un servicio para que sus hijos dieran lo mejor que tuviesen para aquel pobrecito.

Murió este desgraciado, y doña Beatriz le lloró cual si fuera uno de sus hijos. Dispuso el entierro, y que a éste asistieran todos los criados de la casa, sin faltar uno.

tenia yo mas confianza en Dios que eso y mas me daría cuando lo hubiese menester para su remedio, que no lo decia de burlas si no tan de veras como si lo tuviera en un arca. En esto dale a Juana una calentura tan fuerte que la desahuciaron los médicos en dos dias, sin aprovecharle remedio ninguno, se estaba muriendo y todos alrededor de su cama. ¡Que lastimal! ¡Que se le muere la muchacha! ¡Que ya no tenia otra! Yo alce la voz a su cabecera y dige: ¡Ea! Que ya por lo que me quitaron no dar limosnas por el remedio de esta miren como se la lleva Dios. Pues yo prometo a su misericordia si la guarda de no tener tasa sino hacer como solia. Abrió los ojos la muchacha y luego estuvo buena; y luego digeron. Ha dado Dios en hacelle la condición a la Condesa. No quiere que nadie la mortifique, no hay que meternos en reglas humanas con su proceder, y yo decia que ya sabia que todo se me acrecentaba en dando limosna tanto mas me daba Dios que yo no excedia que el exceso. El lo hacia de no cansarse de criar, que yo diese y gastase que por que me habia yo de cansar en dar a Dios lo que era suyo y así hubo año que remedie cinco criadas monjas y casadas, las que lo querian mas de los ejercicios que en casa tenian; las mas se mantenian monjas, tenia hartas para acelles bien y remediallas y la Duquesa de Alba doña Maria de Toledo en su convento de las Lauras de Valladolid recibió cinco monjas que yo le envié, todas profesaron, que decia tenia buena mano para escogerle sugetos apropósito para su convento y aunque nunca nos vimos era grande la merced que me hacia, y con la llaneza que nos tratábamos muy de espíritu como le tenia tan lindo ella. En esto comenzó a ser conocido el P. Fray Melchor Cano del orden de Santo Domingo y su gran espíritu y mercedes tan extraordinarias que Dios le hacia y sus arrobos, y a despoblarse los lugares por do el pasaba yéndose tras el y vino a Madrid y a donde decia misa no cabia por oirla y verle al Santo; que lo era tanto que se mortificaba mucho con sus exteriores y eran nada en comparación de sus interiores tan admirables. Escribiome una señora amiga con no salir yo jamas de mi casa que si la queria oír misa en Santo Domingo que me tendría lugar, pareciéndole que a aquello luego se podía ir; yo admireme: ¿Quien tiene de su casa querer y adorar al Santísimo Sacramento se puede ir a ver otra cosa? Y dije que l. b. m. que yo con mi Señor no queria ver mas. Ese mismo dia en acabando de comer el Santo P. con el Marques de Malagón D. Juan Pardo que se iban entrambos a Paracuellos le dijo: Es imposible yoirme sin ver a la de Castellar, y ni aun saber que yo era en el mundo en lo humano no tenia por donde saberlo, hizo tanta fuerza en ello que el Marqués lo quedó esperando y el entró en mi casa y nos hablamos entrambos mas con el corazón que con las palabras, quedó gran amigo mio y yo agradecida a Ntro. Señor que me diese a conocer tan gran siervo suyo y así trataba con tanta humildad todas sus cosas conmigo como si el fuera una persona falta de luz teniendo tanta y lo que yo le decia de ir y de no ir a cosas que me comunicaban las hacia y nos escribíamos cuando no estaba aquí a menudo; escribiome con un sacerdote de linda presencia y parecia muy interior una carta que decia «por que es un santo varon el que esta lleva le he pedido que hos vaya a ver, no dejesis de hablarle que yo se que os holgareis». Era bien de mañana cuando trujo esta carta, e leyéndola yo dije entrase y con pocas palabras que habló dijo: quereis os diga misa en vuestra capilla. Dije que era mucha merced y entramos y juntose las mugeres y niños a oirla, como de Santo, que los que lo eran venian allí por su gusto de estar quitos y hacerme merced adecirla de manera que dias habia de once misas; la de mi comunión era muy temprano. Dijo su misa este santo, que nunca le supe el nombre, y dadas gracias tornamonos al estrado y dijo: Señora ¡bueno esta esto!; atado le tiene Dios al diablo en la capilla; yo le he visto y Ntro. Sr. os quiere mostrar el revers de la tierra. Yo turbeme toda y amargome como yeles esta palabra y pense en mí; este debe de pensar que sin trabajos me quiero ir al cielo, como me ve en autoridad de casa y criados; y dige a este pensamiento: ¡Señor! yo muchos trabajos he tenido y tengo; viuded temprana, gran soledad, criaturas enfermas que cuidar y criar, muchas deudas que pagar, haciendas lejos que gobernar y así todo lo que yo tenia por mas penoso; Dijo: Bien esta eso que es la az; ahora vendrá el revers; quedaos con Dios.

Yo quedé tan descontenta que me di a entender no sabia lo que se decia, que revers de la tierra jamas lo habia oido; fiandome de Dios pasé hasta que se me olvido la buena visita.»

Los criados fueron excusándose con diferentes pretextos o haciéndose los distraídos. Advirtiéndolo doña Beatriz, y dirigiéndose a los servidores les dijo que si ellos no iban iría ella sola. Todos asieron del cuerpo del difunto y, con su ama detrás, fueron a la iglesia de Santa Cruz, en donde enterraron al pobre con más autoridad que si no lo fuera.

No impidieron sus ocupaciones espirituales el cuidado de su casa. Fué admirable la obra realizada por la condesa de Castellar en la administración de sus caudales.

Al enviudar doña Beatriz sólo tenía el mayorazgo que le dejó su hermano Alonso al morir éste sin descendientes, mejorándole en 40.000 ducados, por lo que no poseía bienes libres ni dote, sino un juro de dos cuentos de maravedís sobre el almojarifazgo mayor de Indias de la ciudad de Sevilla que le había dado un hermano de su pariente el obispo de Palencia. Mas este juro lo había empeñado el hermano de doña Beatriz, D. Hernando, en 4.000 ducados; de manera que con sólo la renta del mayorazgo, sin otras ayudas ni ninguna otra merced, logró pagar las deudas que dejaron su marido y su suegro, que montaban 104.000 ducados. Posteriormente desempeñó aquel juro, y lo entregó a los frailes al fundar ella el convento del Viso.

Atendió a los gastos de su hijo Baltasar y a los de sus hijas merced a un mayorazgo de 3.000 ducados de renta al año que constituyó sobre el juro que le dejara su hermana, la primera mujer del conde de Medellín, D. Pedro Portocarrero, reservando el tal mayorazgo y reuniendo muebles y dinero para cuando se casara su hija Juana. Mas como ésta quiso ser monja, deshizo el mayorazgo y le dió el tal juro.

Doña Mariana de Mendoza, que así se decía la hermana menor de la condesa de Castellar, sentía por ésta, como ocurría a todos los familiares de tan sobresaliente dama, singular cariño.

En los comienzos del año de 1595 debió hallarse enferma, o agravarse en su enfermedad, la esposa de Portocarrero, mayordomo del príncipe, cuando a 11 de febrero de dicho año otorgó su último testamento, abandonando este mundo catorce días después.

En ese testamento, en el que se refleja el ambiente cristiano de aquella ejemplar familia, después de algunas mandas, entre otras una de cincuenta ducados al año a su hermana Mencía de Cárdenas, monja en la Concepción Francisca (Las Latinas), y de la misma cuantía a sus otras hermanas Catalina y Beatriz, nombra a esta última por su heredera universal en el caso de no nacer el hijo que, al testar, doña Mariana llevaba en sus entrañas.

El usufructo habría de disfrutarlo su esposo, D. Pedro Portocarrero.

Pero apréciase mejor el cariño de la testadora al estampar en su testamento que, de vivir el esperado hijo, se entregara a doña Beatriz «mi collar y cinta de piedras y perlas, con un joyel que tiene una esmeralda enmedio para una de mis sobrinas, la que su señoría fuese servido, y le suplico reciba mi voluntad, pues sobre el amor que siempre la he tenido,

y quisiera valiera un Reyno para servirla con ello, y ansimismo le suplico en vida me ha hecho tanta merced, que en la muerte no me olvide en sus oraciones (31)».

La condesa de Castellar tenía que atender a todo, y a todo atendía con lo poco que rentaba su mayorazgo, no obstante la no floja carga que sobre doña Beatriz pesaba. No sólo dependían de ella sus dos nietas y sus hijas Juana y Ana María, delicadas de salud; tenía además nueve servidores en su casa, contando con el mayordomo, y aunque algunos entraron en el convento para cuidar a la fundadora, a todos tenía que dar asistencia.

Mas para todo tenía esta prodigiosa y santa fundadora, pues cuando de todas partes surgían obligaciones ineludibles donó al convento del Viso lo conveniente para una misa diaria para que se le encomendase a Dios.

Y que Dios escuchaba estas oraciones pruébalo al concederle a tan ejemplar dama tiempo y dinero y atención para todo y para todos, ya que educó además, de cerca y con celo especialísimo, a sus cuatro hijos, no siendo ella misma la que menos se atendía en el camino perseguido y que sin cesar buscaba.

En su casa dormía sobre sarmientos; vestía de lana, y a diario se disciplinaba cruelmente con disciplinas de sangre.

Los cilicios que se aplicaba eran cadenas, rallo, clavos y cruces, y tan

(31) *Testamento otorgado por doña Mariana de Mendoza* —«A todos los que la presente carta de testamento última y postrimera voluntad y disposición vieren como yo doña Mariana de Mendoza, hija legítima de D. García Ramírez de Cárdenas y doña Ana de Mendoza, su mujer, Aya que fué del príncipe, nuestro señor, mis padres, ya difuntos, que hayan gloria, vecinos que fueron de la villa de Madrid, y muger de D. Pedro Portocarrero, mi señor, mayordomo de su alteza del dicho príncipe, estando preñada y con algunas indisposiciones del cuerpo, aunque en mi libre y entero juicio, creyendo como firmemente creo en el misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una sola Dios verdadero, que vive y reina por siempre sin fin y en todo aquello que tiene y cree la Santa Madre Iglesia de Roma, y teniendo de la muerte que es cosa natural a toda criatura viviente y la hora de la muerte la más incierta de todas, queriendo estar aparejada para cuando la voluntad de Dios fuere de me llevar de esta presente vida y disponer lo que toca al bien de mi vida y de los bienes temporales que su divina Majestad ha servido darme, otorgo y conozco por esta carta que a honra y servicio suyo y de su bendita madre a quien tengo por intercesora y abogada y suplico y a toda la corte del ciclo interceda por mí, perdone mis pecados y lleve a su Santa gloria, y hago y ordeno mi testamento en la forma siguiente»:

En la primera cláusula pide que entierren su cuerpo en el convento de la Concepción Francisca (Las Latinas) fundado por sus abuelos, en el coro bajo, detrás de donde está sepultada la madre de la testadora doña Ana de Mendoza, a no ser que su esposo quiera llevar sus huesos a su casa de Medellín.

Si muriese fuera de Madrid «en ninguna manera se abra ni consiento abrir mi cuerpo», que se le entierre y cuando sea tiempo se le traslade a Madrid o a Medellín.

Manda que se digan 12,000 misas por su alma, por las de sus padres, y ánimas del purgatorio.

Manda a su hermano Mencía de Cárdenas, que estaba en la Concepción Jerónima, y a sus otras hermanas 50 ducados al año.

1.000 ducados a Francisco Sánchez de Villanueva, fiel mayordomo de su padre, por sus buenos servicios y fidelidad.

El resto de sus bienes los deja a su futuro hijo, si naciese, y de no nacer, a la condesa de Castellar en el juro de 247.500 maravedís en cada año, a razón de 20 al millar, «que yo tengo y me pertenece sobre las alcabalas de la ciudad de Híjar». Nombra usufructuario a su esposo.

A continuación hace el legado a su hermana doña Beatriz para el caso de prosperar el nonato hijo. (Archivo Histórico Nacional.)

complicados y varios que no cabían en un cajón que doña Beatriz llamaba «caja de las herramientas de mi oficio».

El ayuno, por espacio de treinta años, fué ininterrumpido. Comía abadejo y malas yerbas, y hasta el último día de su vida sólo bebió «agua de cántaro».

Por su parte los médicos dispusieron que le sirvieran conservas y gallina; ella obedecía y se mandaba *servir* lo por el médico ordenado; pero luego se lo enviaba a los pobres, con lo cual no desobedecía a los médicos.

Como si todos estos renunciamentos y trabajos, que voluntariamente ofrecía de continuo doña Beatriz Ramírez, no fueran suficientes para esperar la ansiada recompensa, otras contrariedades uniéronse para formar la inmarcesible corona del martirio reservada a los seres superiores.

Mas Dios, que no abandona a los suyos, supo inspirar a la injustamente perseguida los medios de evadirse de tan inopinado asedio, como se verá en su lugar.

FIDEL PÉREZ-MÍNGUEZ.

(Continuará.)

LA VIDA MADRILEÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV ⁽¹⁾

XII

EL TEATRO: LA VIDA DE LOS HISTRIONES

En artículos anteriores pasé revista a los espectáculos y fiestas que formaban parte de la muy regocijada vida de palacio bajo el más amigo de diversiones que ciñó la corona de los Austrias.

Siguiendo la serie de los esparcimientos que disfrutó Madrid en aquellos días, voy a referirme en éste y en los inmediatos artículos a los espectáculos no reales ni cortesanos, sino del disfrute general para todos los madrileños, empezando por el más culto y uno de los más populares: el teatro.

Desde luego que, siendo estos artículos meros estudios de costumbres, para nada ha de entrar en ellos la producción teatral como género literario.

Empecemos, antes de examinar cómo eran los lugares y los usos de la representación, por ver qué importancia se daba al teatro y cómo vivían los representantes.

I.—La fiebre teatral.

Uno de los rasgos más típicos de la España de Felipe IV es el amor, el delirio más bien, que despertaban las obras teatrales. Desde el monarca hasta el último villano, todos cifraban en ellas su mayor deleite. No sólo se representaban en pueblos y ciudades, al raso o en locales fijos, como espectáculo público, sino en el alcázar de los reyes, en los palacios de los nobles, en los conventos de frailes y monjas, o en medio de la calle sobre tablados ligeros o carros portátiles. Ninguna fiesta cortesana, popular o religiosa, podía concebirse sin ser las farsas escénicas un número obligado y de los principales. Igual para recibir a un príncipe, un embajador o hasta un obispo, que para festejar un grato suceso doméstico; lo mismo para un

(1) Los artículos anteriores de la serie se insertaron en los números de esta REVISTA correspondientes a octubre de 1924, julio y octubre de 1925, abril y julio de 1926, enero, abril y octubre de 1927, julio de 1928, enero de 1929, y abril y octubre de 1930.

reparto de premios escolares que para la canonización de un santo, la inauguración de una capilla o el traslado de una imagen, eran indiscutibles las comedias, que solían encargarse *ad hoc*, en relación con el suceso festejado, a los más ilustres ingenios.

Pero no sólo ellos las componían. Príncipes y gentes del pueblo, próceres y burgueses, eclesiásticos y soldados, no solamente además de presenciar con afán el espectáculo predilecto como público pasivo, intervenían a veces activamente en él, como actores y autores, suplantando a los que hacían profesión de ser una u otra cosa.

Nadie se creía incompetente para componer obras escénicas. Nobles, teólogos, burgueses, menestrales, frailes, monjas y camaristas, dedicaban sus ocios a tal menester.

Jamás se había conocido antes, ni se conoció luego, parecido frenesí teatral. Las comedias, toleradas solamente bajo Felipe III, eran bajo el cuarto Felipe la ocupación fundamental de los españoles. Con razón ha dicho Cánovas (1) que al reinado de los frailes y las monjas sucedía el de los histriones y las actrices, objeto, efectivamente, de una popularidad máxima.

«Representábanse en las principales casas particulares comedias con música o sin ella con ocasión de bodas y bautizos, promoción de destinos, cumpleaños y fiestas onomásticas, y hasta en las profesiones religiosas. La gran pérdida de textos de esta clase, más aún que de otros, correspondientes a los primeros treinta años del siglo xvii, nos priva de conocer al pormenor cómo serían aquellos *particulares* que los cómicos de la Cruz y del Príncipe hacían por las noches a los grandes señores, ministros, consejeros, prelados, conventos y aun personas más modestas, pero de cuya existencia nos dan razón los escritores coetáneos...

Relativos a época algo posterior nos quedan muestras suficientes» (2).

Aquellas comedias domésticas llamadas *particulares*, como queda dicho, debieron de originar abusos, pues a partir de 1644 se ordenó que no se efectuaran en casa de nadie sin previa licencia firmada por el presidente e individuos del Consejo de Castilla (3).

Naturalmente, Madrid era el centro de la vida teatral, como de todas las actividades nacionales.

Por lo común, había representaciones diarias, y, aunque eran dos los teatros públicos de la corte y se representaba además en todas partes, era raro hallar una localidad vacía. El francés Brunel, testigo presencial de tal entusiasmo, lo comenta en estos términos, poco halagüeños para España:

(1) *Casa de Austria*, edic. de 1911, pág. 311.

(2) Cotarelo Mori, *Colección de entremeses*, etc. De la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, tomo I, pág. XII.

(3) Monreal, *El corral de las comedias, Ilustración Española y Americana*, 1881, tomo I pág. 71.

«El pueblo se interesa tanto por esta diversión, que apenas si puede hallarse en ella un sitio. Los más distinguidos tómanse por anticipado, y esa es una prueba de la excesiva ociosidad de este país, pues en París mismo, donde no se representa a diario, no se ve tanto apresuramiento» (1).

Aun los retraídos para el teatro concurrían a él, si daban comedia nueva.

«Las nuevas nadie lo excusa», --dice un personaje en *Las muñecas de Marcela*, de Cubillo.

Los estrenos despertaban tal expectación y eran tan apetecidos, que para encarecer las ansias que producía una joven hermosa, dicese de ella en un entremés (2): «*Más deseada que comedia nueva*».

II.—*Las estrellas de la farándula* (3)

Al tomar el teatro carácter de institución pública y privada fundamentalísima, los representantes adquirieron un relieve, una popularidad, un renombre, desconocidos antes. Y las actrices, si unían a sus talentos escénicos la gracia y la hermosura, eran diosas, en cuyos altares rendían ferrosamente ofrendas altos y bajos.

Su predicamento superaba al que hoy pueda tener la *diva* o la *divette* de más circulación mundial.

Por doquier cosechaban riquezas y homenajes, ditirambos rimados de sus admiradores poetas (que era tanto como pobres), y objetos más substanciosos de los que tenían qué dar, y eran los preferidos, naturalmente. Tampoco, como a todo el que brilla, les faltaban enemigos, siéndolo muchos envidiosos o despechados ingenios, que las acribillaban con sus versos punzantes y venenosos.

Algunas comediantas hacían ostentación de riqueza, lujo y sibaritismo, granjeados por recursos que no eran precisamente los de su arte profesio-

(1) *Voyage d'Espagne*, cap. V.

(2) Quiñones de Benavente, *La muestra de los carros*.

(3) Como el presente artículo no pretende estudiar las personalidades individuales, sino solamente la sociedad, habré de ser parco al referirme a la vida y milagros de las más célebres histrionisas y de los más afamados actores. Además, la labor está ya hecha, pues toda la segunda parte del libro de Casiano Pellicer..., *De la comedia y del histrionismo en España*, es una serie de biografías de representantes, espigada y saqueada por docenas de escritores modernos, aunque no falten entre ellos los que ofrecen aportaciones nuevas sobre el particular, señalándose como muy meritorios Julio Monreal, Sepúlveda, Luis Fernández Guerre, Díaz de Escovar y Cotarelo.

El más completo estudio documental sobre los actores, limitado a reproducción de documentos, en su mayoría extraídos del Archivo Municipal de Madrid, se halla en la crucialísima y moderna obra del Sr. Pérez Pastor, *Nuevos datos acerca del histrionismo español en los siglos XVI y XVII*. Allí se aclaran muchas dudas sobre identificación de cómicos, pormenores de sus contratas y actuaciones escénicas. También son útiles al caso obras no dedicadas especialmente a los cómicos, como la edición citada de entremeses, jácaras, loas, bailes, etc., hecha por D. Emilio Cotarelo.

nal. Petronila Jibaja gustaba de enseñar públicamente sus vestidos y joyas, y Antonia Infante cubría su cama con sábanas de tafetán negro, cosa que, por lo desusada, causó general escándalo».

Tirso de Molina, para encarecer en una de sus comedias los merecimientos de una señora, pudo decir:

«más *gentilhembra*, más rica
que una abadesa en las Huelgas,
que una condesa en su villa
y *una dama de teatros*,
que es más que todas las dichas» (1).

Muchas señoras de alto copete cultivaban el trato de las comediantas, y las protegían en cualquier lance enojoso de su profesión (2); y en cuanto a los caballeros de la corte, del rey abajo, su protección era más general, más rendida y, claro es, mucho menos desinteresada; pues siempre la miel atrajo a los golosos, y el brillo de la luz prendió a las mariposas... y a los moscones.

Entonces, aún más que ahora, las mujeres de teatro tenían fama de frágiles y asequibles al galanteo; circunstancia que, como siempre, abultaban calumniosamente los celos, el despecho o las rencillas profesionales, forjando toda suerte de leyendas eróticas en torno de las *estrellas de la farándula*.

Eran éstas, desde luego, las preferidas para los amoríos y amancebamientos de los próceres y poderosos, y, en general, no emulaban la castidad de Lucrecia. Las había, no obstante, virtuosas, y aun en tal medida, que el aguijón de la calumnia fué impotente para mancillarlas. Fué el caso de María Riquelme, tan famosa por su hermosura como por su talento escénico, y tenida por virtud inquebrantable, a pesar de ser numerosos los galanes de posición que pretendieron rendirla. Estaba casada con el director de compañía Manuel Vallejo.

El historiador de los cómicos, Caramuel, dice de ella «que fué muy perseguida por haber sido muy hermosa y por representar tan divinamente; que por ninguna manera se supo de ella cosa, antes bien, fué muy devota, frecuentando los sacramentos, y que la tenían todos por muy santa». Y Pellicer añade: «La común opinión de virtuosa en que era tenida María Riquelme, se confirmó más con su vida recogida y penitente que trajo en la ciudad de Barcelona, donde, retirada de las tablas, fijó su residencia después de la muerte de su marido» (3).

Pero ya se comprende que éste y algún otro caso de acendrada honestidad eran excepciones raras.

(1) V. Cotarelo, *El hijo del Conde Duque*, pág. 169.

(2) V. Cotarelo, *El hijo del Conde Duque*, pág. 241.

(3) ... *De la comedia y del histrionismo en España*, tomo II, págs. 110 y 111.

«En esta corte—escribía Mme. d'Aulnoy—las comediantas son verdaderamente adoradas; casi todas entretienen la pasión de algún gran personaje, dando lugar a riñas y desafíos, donde algunos caballeros han perdido la vida. Yo no sé lo que tendrán de atractivo tales mujeres, pero con la peor facha del mundo y derrochando de una manera estupenda, saben aprisionar de tal manera a sus amantes, que más bien dejarían morir éstos de miseria a toda su familia que ver a su pedigüeña comedianta con un deseo mal satisfecho» (1).

A veces los más encumbrados aristócratas formaban partido en pro de una o de otra histrionisa, y resolvían a estocadas quién había de alcanzar sus favores.

Entre aquellas actrices encumbradas por el amor o el capricho de un poderoso, ninguna alcanzó la celebridad de María Calderón (la *Calderona* o la *Marizápalos*, como el vulgo la llamaba), por ser la más conocida amante del rey Felipe IV, y la madre del único reconocido por él en la dilatada serie de sus hijos bastardos, el célebre D. Juan de Austria. María Calderón era casi adolescente cuando el rey la conoció en el corral de la Cruz, quedando prendado de su belleza, su dulce simpatía y su cristalina voz.

Aunque no dejó de sufrir las mordeduras de la maledicencia, conservó en general fama de fiel al monarca de dos mundos, y apenas dió a éste un hijo, tocada de mística inclinación, trocó voluntariamente los esplendores de la corte por la vida del claustro, dando origen a la leyenda, propagada por Madame d'Aulnoy, de que todas las amantes del rey tenían que acabar haciéndose monjas. Por ser tan conocida la figura histórica de María Calderón, no insisto en este punto.

Tan frecuentes llegaron a ser los amoríos de los nobles con las actrices, y a tales escándalos daban lugar las representaciones, que intervino la autoridad con severas medidas, a poco de caer el conde duque, época que en muchos órdenes pareció ser de contrición y deseo de enmienda.

Así leemos en los *Avisos* de Pellicer:

«En lo que más ahora se habla en Madrid es de las leyes que se han impuesto a comediantas y comediantes. Hanse hecho a instancias de don Antonio de Contreras, del Consejo de Castilla y Cámara. En primer lugar, que no se pueda representar de aquí en adelante de inventiva propia de los que las hacen, sino de historias o vidas de santos. Que farsantas ni farsantes no puedan salir al tablado con vestido de oro ni de telas ricas. Que no pueda representar soltera, viuda ni doncella, sino que todas sean casadas. Que no se puedan representar comedias nuevas nunca vistas, sino de ocho a ocho días.

Que los señores no puedan visitar comedianta alguna arriba de dos veces. Que no se hagan particulares en casa de nadie, si no es con licencia firmada del señor presidente de Castilla y de los consejeros. Y que los re-

(1) *Relación que hizo de su viaje por España*, edic. española, pág. 143.

presentantes no reciban en sus compañías otras *actoras* que aquellas que tengan acreditada su honestidad y buen proceder» (1).

Otro *aviso* del propio narrador coetáneo revela que las órdenes superiores no fueron letra muerta, al menos en los primeros tiempos de su ejecución; pues dice de esta suerte:

«De aquí salió en son de desterrado D. Juan de Ochandiano, regidor de Madrid, mozo de lindo talle y bríos, por dar escándalo con la amistad que tenía con María de Heredia, representanta a quien retiraron a la reclusión de galera (2)».

Pero bien se comprende que aquella *justicia de enero* no remedió el mal; pues años más tarde seguían los desórdenes, como atestigua la siguiente narración, que se refiere a Madrid:

«Al anochecer mataron a D. Francisco de Paz, caballero del hábito de Santiago, caballerizo de S. M., de un arcabuzazo, yendo él a pie y el que le tiró. Presúmese que fué por una farsanta llamada María Quiñones, y que el agresor fué D. Gaspar de Valdés, regidor de Madrid» (3).

Del cómico Olmedo hijo se contaba que, a los pocos días de haberse casado con una actriz, se la robó el almirante de Castilla al salir una noche del teatro, y no volvió a saber de ella.

Casos parecidos repitiéronse durante todo el reinado del cuarto Felipe y bastante tiempo después.

III.—*Actores y actrices en boga.*

Además de María Calderón y María Riquelme, hubo artistas de renombre, como María de Córdoba, llamada *la Sultana Amarilis*, una de las contadísimas mujeres que llegaron a *autoras* (jefes y empresarias) (4), y de la cual dice Caramuel: «Era prodigiosa en su profesión; recitaba, cantaba, tañía, bailaba, y, en fin, no hacía nada que no mereciese públicos aplausos y alabanzas»; Bárbara Coronel, famosa por sus aventuras y su carácter varonil, acusada de haber matado a su marido; Josefa Vaca, célebre por su arte y su belleza; Francisca Baltasara, especialista en papeles de hombre, y que redimió sus licencias de comedianta acabando sus días en la áspera penitencia de una apartada ermita; Antonia Infante, afamada por su sibaritismo; *Francisca Bezón*, hija furtiva de un poeta dramático y de una gran dama, y cuyo verdadero nombre se ocultó siempre bajo el del actor que la prohió, la cual representó muchos años en Francia, ad-

(1) 1 de marzo de 1644.

(2) 27 de septiembre de 1644.

(3) Cit. por Monreal, loc. cit., pág. 58. El documento se refiere al 16 de marzo de 1661.

(4) Sabido es que entonces se llamaba *autor* no al creador de una obra dramática, sino al director de una compañía teatral.

quiriendo allí gran notoriedad; María Heredia, de vida agitadísima, que pasó de dirigir compañías a remar en galeras, acabando su vida en Nápoles; Antonia Granados, llamada la *divina Antandra*, y otras actrices que, por su palmito gentil o por su talento en la recitación, la danza o el arte de tocar algún instrumento, hicieron furor en los corrales públicos. Algunas de ellas alcanzaron su apogeo bajo el tercer Felipe, y en tiempo del cuarto entraban en su crepúsculo.

Como histriones del sexo masculino, merecen mención especial el famoso Cosme Pérez, más conocido por el seudónimo de *Juan Rana*, el comediante más gracioso que conoció nuestro país. Su talento y su *vis cómica* le granjearon tal popularidad, que pudo permitirse licencias a nadie toleradas y alcanzar excepcionales privilegios. Del rey abajo, todos sentían debilidad por él, y eso le dió bula para todo. En pleno teatro real del Buen Retiro, se atrevió a gastar chanzonetas irrespetuosas con damas linajudas.

Acusado de delitos deshonestos, la justicia echó tierra sobre la acusación, y el cómico volvió impune al mentidero de San Felipe el Real, donde las gentes hacían corro para oír sus chanzas y agudezas, siendo aclamado por los concurrentes. Su predicamento libró a su sobrina, la actriz Bárbara Coronel, de las garras de los jueces y alguaciles, cuando se la acusó de matadora de su esposo.

Llegó *Juan Rana* a ser propietario de un inmueble en la actual calle de Lope de Vega en Madrid, lo cual prueba que disfrutaba de un holgado pasar, cosa explicable cuando las compañías se lo disputaban, y lo propio hacían para sus teatros privados príncipes y magnates.

Su especialidad eran los entremeses. Benavente, rey de este género teatral, hacíale muchos a la medida, representándole en ellos con su nombre de guerra, como el titulado *El doctor Juan Rana*. Calderón compuso otro, titulado *El desafío de Juan Rana*. Sobresalía el celebrado artista en los papeles de tonto y de alcalde de pueblo. Así, en una loa de Benavente dice un actor, simulando hacer testamento:

«Mando a *Juan Rana* los simples y los alcaldes perpetuos.»

Y en el entremés del mismo autor, *El guardainfante*, representado por el famoso histrión, tenía que decir éste, encarándose con el grupo de espectadores en pie, llamados *mosqueteros*:

«Señora mosquetería,
escuchá a vuestro Juan Rana.
Yo ¿no so alcalde perpetuo?
Pos ¿no me diste la vara?»

Dotes de donaire bien excepcional debió de poseer aquel actor para ser tenido por rey de la gracia en un tiempo en que Madrid estaba *cho-rreando graciosos*, según frase del entremesista Benavente. Disputáronle la palma en esa especialidad —aunque sin éxito— otros muchos, tales

como Bezón, Frutos, Heredia, Lobaco, Mencos, Valcázar, Osorio, y especialmente Treviño, a cuya competencia con el gran histrión alude Benavente en estas palabras de una loa no muy honrosa para ambos:

«Dándose estaba Juan Rana
de las astas con Treviño» (1).

El Sr. Cotarelo Mori, en su biografía de *Juan Rana*, cree ligeros los cargos de orden moral que contra éste ofrecen las *Noticias de Madrid*, exhumadas por el Sr. Rodríguez Villa, y cita el juicio de un biógrafo anónimo y coetáneo, según el cual aquél «fué hombre ejemplar de vida».

La propia relación manuscrita de la Biblioteca Nacional encomia sus méritos artísticos, diciendo que «sólo con salir a las tablas, y sin hablar, provocaba a risa y al aplauso» (2). Caramuel le llama «el gracioso más vivo que hubo en España» (3).

De lo que en palacio se le estimaba da idea el entremés de Avellaneda, *La portería de las damas*, donde se supone que el director de la compañía aparta de ella a *Juan Rana* y le consigue un puesto de sirviente en la portería de las damas de palacio. Al saberlo *Juan Rana* dice en el entremés:

«Pésame por la reina mi señora,
porque mi muerte apostaré que llora,
acompañando el llanto de la infanta,
que las dos llorarán cual una santa.
¿Qué ha de hacer la infántica
sin su *Juan Rana*? ¡Ay, bella chocotica!
Y al rey, aunque lo encubre con el guante,
¿quién le ha de hacer reír de aquí adelante?» (4).

Tres años después de morir Felipe IV, y siendo ya ochentón el gran cómico, se le hizo, entre bromas y veras, una fiesta de homenaje inusitado, que consistió en la representación de un entremés de circunstancias, *El triunfo de Juan Rana*, tomando parte el célebre histrión, como estatua de sí mismo, para recibir los laureles de su bien ganada popularidad. Fué la última fiesta escénica en que intervino, y resultó solemne, pues se celebró ante Carlos II y su corte para festejar el cumpleaños de la reina madre (5).

(1) D. Emilio Cotarelo, en el prólogo a la *Colección de entremeses, loas, bailes, jácaras y mojigangas desde fines del siglo XVI a fines del XVIII*, da una lista completa de *graciosos* y de *graciosas* en boga, y traza una biografía de *Juan Rana*, con nuevas aportaciones documentales, págs. CLVII a CLXIII.

(2) Cotarelo, op. cit., pág. CLXI.

(3) *Primus calamus*, pág. 707. Traducción de Casiano Pellicer.

(4) Cotarelo, op. cit., pág. CLXII.

(5) Idem, id., págs. CLXI y CLXII.

Actores serios los había tan buenos como Juan de Morales (1), esposo de la actriz Josefa Vaca, y a quien Quevedo en su *Buscón* llamó el *Bonico*; los dos Olmedos, padre e hijo, hidalgos e infanzones; D. Pedro Antonio de Castro, también de cuna prócer, el cual se hizo comediante por el amor de la antes mencionada histrionisa Antonia Granados, que supo prenderle en las redes del matrimonio.

Roque de Figueroa, uno de los más firmes prestigios teatrales de su tiempo, unía a las dotes declamatorias una cultura excepcional científica y literaria. Recorrió en triunfo, al frente de su compañía, España, Portugal, Italia y los Países Bajos, y fué primera figura en las representaciones del Buen Retiro. Sebastián del Prado marchó con la infanta María Teresa a París, y representó allí mucho tiempo, con éxito considerable, comedias españolas. Andrés de la Vega fué notable *autor*, llamado *El gran turco*, por ser esposo de la *sultana Amarilis*.

Damián Arias de Peñafiel tenía voz tan armoniosa y tal arte para emitirla, que se le consideraba como maestro de oradores, y se llenaban los teatros donde él trabajaba. Benavente dice de él en uno de sus entremeses:

«Que en ocupando el teatro
Arias, compañero nuestro,
.....
se desclavaban las tablas,
se desquiciaban los techos,
gemían todos los bancos,
crujían los aposentos,
y el cobrador no podía
abarcar tanto dinero.»

También fueron representantes famosos de la época Cristóbal de Avendaño, Santiago Ortiz, Lorenzo Hurtado, Manuel Alvarez de Vallejo, esposo de la honesta actriz María Riquelme; Antonio García de Prado, Pedro Valdés, Tomás Fernández Cabredo y una familia de cómicos llamada Pinedo (2).

«La familia de los Pinedo —escribe Shack— fué fecunda en actores sobresalientes, y la predilección del público por ellos era tan grande a

(1) Hubo varios representantes célebres de este apellido. El principal, Alonso de Morales, a quien Pellicer confundió con Juan, haciéndole inexactamente esposo de Josefa Vaca, no corresponde a este tiempo, pues en 1615 había ya fallecido. (V. Monreal, *Cuadros viejos*, pág. 77, nota.)

Pérez Pastor, en su libro sobre el *Histrionismo español*, pág. 78, reproduce la partida de matrimonio entre Josefa Vaca y Juan de Morales, acabando de alejar toda duda sobre quién de este apellido fué el verdadero esposo de la Vaca.

(2) Sobre uno de sus más celebrados individuos, Baltasar de Pinedo, perteneciente a esta época, da curiosas noticias el Sr. Díaz de Escovar en el *Boletín de la Academia de la Historia* de 1928, núm. XCII, págs. 162 y 174.

finés del reinado de Felipe IV; que bastaba el anuncio de que cualquiera de su nombre había de representar en una comedia para asegurar su buen éxito» (1).

IV. — *Los riesgos del himeneo teatral*

Fueron frecuentísimas las bodas de actores con actrices, tanto más cuanto que ya se ha indicado la obligación legal en que estaban las compañías de tener cómicas casadas para asegurar su honestidad. Pero el remedio era contraproducente; pues en muchos casos había de unirse a la fama de disoluta en la esposa la de *sufrido* o complaciente en el esposo. Al menos, así lo pregonaba la voz pública, y en ello hincó sus dientes mil veces la maledicencia, servida por las ingeniosas pullas rimadas de los más cáusticos vates.

Las tres dichas de los cómicos, según *Estebanillo González*, eran: «tener mujer hermosa, ser pretendida de señores generosos y estar con autor de fama» (2).

La reconocida honestidad de María Riquelme no libró a su esposo, Manuel Vallejo, de que Góngora escribiera sobre él:

«Quedando con tal peso en la cabeza,
bien las gramallas rehusó Vallejo,
que ser venado y no llegar a viejo
repugna a leyes de naturaleza» (3).

Pero el matrimonio de artistas más traído y llevado por los poetas fué el de Morales con Josefa Vaca. El maligno Villamediana fué quien se ensañó con ellos de un modo especial.

Tenía Morales fama de ser un terrible celoso, y su mujer de ser consumada y aun aprovechada coqueta, en torno de la cual mosconeaban no pocos próceres linajudos, poniendo cerco a sus encantos. Mil anécdotas y chascarrillos corrían sobre el particular por la corte. Contábase que al llegar a ella el matrimonio farandulero, temió Morales que la honestidad de su mujer, harto amenazada en provincias, naufragase del todo entre las peligrosas sirtes cortesanas, y la exhortó patéticamente a mantenerse recatada, reforzando su argumentación con la muy contundente de un garrotazo en la cabeza.

Villamediana compuso con tal motivo el conocido soneto que simula

(1) *Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, tomo IV, págs. 89 y 90. En nuestros días ha resucitado el renombre del apellido Pinedo entre la gente de teatro.

(2) *Estebanillo González*, cap. IV.

(3) Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 638.

ser un diálogo entre los causantes, empezando Morales a interpelar así a la Vaca:

—«Oiga, Jusepa, y mire que ya pisa
esta corte del Rey; cordura tenga;
mire que el mundo en murmurar se venga,
y el tiempo siempre sin hablar avisa.
Por esta dura y eficaz divisa,

(Levantando un garrote.)

que de hablar con los Príncipes se abstenga,
y aunque uno y otro Duque a verla venga,
su marido no más, su honor y misa.—

Dijo Morales y rezó su poco;
mas la Jusepa le responde airada:

—¡Oh! Lleve el diablo tanto ¡guarda el coco!
¡Malhaya yo si fuese más honrada!
Pero como ella es simple y él es loco,
miró al soslayo, fuese y no hubo nada.»

La exhortación no fué, a lo que parece, muy eficaz; pues, según público rumor, los duques de Feria, Pastrana y Ríoseco; los condes de Olivares y Saldaña; los marqueses de Villanueva del Fresno, Alcañices, Villafior y Peñafiel (1), y otros encopetados galanes andaban bebiendo los vientos por la histriónica Circe, y la colmaban de obsequios, algunos de los cuales alcanzaban a su esposo, sin que éste supiera evitarlos.

Según unos, la Vaca no era insensible a tales finezas, y aun cierto malévolo rumor aseguraba que entre los recónditos papeles de la actriz se halló una lista nominal de los magnates a quienes otorgó sus favores (2). Según otros, sus devaneos no pasaron de coqueterías y *flirts* —que diríamos hoy— de mujer cuya vanidad se siente halagada por masculinos homenajes, sin que llegara jamás a mayores con ninguno de sus infinitos pretendientes. Difícil es puntualizar tan delicado extremo. Pero el caso es que Morales andaba escamadísimo, y tenía siempre una espada al alcance de su mano para defender su rijoso honor.

Contaban los desocupados que, a veces, en el casón de su propiedad, en la calle de Francos (hoy Cervantes), oía rumores extraños a deshora en las habitaciones de su mujer, y las registraba en paños menores, empuñando tizona y bujía; y, como nada encontrase, llegó a convencerle la Jusepa de que pudieran ser duendes. Avisada la iglesia vecina, acudió el receptor con estola y sobrepelliz, armado de sendo hisopo, para conjurar

(1) Villamediana enumeró por sus nombres a todos los linajudos pretendientes de la Vaca, jugando con ellos del vocablo en el conocido soneto que empieza:

«Oye, Jusepa, a quien tu bien desea.»

(2) Ricardo Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 234.

a los espíritus malignos (1). Añadían que el caviloso Morales, temiendo que anduviese entre aquella hechicería alguno de los nobles solicitantes de su mujer, amenazó ensartarlos a todos con su tajante acero; y, habiéndose divulgado tal fanfarronada, quiso castigarla con pública afrenta uno de los aludidos. Y así, una tarde que Morales salió a escena con desusadas galas, cuéntase que el duque de Medina le disparó desde su asiento esta envenenada saeta:

«Con tanta felpa en la capa,
y tanta cadena de oro,
el marido de la Vaca,
¿qué puede ser sino toro?» (2)

Según otra anécdota (3), las pretensiones rivales de los más altos señores al favor de la disputada actriz, degeneraron una vez en violenta disputa entre los duques de Feria y Ríoseco, los cuales se acuchillaron en pleno corral de las comedias, durante la representación, por cierta joya que la Vaca llevaba prendida al salir al tablado. El escándalo y la confusión fueron de los que hacen época. El alcalde que presidía, logró con grandes esfuerzos apaciguar a los contendientes, y al otro día, tanto éstos como Morales y su mujer, fueron desterrados de la corte (4). Es dudosa la autenticidad de tal relato.

V.—*Los cómicos, juzgados por los poetas.*

Además de las poesías satíricas mencionadas, circularon otras varias de parecido jaez, y más fuertes aún, contra Morales y la Vaca, inspiradas quizás en el despecho, ya anónimas, ya debidas a Villamediana, Góngora, Quevedo y otros ingenios malignos. Hubo quien llamó *flaca*, *fea* y *amarilla* a la que tal fama tenía de hermosa.

Entre los que hablaron de ella en son de elogio figuró nada menos que el gran Lope. Y otros poetas dedicáronla rimados panegíricos, distinguiéndose en ese punto D. García de Porras (5).

(1) Ricardo Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 234.

(2) Ricardo Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 236. —Otros autores atribuyen el dicho al conde de Villamediana, y no dicen que se le lanzase en el rostro a Morales con tal crudeza; pero es innegable que la copla circuló por todo Madrid, alcanzando escandalosa celebridad.

(3) Recógela Julio Monreal en su castizo romance *Duques y comediantas*.

(4) Sepúlveda, op. cit., págs. 419 y siguientes. —La mayor parte de la vida teatral de la Vaca y Morales pertenecen al tiempo de Felipe III; pero como también alcanzó al de Felipe IV, se enumeran aquí los mencionados episodios (a pesar de ese leve anacronismo y de estar muy divulgados en varias obras modernas) por su relieve y su interés para formar el cuadro de costumbres teatrales en el Madrid de los Austrias.

(5) Antología manuscrita de la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza, tomo III. Citada por Monreal en *El corral de las comedias*.

El mismo Porras dedicó un romance galantemente encomiástico a la actriz Anita de Cáceres, y probablemente son suyas unas décimas satíricas dedicadas a María de Córdoba, una de las comediantas más celebradas por los vates de entonces; pues si Villamediana la trató con ojeriza, y otro escritor llamado Navarro de Cascante la disparó diatribas soeces, elogiáronla, en cambio, el descontentadizo Calderón, en *La dama duende*; Vélez de Guevara, en *El Diablo Cojuelo*, y Quevedo, en un romance de imitación caballeresca, donde la llamaba «hermosura andante».

También era frecuente que en los entremeses o jácaras representados en los corrales, juntamente con las comedias, se intercalaran versos alusivos a sus bellas intérpretes, recitados en ocasiones por ellas mismas. Así, en un entremés de Benavente decíase de la cómica María de Heredia, aludiendo a sus variadas aptitudes para el género serio y el festivo:

«*Damas hace y graciosas* María de Heredia.
Sal en uno, y en otro flor de canela.»

Alusiones tales se extendían también a veces a los cómicos famosos, según vimos al tratar de *Juan Rana*. Y, en ocasiones, anónimos copleros ponían en circulación cantares, pronto popularizados, sobre las más bellas histrionisas, como aquél, de epigramática intención, que corría por Madrid, referente a Francisca Baltasara:

«Todo lo tiene bueno la Baltasara;
todo lo tiene bueno; también la cara» (1).

Otro anónimo vate puso en relieve la gloria alcanzada en el extranjero por Francisca Bezón, con estas estrofas, que circularon profusamente por los mentideros teatrales:

«¿Quién en la Francia pregona
con autoridad palmaria
nuestra gloria literaria?
La Bezona.
¿Quién causa la admiración
de aquella extranjera corte
por su mérito y su porte?
La Bezón.»

De modo que, para bien o para mal, fueron los actores, y especialmente las actrices, musa predilecta de poetas consagrados o callejeros.

(1) Pellicer, op. cit.

VI.—La vida de los cómicos: las compañías.

La vida de los cómicos en tiempo de Felipe IV era a la vez alegre y peligrosa, privilegiada y difícil.

El predicamento de las comedias hacía extensivo, por lógica derivación, a sus intérpretes; pero éstos eran a un tiempo mismo populares y vilipendiados.

Su categoría social no era muy superior a la de los bufones, tan indispensables en toda gran casa para distraer el tedio de sus moradores. Como a ellos, se les halagaba porque divertían, y aun se hacía la vista gorda a sus insolencias y desmanes, que, viniendo de otra persona, hubieran recibido sanción severa. Pero, como a ellos también, se les despreciaba profundamente.

Frente a estas ventajas, padecían no pocos vejámenes y humillaciones.

En aquella sociedad, profundamente jerárquica, hasta para los amos había clases, siendo de las últimas los cómicos. Así, leemos en un *Aviso* de Pellicer: «... De Valencía han avisado que allí degollaron a Iñigo de Velasco, un comediante de opinión, porque, olvidándose de la humildad de su oficio, galanteaba con el despejo que pudiera hacerlo cualquier caballero» (1).

El concepto despectivo en que a los cómicos se tenía en general llegaba al punto de considerarlos *incapaces de sacramentos* en el sentido literal de la frase. Así, en las disposiciones del Consejo de Castilla en 1644, se ordenó «que los representantes no recibiesen la comunión, guardándose en esto el estilo y la observancia antigua» (2).

Manifestábase el desdén hacia los cómicos en los calificativos de *histriones* y *faranduleros* con que se les solía denostar. Aunque eran éstos gente de bulla y buen humor, no estaban libres de contratiempos y amarguras.

Por lo mismo que la gente era frenética por las comedias, sus intérpretes, compareciendo ante el público cual en perpetuo escaparaté, eran la comidilla de todas las charlas y el objeto habitual de las críticas, murmuraciones y burlas de todo el mundo por sus menores defectos o descuidos.

Tenían, pues, los pobres comediantes que ser sufridos con el público, celosos por complacerle y aun adularle, y diestros en tocar todas las teclas y manejar todos los registros por donde se pudiera llegar a la benevolencia de los más contrapuestos censores, desde el lechuguino al tripicallero, desde la dama dengosa al grave varón tonsurado.

(1) *Avisos*, del 25 de agosto de 1643.

(2) Así lo dice un documento de la Biblioteca Nacional, citado por Monreal en su artículo *El corral de las comedias*, pág. 71 de la col. cit.

Como escribía Zabaleta, enumerando uno por uno los esfuerzos y sacrificios de los histriones para complacer al público, «los comediantes son la gente que más desea agradar con su oficio entre cuantos trabajan en la República» (1).

Mayores aún que los apuros del simple cómico eran los del cómico director de compañía o *autor*, como impropriamente se le llamaba entonces, y que servía también de empresario. Sus primeras dificultades eran para reclutar gente, sobre todo si no andaba muy sobrado de fondos con que empezar. Hacíase el ajuste mediante escritura, donde se estipulaba la duración del compromiso y el sueldo asignado a cada cual, que recibía el nombre de *ración* (2), de donde procede la palabra *racionista*, que se aplica aún a los actores encargados de modestos papeles.

No pocos disgustos acarreaba también al director el gobierno de aquella tropa inquieta e indisciplinada, entre la cual, por el reparto de papeles o por preferencias del público, eran habituales las envidias y las trifulcas. Vélez de Guevara describe graciosamente una pelotera entre las actrices de una compañía, «diciéndose palabras mayores, y tan grandes que alcanzaron a los maridos» (3).

A veces la justicia tenía que intervenir para fortalecer la autoridad del director de la compañía. Así, en 1640 fué llevado un cómico a la cárcel de corte con su mujer, le echaron dos pares de grillos con candado y cadena, y embargaron su ajuar, por haberse rebelado contra las órdenes de su director, Bartolomé Romero (4).

Añádanse las interrupciones en la concurrencia del público al teatro; pues «si hay mucho calor no se viene a la comedia, si el invierno es riguroso o llueve no se puede salir de casa, si algún príncipe muere quítase todo género de entretenimiento, y los comediantes han de dejar su trato y buscar qué comer o modo de vivir» (5).

Con todo eso no siempre sacaba el cuitado *autor* los gastos que le acarreaba la comedia, y si además menudeaban los fracasos en las obras que se interpretaban o estrenaban, la quiebra resultaba inminente, y era frequentísimo que aquél se hallase «empeñado, lleno de deudas, y por maravilla alguno llegó a ser rico» (6), ocurriéndole con harta frecuencia dar con sus huesos en la cárcel (7).

* * *

(1) *El día de fiesta por la tarde*, cap. *La comedia*.

(2) Quevedo, en *El buscón*, y Benavente, en algunas de sus loas, aluden a las *raciones* y escrituras de los cómicos.

(3) *El Diablo Cojuelo*, tranco V.

(4) Sepúlveda, *El corral de la Pacheca*, pág. 94.

(5) Jerónimo de Alcalá, *El donado hablador*, primera parte, cap. IX. — También en una loa de Benavente se deplora la ausencia del público por los calores estivales.

(6) Así lo dice *El donado hablador*.

(7) Lo confirma Quevedo en *El buscón*, libro I, cap. IX.

Entonces, como ahora, agrupábanse actores y actrices en compañías, en cuyo número y clase había limitación. El Consejo de Castilla designaba primero seis compañías, número que hacia 1640 era ya de doce, y a las que se llamaban reales o *de título*, por tener tal preeminencia extendida en debida forma. Estas eran las que representaban en los corrales públicos de Madrid y de las ciudades más importantes.

VII.—*Temporada teatral: títeres en cuaresma.*

La temporada teatral empezaba en octubre y terminaba el martes de carnestolendas, suspendiéndose las representaciones en todas partes durante los cuarenta días que la cuaresma duraba; pero como la afición a las farsas escénicas era incontenible, a título de compensación, y por considerarse fiestas más infantiles y de menos bullicio, permitíanse en aquel paréntesis ejercicios acrobáticos y volatines y comedias de muñecos, cuyo argumento explicaba un hombre a grito pelado, análogas, sin duda, a las del retablo de maese Pedro, que nos pinta el *Quijote*, y poco diferentes de los modernos teatros de guignol, regocijo de la niñez; aunque quizás el asunto de tales farsas rebasase algo el interés que ofrecen las modernas de polichinelas. Llamábanse *títeres* (1).

Pero como a buen hambre no hay pan duro, y como la apetencia escénica de aquella sociedad era insaciable, las personas mayores, y hasta las más encopetadas gentes cortesananas, acudían a solazarse con lo que ahora apenas va entreteniendo ya a la primera infancia. Así, en la comedia de Alarcón *Mudarse por mejorarse*, dice un personaje a otro:

«...Acudir verías
esta Cuaresma pasada,
contenta y alborozada,
al corral cuarenta días
toda la corte, y estar
muy quedas, papando muecas,
viendo bailar dos muñecas
y oyendo a un viejo graznar.»

Por muchos años ha quedado la frase *títeres en cuaresma* como expresión de espectáculo baladí o de segunda fila.

Durante el intermedio se organizaban nuevas compañías, y el segundo

(1) En el Archivo Municipal de Madrid hay un contrato de arrendamiento para hacer los volatines y títeres en los corrales de la corte durante la cuaresma de 1650. Le cita Sepúlveda en *El corral de la Pacheca*, pág. 97.

día de pascua comenzaba la nueva temporada teatral (1), aunque luego se autorizó para empezar el mismo domingo de Resurrección. Esta inauguración de los corrales en el *argot* de los cómicos llamábase *empezar*.

Al terminar la cuaresma comenzaba, pues, el éxodo de muchas compañías hacia las ciudades, y muy especialmente hacia Madrid, para emprender su temporada dramática.

Iban «las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros, los chapines con plata colgados de los respaldares de los sillones, y ellos unos en portamanteos sin cojines (2) y otros sin cojines ni portamanteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, unas alforjas detrás, y los músicos con las guitarras en cajas delante en los arzones..., unos con espuelas sobre los zapatos y medias, y otros con botas de rodillera sin ninguna, otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las de las demás mujeres» (3).

VIII.—Arriendos y contratas: a Madrid por fuerza.

Desde 1602 empezó a haber *arrendadores* —como los empresarios modernos— que alquilaban por San Juan los corrales. Los dos que tenía Madrid eran arrendados a las Cofradías de la Pasión y la Soledad, que disponían para los hospitales de sus ingresos. En 1621, es decir, el primer año que reinó Felipe IV, se arrendaron por cuatro años a Luis Monerón (4), en la suma de 106.500 ducados. En 115.400 ducados le tomó por cuatro años, en 1623, Francisco Alegría. En 1633 adquirió el arrendamiento Juan de la Serna y Haro en 100.700 ducados. Finalmente en 1638 se encargó de los teatros la villa de Madrid, entregando a las cofradías varios censos y subvenciones, que se han mantenido hasta el siglo XIX (5).

Entonces, como ahora, la suprema aspiración de histriones e histrionisas era trabajar en los teatros de la corte. Los aplausos y lauros cortesanos eran —y siguen siendo— la más alta ejecutoria, el doctorado para la carrera teatral. Sólo quienes los alcanzaban podían considerarse como triunfadores.

(1) Así lo dice el corregidor Armona en sus *Memorias*, y se deduce de una loa de Quiñones de Benavente.

(2) Portamanteos eran las maletas de viaje, y cojines las almohadas que ponían sobre las monturas de las caballerías.

(3) Vélez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, tranco V.

(4) Pellicer y otros autores le llaman Monzón. Sepúlveda, en *El corral de la Pacheca*, le da el apellido de Monerón.

(5) Mesonero Romanos, *El antiguo Madrid*, tomo I, pág. 296.—Pellicer, en su obra citada (tomo I, págs. 98 a 106), estudia estas estipulaciones de arriendo y reproduce algunas de sus cláusulas. Lo propio hace Sepúlveda en su libro. En el Archivo del Hospital general hay copia de la escritura de arriendo de este Monzón o Monerón, que es preciosa fuente para conocer aquella vida teatral

Pero si todos suspiraban por Madrid, cuando ya en él habían conquistado la palma y tenían personalidad y renombre, no siempre convenía a sus planes y combinaciones artístico industriales actuar en los teatros madrileños.

Y solía ocurrirles entonces, si eran representantes de nota, tener que hacerlo a viva fuerza y contrariando sus negocios y compromisos, pues el público de Madrid disfrutaba por cortesano fuero la facultad de conservar a los actores de su gusto.

Como sus teatros estaban arrendados, cuando el arrendador se hallaba falto de personal prestigioso y temía el desvío de los espectadores, acudía en súplica al juez protector de teatros para que, conforme a lo estipulado en el arriendo, enviase un alguacil a las poblaciones donde los buenos directores de compañía actuaban, llevándolos por la fuerza a Madrid. Así lo convino Monzón en su arriendo (1) y así se cumplía a rajatabla, tanto más cuanto que el público madrileño se cansaba de ver siempre las mismas caras y exigía la renovación del personal, salvo con algún cómico privilegiado. En una loa de Benavente declara el protagonista que le «trajeron por fuerza», y en el *Diablo Cojuelo* se alude a la pelea de unos cómicos en cierta venta «con el alguacil que los traía a Madrid, por orden de los arrendadores, con comisión del Consejo» (2).

De modo que ninguna comedia de provincias podía formarse sin que las de Madrid estuviesen previamente ultimadas. Esta operación se efectuaba especialmente en las forzosas vacaciones de la cuaresma. Era complicada y fecunda en accidentes, peripecias, intrigas, enredos y disputas. Las mismas compañías que habían de actuar en los corrales, tenían a su cargo cada año la representación de los autos del Corpus. Su recluta era encomendada en Madrid a una comisión, de que formaba parte un consejero de Castilla «protector de los teatros del Reino», el corregidor de la villa, varios regidores y algún otro personaje de cuenta.

Todo el mundo de la farándula —cómicos, *autores*, arrendadores y dramaturgos, pues no eran ellos los menos interesados en la distribución de los intérpretes de sus obras— aflucía entonces a Madrid y se congregaba en animados corrillos en el famoso *mentidero de representantes* de la calle del León, que —como nuestra calle de Sevilla en tiempos novísimos— era lonja de contratación escénica y lugar de marejadas ruidosas, en las que intervenían también los simples aficionados al teatro.

Allí mismo los *autores* de título que no habían de quedar en Madrid, llenaban los claros que en su compañía hiciera la corte con otros representantes, y apresurábanse a entenderse con los delegados y comisarios de hospitales y cabildos municipales, poseedores en cada pueblo del monopolio de espectáculos, para organizar las temporadas de provincias, determi-

(1) Pellicer, op. cit., tomo I, págs. 100 y 101.

(2) Tranco V.

nando su duración, sus sueldos, gajes y anticipos, número de comedias que había de representarse y demás pormenores del ajuste.

* * *

El vivir de los cómicos, de aventura y bohemia, errante e incierto, mezclando glorias y sinsabores, es uno de los más típicos rasgos de la pintoresca España del siglo xvii, y en particular de la villa y corte bajo el centro del rey poeta.

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

VARIEDADES

Varias tonadillas víctimas de la censura

Varias fueron las tonadillas prohibidas por los censores que examinaban las obras teatrales de nuestros ingenios en el siglo XVIII. En tal caso se halla una con letra autógrafa de D. Francisco Luciano Comella, hoy existente en la Biblioteca Municipal de Madrid, y cuya introducción y parte central dicen así:

«Yo soy un cadete chusco
de las tropas españolas,
más marcial y más salado
que cualquiera rey de copas.

He corrido todo el reino,
he cortejado patronas,
y he tenido muchas veces
desafíos por las mozas.

Sé hacer centinela,
guardar un fortín;
sé avanzar con el alma
y también huir;
y el día que como poco,
sé apretarme el corbatín.

Aunque en cuatro años que sirvo
no he ascendido en la milicia,
por mis méritos espero
ser capitán de malicia.

En cuantas partes he estado
me han querido bien las niñas,
porque a muchas les parece
que esta casaca es de almíbar.

Manejo las armas.
No tengo temor,
y cuando por Corpus
tengo formación
hago lugar a las niñas
para ver la procesión.

Escuchen benignos
mientras, reverente,
digo lo que pasa
entre los cadetes.
Atención tengan ustedes.

* * *

Muchos desde pajes entran a cadetes
pensando que al punto tendrán más dinero,
sin saber los pobres que en esta materia
tienen los cordones el mal del tinelo.

No hay duda en esto
que yo he contado,
pues desde niño
tengo observado
que cadetes y pajes
corren parejas
en estar escurridos
de faltriqueras.
Y de este juguetito
siga la idea.

Algunos cadetes de mucho boato
gastan su dinero con tanta miseria,
que infinitos meses antes de cobradas
tienen consumidas ya las asistencias.

No sé en que pende
que con la tropa
tenga el dinero
siempre camorra.
Y por eso el soldado,
aunque no quiera,
ha de ser observante
de la pobreza.
Y si no cansa el chiste
siga su tema.

Si después que tienen gastada la mosca
hallan una chusca de dulces amiga,
para regalarla tienen los cordones
que empeñar al punto en la compriría

¡Pobres cadetes!
¡Pobres babosos!
Cuánto trabajo
pasa el que es tonto...
Y por eso el dinero
y el cirujano
en dieta rigurosa
tienen a varios.
Y con las seguidillas
el chiste acabo.»

En las seguidillas epilogales de *El cadetito* la tonadillera se limitaba a explicar el temor con que se presentaba ante el auditorio. Carecen de interés, y por eso no las reproducimos aquí.

Esta producción pasó a la censura en 30 de octubre de 1782. No pusieron reparo alguno el revisor Sr. Caños, el inquisidor Sr. Camacho, el exa-

minador fray Puerta Palanca ni el comisario Sr. Quijada. Pero sí los puso el comisario Sr. Hermosilla, pues consignó lo que aquí se copia:

«Madrid y Novre. 1.º de 1782. Por haverse prohibido una Tonadilla que tenia una seguidilla satirica a los Musicos que devia haver cantado Juana Garcia por quexa que dieron los de la orquesta de la Compañía de Juan Ponze, no se permitió se cantase, y conprehendiendo en iguales terminos esta al Noble Cuerpo de Cadetes deve seguir la misma regla, para evitar alguna justa quexa.—(Fimado y rubricado) *Hermosilla.*»

Y ello bastó para que *El cadetito*, sin más ni más, pasase al archivo, pues le falta la autorización final del corregidor Sr. Armena, que en las obras similares de aquel tiempo cerraba esta serie de trámites previos.

¿A qué tonadilla podría referirse el severo comisario en sus palabras? Ello no era fácil de saber, pues su censura omite el título de la obra referida. Sin embargo, en mis rebuscas he logrado dar con esa producción. Se titula *La maja porfiada*, está escrita para dos personajes —a diferencia de *El cadetito*, que es una tonadilla a solo—, y concluía con unas seguidillas ajenas al asunto, como era usual en el plan morfológico imperante por aquellos años, en las cuales se satiriza a los músicos del coliseo en la forma que declaran les siguientes versos:

«La crítica del teatro
coge a infinitos
y a los músicos nunca
los ha cogido.

Silencio, quedito,
que sólo la idea
ciertos profesores
coge de la lengua.

Haya atención,
mientras criticamos
a los del roscón.

De todas partes del mundo
vienen músicos en rienda,
con más vanidad que un tonto
y más hambre que un poeta.

De caballeros se precian,
pero según yo barrunto
tan sólo son caballeros
cuando van afuera en burro.

A muchos que no coge
la satirilla
sin motivo estoy viendo
que ahora se pican.

Todo lo vario
es lo que ha apetecido
siempre el teatro.

Si les dicen donde comen,
responden que en una fonda,

y aquel día tal vez sólo
comieron pan y cebolla.

A la Puerta del Sol bajan
al mediodía, muy libres,
para irse alquilar allí
lo propio que calesines.

Y de estas seguidillas,
malas o buenas,
los criticados culpen
sólo la idea.»

También ha tenido su historia esta tonadilla de *La maja porfiada*. Examinada esta obra primeramente por D. Mathias Cesáreo Caño en 10 de octubre de 1782, por orden del inquisidor ordinario de la villa de Madrid y su partido, D. Alonso Camacho, no halló cosa alguna que impidiera su representación. Dicho inquisidor, conformándose con el anterior juicio, declara que se puede cantar la tonadilla, y así lo firman él y además, por su mandato, Miguel del Campo.

Pasa al reverendo padre fray Angel de Pablo Puerto Palanca y a los señores comisarios para su examen, y tanto aquel fraile como el comisario Hermosilla, dicen, sobre su firma, que no hay reparos a hacer para la representación. Después aparecen escritas las palabras «Madrid, 11 de octubre de 1782.—Apruébese y cántese». Pero falta la firma del corregidor que, tras esos dilatados trámites, habría de conceder el permiso definitivo para la representación. Y claro está que la obra no pudo cantarse por consiguiente. Quizás la determinación de no aprobar la tonadilla fué debida a gestiones de los mismos músicos de la orquesta, ya que así se librarían de las burlas y descrédito con que los hubiera mirado el público al verlos tratados de esa manera tan poco lisonjera.

* * *

Como se ve, si en *La maja porfiada* lo accesorio (es decir, las seguidillas epilógicas ajenas al asunto principal) motivó una prohibición que alcanzó a toda la obra, en *El cadetito* la parte principal mereció la censura de una prohibición irrevocable.

Para finalizar este artículo, recordaremos —como complemento a lo que sobre la materia escribimos en el segundo volumen de nuestra obra *La tonadilla escénica*—que en los años de crecimiento del referido género teatral, o más concretamente en 1766, se representó una tonadilla a dúo, cantada por la «Granadina» (que hacía el papel de varón) y por Joaquina Moro (que desempeñaba el papel femenino), cuyo título era *El cadete*, y donde se contaban las costumbres de personas pertenecientes a esta profesión; pero que, sin duda por exigencias de los censores, sustituyó la palabra «cadete» por «usía» y modificó algunos versos para acomodarlos a las

circunstancias impuestas por el cambio introducido en la calidad del personaje masculino. La versión original comenzaba con los versos:

«Un cadetito
soy de las guardias,
con mis galones
y con mi gala.»

Y la versión cantada ante los espectadores empezaba así:

«Hoy, mosqueteros
de toda mi alma,
soy el Narciso
de las muchachas.»

JOSÉ SUBIRÁ.



Antonio de Fonseca y de Ayala, señor de Coca y Alaejos, contador mayor de Hacienda

Entre los castellanos que ocupan lugar preferente en el reinado de los Reyes Católicos y en el de doña Juana y D. Carlos, es digno de mencionarse D. Antonio de Fonseca, militar, político, diplomático y hombre de administración.

Fueron sus ascendientes más inmediatos Hernando de Fonseca, maestresala de Juan II, hijo del doctor Juan Alonso de Ulloa, nominado también de Toro o de Zamora, consejero del rey y vecino de Salamanca, casado con la dama de la reina Beatriz Rodríguez de Fonseca, hermana entera de Pedro de Fonseca, cardenal de Sant Angelo, y muerto en 1429. Hernando, contrayente matrimonio en primeras nupcias con María de Avellaneda, procreó a Alonso de Fonseca, muerto en 1505, marido que fué de María de Toledo, de la casa de Oropesa, y en segundas con Teresa de Ayala; tuvieron, entre otros hijos, a Juan Rodríguez de Fonseca, obispo de Burgos y arzobispo de Rossano, y a Antonio de Fonseca, que casó dos veces, la una con Francisca de Alarcón, en la que procreó a Pedro Ruiz de Fonseca, muerto antes que su padre, y la otra con Mencía de Ayala, de la casa de este apellido, con cuya señora tuvo por descendientes a Hernando, hijo mayor, y a Juan, esposo que fué de doña Aldonza de Toledo, heredero en el mayorazgo. Colaterales de nuestro D. Antonio fueron, entre otras personas de su linaje que tanto contribuyeran con sus actos pretéritos y presentes a granjearle, junto con las acciones propias, la posición social de que gozó, el obispo de Avila, después de Sevilla, Alonso de Fonseca, el viejo, fundador del mayorazgo de Coca y Alaejos, Castejón y Val-

defuentes, para su hermano D. Hernando, ya mencionado, que no llegara a disfrutar por haber fallecido antes que nuestro mitrado, y la hermana de ambos, Catalina de Fonseca, contrayente nupcias con Diego de Acevedo, jurista de nota y del Consejo de Juan II. Hijo de este matrimonio fué Alonso de Fonseca, canónigo de Sevilla, arzobispo de Santiago en 1461, patriarca de Alejandría, señor de Coca, como sucesor de su tío, muerto en 1512, quien hubo en María de Ulloa, dama de linaje, mujer hermosa, a Alonso de Fonseca, sucesivamente arzobispo de Santiago, patriarca de Alejandría por dejación de su padre y nominación de la Sede Apostólica, y arzobispo de Toledo, fallecido en 1524, de quien fué hermano Diego de Acevedo, muerto en 1496, casado que estuvo con Francisca de Zúñiga (1).

Antonio de Fonseca, señor de Coca y Alaejos, maestresala de sus altezas, alcaide, justicia mayor y capitán general de Ronda, alcaide de Jaén y de Placencia, alcalde mayor de Ecija y regidor de Toro, fué también del Consejo de los reyes, conforme a cédula expedida en Madrid a 15 de mayo de 1499, con 30.000 maravedís de ración y quitación; mayordomo mayor de la princesa Margarita, en la misma fecha y con iguales emolumentos; camarero mayor del príncipe de Asturias y del príncipe D. Felipe; presidente del Consejo en la fecha últimamente citada; contador mayor de Hacienda en sustitución de D. Alvaro de Portugal, muerto hacía poco, nombramiento que lleva las datas de 11 y 28 de octubre de 1503, en Segovia y en El Espinar, por la reina y el rey, respectivamente, con sueldo y ayuda de costa por valor de 232.750 maravedís anuales, cargo que disfrutó hasta 1506, en que le sustituye por corto paréntesis Juan de Luxemburgo, señor de villa, y repuesto en su oficio, continuó en él, confirmado en Valladolid a 3 de marzo de 1518, hasta el 24 de agosto de 1532 (2).

Como militar desempeñó puestos de confianza, comportándose como fiel y leal vasallo en defensa de los intereses de la corona castellana. Fué uno de los primeros que entró en Toro subiendo por la muralla; acudió a Córdoba al llamamiento del rey con gente de su casa; entró en el reino de Granada, debelando a los moriscos; figuró en las batallas bajo la real, al lado de Gutiérrez de Cárdenas; peleó en los arrabales de Loja; puso el Ave María en la puerta de Elvira de Granada, y en las estancias contra Málaga mandaba cincuenta lanzas escogidas y mil quinientos infantes con Bernardo Francés, adjuntos ambos de Puertocarrero, y tomada Ronda figuró en el repartimiento (3).

Fué una de las personas que concertaron los matrimonios como embajadores del príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos, con la princesa Margarita, hija de Maximiliano, y el de la infanta doña Juana con D. Felipe el Hermoso; él fué también con Juan de Albién, firmada la Santa liga entre los Reyes Católicos, Maximiliano de Austria y los Estados de Italia contra el rey de Francia —su fecha en 31 de marzo de 1495—, el que activó el comienzo de la guerra con el Rey de Romanos, solicitando además que los matrimonios se efectuasen por palabras de presente. General contra el

(1) Duque de Berwick y de Alba, *Arboles genealógicos de la casa del duque de Berwick y de Alba*. Madrid, 1926.

(2) Archivo de Simancas. Quitaciones de corte, leg. 8. Registro del sello.

(3) *Crónica de los Reyes Católicos*, págs. 399, 436, 449, 457 y 480.

reino de Fez, obligó a los moros a levantar el cerco de Melilla; sustentó y defendió la llave del reino de Navarra, medio entre Castilla y Francia, abriendo de una vez y para siempre la cerradura de los Pirineos (1).

Como embajador, cerca de Carlos VIII, para la evacuación del Rosellón y firma de las paces, según estaba dispuesto, la ruptura de éstas por el francés le obligaron a salir de Roma tras de Carlo, alcanzándole en Velettri, y no pudiendo disuadirle de invadir Nápoles, rompía en su presencia las capitulaciones, arrojando los pedazos a los pies del monarca, quien quiso cogerlo por los corvejones, y espantado de tal osadía le dijo: «No te partas de mí porque no te maten», y con guarda le puso libre en Sant Angelo con Garci Laso de la Vega. También fué él quien con éste, D. Enrique Enríquez y Hernando de Vega mostraron a D. Fernando un discurso político relativo a si sería bien que pasara Nápoles al amparo de sus derechos. Y es que los embajadores españoles de aquellas centurias representaban a su país con una dignidad desconocida en los tiempos modernos; Juan de Rivera, desechando en Tours los magníficos regalos de Carlos de Francia, y Antonio de Fonseca obrando con la osadía que va expuesta respecto al tratado de alianza, recuerdan las negociaciones de Fabricio con Pirro y de Popilio con Antioco (2).

De su intervención en el asedio y quema de Medina el año de 1520, durante la guerra de las Comunidades, es de tener en cuenta que el Consejo estante Valladolid le ordenó fuese a sacar la artillería de la Villa de las Ferias, a cuyo intento se opusieron los medinenses aconsejados por la dirección vallisoletana; así, que los tratos que seguía sobre la entrega el obispo de Burgos, hermano de D. Antonio, no tuvieron efecto. El alcalde Ronquillo pasó con su gente desde Coca, donde estaba, a Arévalo, en cuya población esperaba Fonseca, y, juntos, aparecieron sobre Medina con ánimos de tomarla; los sitiados mataron algunas personas del ejército real y su general mandó echar alcancías de alquitrán sobre la villa, con las que, según frase de Colmenares que refiere hecho tan sensible: «abrasó, no sólo las casas y haciendas de Medina, pero todos los ánimos de toda Castilla, interesada en aquella pérdida» (3).

Carlos V, por su cédula de 1 de diciembre de 1525 al otorgar a D. Antonio el título de capitán general, declara, sin embargo, que el daño causado por este a Medina mandándola quemar como jefe militar en las revueltas comuneras, no fué por culpa suya, sino por la de los rebelados, separando esta mancha de su historia oficial; por contrario modo, los medinenses y otros cercaron unos meses a Coca, causaron en el castillo daños grandes. así en esta villa como en la de Alaejos, casas de Valladolid y otros bienes del contador, perjuicios grandes que no pudo ver indemnizados en su vida ni por Medina y pueblos comarcanos, ni aun por la corona. El con-

(1) Antonio Rodríguez Villa, *La reina doña Juana la Loca*. Madrid, 1892, págs. 13 y 127. Diego de Cabranes, *Clave espiritual...*, citado por Gallardo en *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1862 a 1889, tomo XI, núm. 1.516.

(2) Bernaldes, *Crónica de los Reyes Católicos*, pág. 683. Gonzalo Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía*, pág. 344. José Pujol y Felices, *Oráculo de la razón de estado. Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VI, págs. 29.

(3) Diego de Colmenares, *Historia de Segovia*. Segovia, 1637, pág. 276-77.

destable de Castilla, aunque le defendió tapadamente, aconsejaba, sin embargo, que, dada la situación crítica en que le habían colocado los hechos, sería prudente no volviera a este reino; Adriano oyó impasible las acusaciones contra su persona, y la fatalidad que presidió la quema y expugnación de la villa famosa, colocaba a D. Antonio en la disyuntiva de vender cara su vida o expatriarse de su país, internándose en Portugal de paso para otras comisiones, hasta que no fué necesaria su actuación y pudo restituirse a su casa, calmados ya los ánimos (1).

Estuvo siempre del lado de D. Fernando, siguiendo su servicio; fué de su intimidad, como lo demuestran encargos y apoderamientos; aconsejó al rey, cuando el archiduque decidió venir a Castilla, defendiese la posesión de ésta; el 15 de mayo de 1507 figuró al lado de Cabrera, duques de Alburquerque y de Alba y otros grandes, títulos, militares y pueblo, en el acompañamiento por la ciudad de Segovia, al grito de Castilla por doña Juana; siguió con el emperador las mismas relaciones de confianza que le ligaron con su abuelo, como se puede justificar con la correspondencia sobre cuestiones de hacienda, y continuadamente las noticias y consultas de cosas del imperio. Por esto, D. Fernando, agradecido a los continuados servicios del contador, le concedió, por su cédula fechada en Burgos a 26 de abril de 1508 a nombre de doña Juana, merced de 300.000 maravedís anuales por la negociación del casamiento, durante la cual, estando en el extranjero, se le rompió una pierna, sin que hasta entonces se le hubiera hecho merced alguna; en atención a los servicios de su familia y a los propios, se le reconocieron en las Cortes de las declaratorias de Toledo de 1480, 252.000 maravedís (2). D. Carlos, por su parte, le concedió también mercedes de maravedís de juro y le nombró, fuera de otros cargos ya citados, capitán general, cuando fué al imperio, por cédula fechada en Brujas a 20 de agosto de 1521 (3).

Persona de importancia y de relieve social, a él le dedica una obra el maestro en artes y sagrada teología, religioso de la orden y caballería de Santiago de la Espada y capellán de su majestad, Diego de Cabranes, catedrático sustituto de Biblia en la Universidad de Salamanca, ofreciéndole su *Clave espiritual para abrir la alta materia de la predestinación*, por cuyo título, como tantas veces sucede, nadie puede presumir trate, aunque sea para criticarlos, hechos tan mundanos como los de ramería en las mujeres, juegos ilícitos, atavíos con tendencias lujuriosas, pecados entre comprantes y vendedores, el dolo en los distintos oficios, pinturas lascivas, monederos, engaños en las labores, y otros mil, al consagrar capítulo a todos los estados, profesiones y oficios, pintándonos la situación de la sociedad española a principios del siglo xvi, cuando comenzábamos a dejar de ser árabes para empezar a ser austríacos... (4).

Era la Contaduría Mayor de Hacienda de Castilla el organismo rentís-

(1) Danvila y Collado, *Historia de las Comunidades de Castilla*, tres vols. Madrid. José Martí y Monsó, *Estudios histórico-artísticos*. Valladolid, 1893 a 1901, págs. 67 a 75.

(2) Colmenares, obra cit., pág. 456. Rodríguez Villa, obra cit., pág. 484. *Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VI, pág. 147 a 149.

(3) Archivo de Simancas. Libro de Cédulas de la Cámara, 9.

(4) Diego de Cabranes, obra cit. *Crónica de los Reyes Católicos*.

tico de más importancia desde el siglo xiv hasta los primeros días del mes de enero de 1523, en que se creaba el Consejo de Hacienda, organismo de mayor jerarquía. A la Contaduría Mayor, de tradición bien llevada, se la consultaba a diario sobre multiplicadas materias de administración, singularmente en los primeros años del reinado de D. Carlos, en que, crecidos por mil causas los negocios, había de verse el modo y forma de haber dinero para salir de apuros. Así, Antonio de Fonseca, como director de la administración económica de entonces, dictaba las providencias relativas al cobro y distribución de la Hacienda; arrendaba o encabezaba la cobranza; fijaba y recibía las fianzas de tesoreros, arrendatarios o administradores; acordaba las ejecuciones; consignaba los pagos; ordenaba las entregas de las sumas reservadas por privilegio o enajenación para juro; entendía en las apelaciones de los alcaldes de casa y corte en cuestiones de rentas reales; intervenía en los asuntos de Indias; firmaba y señalaba cartas; provisiones y cédulas tocantes a rentas, ingresos y hacienda real, a título de mandato, informe, consulta, o ejecución, y vigilaba, en fin, cuanto se podía relacionar con la recaudación de las rentas y derechos reales. Nombraba sus tenientes, que gozaron las mismas facultades que el contador cuando sustituían a éste en el ejercicio de la función, y asimismo los oficiales de la Contaduría. La corona pagaba los tenientes. Lo fueron de Fonseca: en 1508, Rodrigo de la Rúa; en 1520, el hijo de éste, del mismo nombre y apellido; de 1521 a 1529, Alonso Gutiérrez de Madrid, y en 1532, Sancho de Paz. Cada uno de ellos percibía anualmente 129.650 maravedís. En virtud de su facultad nombraba también los oficiales. Por disposición fechada en Toro a 18 de marzo de 1505, registramos a Juan de Porres, Periañez y Alonso de Argüello, los mismos que el señor de villa hubo de respetar durante su rápido paso por el Oficio; años más tarde tenía por oficiales al mismo Periañez, y como nuevos a Diego López y Hernán Vázquez. El personal de oficiales gozaba al año de 10.200 maravedís (1).

* * *

Como testamentario de la reina Isabel, y en nombre de D. Carlos, contrataba con Francisco de Berruguete la obligación de pintar en la capilla real de Granada «quince estorias pintadas de pincel de la vocación que vos el dicho señor Antonio de Fonseca las nombraredes», pinturas murales no realizadas por desgracia. Pero sí tuvieron efecto en esta nueva etapa la gran reja concertada el 20 de octubre de 1518 en Zaragoza con Juan Zagala

(1) Diego de Cabranes, obra cit. Francisco de Laiglesia, *Organización de la Hacienda en la primera mitad del siglo XVI*. Madrid, 1906. Cristóbal Espejo, *Sobre organización de la Hacienda española en el siglo XVI*. Madrid, 1907. (Artículo de crítica al de Laiglesia) Cristóbal Espejo, *Arbitrios del bachiller Reina para amortizar los juro*. Valladolid, 1907. Archivo de Simancas: Consejos y Juntas de Hacienda, legs. 7 y 9. Diversos de Castilla, leg. 3. Quitaciones de Corte, legs. 2, 3, 8, 27 y 28. Obras y bosques, leg. 2.711. Mercedes y privilegios, leg. 102, fol. 39. Nóminas de Corte de 1520 a 1544. Contadurías generales, leg. 87.

y Juan de Cuvillana, maestro artillero, que con el retablo y el mausoleo de D. Felipe y su esposa se obtuvo aquel año, que enaltece el edificio sobre todos los demás castellanos de sus días (1).

Como amante de sus pueblos los benefició en más de una ocasión, ya creando pósito en la villa de Coca, dotando la iglesia de fundaciones varias, ordenando que se trajeran a la capilla principal los bultos y sepulturas que estaban a punto de concluirse, algunos de ellos en Carrara, bultos que eran los del arzobispo de Sevilla, su tío, del obispo de Burgos, su hermano, de sus padres y del Sr. Alonso de Fonseca, hermano del primer matrimonio; consecuente con amigos y servidores, la lectura del testamento y codicilos suyos son muestra de su modo de obrar.

En la iglesia de Santa María de Coca, y en el centro del crucero, una sencilla lápida indica que está enterrado nuestro contador, y dice: «Aquí descansa Antonio de Fonseca, varón tan insigne en piedad, como esclarecido en dignidad y hechos, el cual siendo ya de edad avanzada acabó felizmente la vida, trocándola por otra más feliz, el día 27 de agosto de 1532» (2). Esforzado caballero, recto y justo como lo consideraba doña Isabel, adicto y leal a sus reyes, sin veleidades de ninguna clase, sus mismas cualidades lleváronle a ser protagonista del lamentable suceso de las Comunidades. Creemos que su memoria es digna de algún enaltecimiento que atenúe el dictado por el cual fué únicamente conocido en la región por entonces: el incendiario de Medina del Campo.

CRISTÓBAL ESPEJO

(1) Martí, obra cit., págs. 67 a 75. Manuel Gómez Moreno, *La capilla real de Granada*, en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, núm. 3, 1925, pág. 52.

(2) Idem.

RESEÑAS

[BERMÚDEZ DE CASTRO, SALVADOR], MARQUÉS DE LEMA.—*Cánovas o El hombre de Estado*. Primera edición. Madrid, Espasa.—Calpe, 1931; 265 págs., 8.º

Ninguna biografía novelesca menos amena y erudita que esta—cuya papeleta bibliográfica antecede—lanzada a la publicidad por la Espasa-Calpe con el número 15 de su colección de *Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX*. La idea de la editorial no pudo ser más feliz. En su proximidad a nosotros las figuras culminantes de la pasada centuria, estaban incomprendidas por inestudiadas o porque la *larga perspectiva* es necesaria para el claro y justo raciocinio de la crítica. Y sin embargo la realización de la idea—salvo excepciones de pro—no puede irse desarrollando de manera más lamentable. Después de leída—dudamos mucho que un lector «tipo» corriente pueda leerla de punta a cabo, y que en lo leído no haya experimentado el desmayo o la desgana—, después de leída, repetimos, ¿podría alguien hablarnos del Cánovas personaje que vive, vibra, evoluciona—y piensa y habla y ama y escribe—con tono y tino indudables? Conocemos varias obras del marqués de Lema; todas ellas frías, impersonales y, por qué no decirlo, *macizas*, pero no con la macicez de lo acabado y completo, sino con la de lo plúmbeo y cerrado.

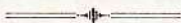
Acaso haya movido a la dirección de la Espasa-Calpe para encargar al marqués de Lema la biografía de D. Antonio Cánovas del Castillo «la doctrina conservadora» en que ambos coincidieron. No vemos otro motivo de mayor monta. El marqués de Lema, hombre político por excelencia, tiene un punto de vista «político» único para todas sus obras. ¿Pueden interesarle a él la infancia y el gracejo, las trapisondas amatorias y los escarceos periodísticos, el anecdotario y la literatura del malagueño restaurador de los Borbones? Para el marqués de Lema, Cánovas no es más que un político. El político, por mejor escribir. Y naturalmente, si nada nos cuenta de la «tetrarquía» Cánovas, Robles, Carrillo de Albornoz y Bordonave, ni de los soponcios y «pinitos» de «La joven Málaga», ni de los berrenchines del «destinillo» en el ferrocarril de Madrid a Aranjuez y de los «dos éxitos» forenses, ni de sus *picotazos* y *puntadas* a D. José de Salamanca, ni de la fundación de *El Murciélagos*—periódico látigo, que hace bien poco ha tenido reapariciones—, ni del desempeño de «La Agencia de Preces», ni de tantas y tantas noticias de amenidad indudable como salpicaron la intensa vida del famoso político, en cambio—cambio nada ventajoso, «depreciación» excesiva de la buena moneda del interés—nos lleva

paso a paso por ministerios y gabinetes mil, públicos sucesos, debates parlamentarios, crisis, intrigas, «zancadillas» políticas de necesidad.

Mucho ensalza a Cánovas el Sr. Bermúdez de Castro analizando su personalidad «ya cuajada». Basta ojear el índice para que dé a las narices el humo del incienso. Máximas políticas... Formador de partido... Político internacional, historiador, estadista... Hasta como «Don Juan», Cánovas fué — para su biógrafo de hoy — algo excepcional. Comentando su boda con doña Joaquina Osma, veintisiete años más joven que él, escribe el marqués: «El número de sus admiradores — de doña Joaquina Osma — había sido considerable, hasta en el extranjero. Cómo pudo enamorarse de aquel hombre, feo y viejo ya, constituiría un hecho inexplicable si el inmenso talento, la gracia y el donaire de la conversación y el conocimiento que del alma femenina poseía Cánovas no dieran una clave segura a lo que de otra suerte parecería muy extraño». [pág. 194.]

Mucha, mucha es la devoción del biógrafo por el biografiado. Oro, incienso y mirra le ofrece en 265 páginas, cual a otro Salvador. Nosotros, que entendemos la obra de Cánovas como un largo paréntesis de retroceso en la obra de España, no podemos compartir tales laudos y entusiasmos. Ni compartimos siquiera algunas alabanzas que ha merecido la obra del marqués de Lema. Sin ir a otra parte, la casa Espasa-Calpe tiene una obra, su *Diccionario* monumental, en el que se encuentra un artículo largo y bastante ameno sobre el mismo tema. Basta buscar: *Cánovas del Castillo*, D. Antonio.

S. DE R.



SECO, RAFAEL. — *Manual de Gramática Española*. Madrid, C. I. A. P. [1930] (*Las cien obras educadoras*.) Dos tomos en 8.º, de 181 y 157 páginas, respectivamente.

«El presente *Manual* aspira a sistematizar, con tímida novedad, el estado actual de los estudios gramaticales del castellano, dentro de los límites impuestos por los caracteres de vulgarización y popularidad que ofrece esta Biblioteca.»

El anterior párrafo, con que la modestia de Rafael Seco concluye el bien compuesto prólogo de su libro, nos descubre, a través de un previsor espíritu crítico, los múltiples aciertos de su trabajo y la eficiencia de su empresa; pero no las dificultades que ha vencido su pericia para llevarla a cabo. No obstante lo cual, poco o nada familiarizado habría que estar con el tema para no comprenderlas inmediatamente.

Siempre es complicada la elaboración de un libro didáctico; pero si la materia tratada en éste es el lenguaje — ágil, vital, movable, apenas aprisionado en el canon convencional del léxico literario —, la complicación aumenta de modo aterrador y aun se hace insuperable, como parecía en las cuestiones gramaticales hasta el presente.

Pues bien: Rafael Seco ha sabido vencer con éxito los obstáculos en

que se estrellaron los gramáticos anteriores, sin someter a mayor formulismo las reglas gramaticales, sino, por el contrario, renovándolas totalmente, con los ojos fijos en el idioma vivo. Más razonando la práctica del habla que invocando la teoría para justificarla.

De aquí que la claridad y la expresión fácil y exacta sean los distintivos predominantes en esta completísima gramática de consulta indispensable para todo aquel que aspire a emplear conscientemente el castellano.

No ha perseguido Rafael Seco en su excelente trabajo el efectismo pueril y desorientador para el gran público. Sólo el honrado deseo de mayor utilidad le ha inducido de continuo y sólo la experiencia de su larga práctica y profundos conocimientos de la gramática castellana le han mostrado el plan de su obra.

En estos dos tomitos —*Morfología y Sintaxis*—, de densa lectura, han de hallar el estudiante, el escritor, el lector culto, cuanto han buscado inútilmente en las demás obras de esta índole.

Procura el autor, siempre que le es factible, reducir a cuadros sinópticos la síntesis a que llega en cada caso, y ello facilita grandemente la mejor comprensión de la teoría. Véanse si no los cuadros de los pronombres posesivos, de los verbos, de los adverbios, del sujeto y el predicado, de las oraciones, etc... y otros gráficos originalísimos como, por ejemplo, los que se refieren a significados de los tiempos verbales, de importancia y finura interpretativa extraordinarias, que serían los mejores conocidos, a no ser, como son, los únicos hasta ahora.

Acaba la *Morfología* con un capítulo extenso relativo a la *formación de las palabras*, que esclarece, como todo el libro, no pocos puntos oscuros o de intrincada explicación.

La *Sintaxis* quizás es más valiosa todavía y desde luego mejor que todas las publicadas hasta hoy, sin excepción, pues además de resumir y depurar en ella con agudeza crítica las doctrinas de todos los grandes gramáticos de nuestro idioma —Bello, Cuervo, Lenz, Cejador—, aporta Rafael Seco una principal parte, personalísima y de investigación propia, cuya divulgación presto se hará sentir benéficamente.

Reciba, pues, el docto profesor la más sincera y entusiasta felicitación por esta nueva producción suya que marca un avance primordialísimo en los estudios gramaticales de España, poco en consonancia antes, por su pobreza y oscuridad, con la más opulenta y clara de las lenguas vivientes.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



BULLÓN, ELOY. *La independencia de Bélgica*. Madrid, 1930. Un tomo de 118 págs.

D. Eloy Bullón, marqués de Selva Alegre, catedrático de Geografía en la Universidad de Madrid, académico de la Historia y presidente de la Real Sociedad Geográfica, ha aprovechado la oportunidad de una fecha

(1930) para rememorar el centenario de la independencia de Bélgica, dando a la estampa un trabajo que sobre ese asunto escribió pocos años ha.

El Sr. Bullón, ventajosamente conocido desde su mocedad como humanista, y luego historiador y geógrafo, a quien se deben en estos tres aspectos publicaciones realmente valiosas —que son treguas en su ya muy adelantada carrera política—, compuso esta obra como discurso leído ante el Instituto Diplomático y Consular, de que él forma parte. Junto a la oportunidad en el orden del tiempo, ha buscado la del asunto, por el carácter diplomático que ha tenido la formación del reino belga, ya que al empuje del pueblo se ha unido la acción de las cancillerías.

Obra de divulgación es especialmente este opúsculo (aunque le avaloren apéndices documentales), y cumple a maravilla su propósito; pues es un modelo de claridad, orden y exposición sencilla, amena y diáfana. Huye de todo aparato erudito, y sabe extraer la quintaesencia de largas negociaciones, áridas campañas, complejos movimientos de opinión y farragosos tratados, para hacernos ver, no ya lo externo y oficial, como las historias al uso, sino lo íntimo y más verdadero: la situación de Bélgica desde que despierta su conciencia nacional, sus vicisitudes al través de las ambiciones europeas, el móvil oculto, altruista y legalista por fuera, pero generalmente interesado y calculador en el fondo, que ha solido mover a sus valedores y sostenedores dentro del resbaladizo equilibrio internacional. Por eso, porque nos muestra la historia *por dentro* y la expone con llaneza, humorística a veces, el librito se lee con placer y provecho por profesionales y profanos.

El Sr. Bullón niega el error de los que suponen a la nación belga nacida en 1830, porque en ese año se emancipara de Holanda y forjase la independencia que posee. «Las naciones —dice— no nacen una buena tarde por arte de magia ni pueden improvisarse en horas veinticuatro en los hervores de una revolución». 1830 fué el momento propicio, la cumbre de una evolución: pero ésta había ido gestándose en el transcurso de los siglos.

Bélgica, borrosa en sus orígenes, difuminada entre los pueblos circundantes —Francia, Holanda, Alemania— va afirmando su personalidad. Sale de su antigua órbita francesa para constituir con Holanda el reino de los Países Bajos, que culmina en el siglo xvi bajo Carlos de Gante —el primero de España y quinto de Alemania—. Incorporados por él al imperio español, escíndense estos territorios por la división que acarrear la reforma religiosa y la política opresora de Felipe II. Rompe el yugo la protestante Holanda, consérvale la católica Bélgica; pero no sin dolientes recuerdos antiespañoles, que sobreviven aún.

Mi viaje por este país en 1925, me permitió visitar la Exposición de antiguo arte español, organizada en Bruselas por el marqués de Villalobar —nuestro embajador entonces y uno de los más prestigiosos hispanizantes con que ha contado nuestra diplomacia en el extranjero—. Enteramente contra su intención, aquel certamen pletórico de dibujos, grabados, libros y folletos del siglo xvi era una protesta de hispanofobia. Una plaza de Bruselas llena de recuerdos hispánicos, con su bar *Au roy d'Espagne* y el monumento conmemorativo a los condes de Egmont y Hoorne,

víctimas de nuestra vieja política, atestigua el penoso recuerdo. Y este sigue vivo. En mi primer contacto con belgas, una dama respetable, al conocer mi calidad de español, me sacó a colación a *le terrible Philippe Deux*. ¿Por qué, a pesar de ser más lejana en el tiempo la dominación española que las austríaca, francesa (reincorporación), holandesa y alemana, conserva esa exhibición monumental, un poco decorativa, de protesta, y mantiene viva esa sensibilidad en el espíritu público? Es quizás que la conciencia del pueblo belga, recién consolidada cuatro siglos ha, recibía de nuestra mano el primer golpe duro y hondo.

Convertida Holanda en república independiente, de hecho desde Felipe II y de derecho desde la paz de Munster en 1648, Bélgica vive en mejor armonía con su dominadora España, de cuyo poder sale, sin su expresa voluntad, por obra de la diplomacia europea, que con el tratado de Utrecht la entrega en 1715 al poder austríaco. El alma nacional belga mantenía su cohesión bajo el poder extranjero, determinando el alzamiento de 1790 contra el Austria y su proclamación como estado independiente. Pero no salió el infortunado pueblo del dominio austríaco sino para caer inmediatamente en el francés de la Revolución y del militarismo napoleónico. Bonaparte manejaba, separaba o unía los pueblos de Europa, como fichas de ajedrez; pero lo propio hizo, después de vencerle, la Europa de la Restauración, pretendiendo anular su obra y redimir a las naciones. No fué reconocida la nación belga como tal por el Congreso de Viena en 1815, y las grandes potencias la sometieron a Holanda, sin atender a la antigua rivalidad entre belgas y holandeses, para compensar a éstos de las colonias que les arrebatara el coloso británico.

El año 1830 señaló la hora definitiva de la manumisión para Bélgica. Francia, la antigua dominadora, daba entonces el ejemplo de su revolución de julio, que derrumbaba el trono de Carlos X, y contagiaba su empuje rebelde a todos los pueblos ávidos de libertad. Como compensación a los días luctuosos en que el duque de Alba sembraba el terror en el país belga, la dirección militar en la revolución de éste la acaudillaba ahora un español esforzado, el masón y liberalísimo general D. Juan Van Halen, escapado de las garras de Fernando VII, y cuya vida parece una novela de folletín (1). Las potencias inclináronse ante los hechos consumados, y Bélgica se erigió en estado libre, bajo la culta y democrática dinastía de los Sajonia-Coburgo, dándose la constitución más liberal de su época. En el siglo justo que lleva de vida independiente se ha puesto a la cabeza de Europa por su buen gobierno, su prosperidad material y sus progresos intelectuales, soportando la prueba del fuego y el hierro que fué para ella la brutal invasión alemana de la guerra última, a la cual sobrevivió fortificada en su prestigio moral y en su gloria.

El nacionalismo, cuando es orgullo imperialista, menosprecio o agresión para ajenas patrias, amenaza para la paz del mundo —como el fascista o el *hitleriano* de hoy—, constituye un morbo dañino y odioso. Cuando, como en Bélgica, ofrece una realidad espiritual y sentimental, conciencia

(1) Una novela pretendió hacer, en efecto, con la vida de Van Halen años ha Diego San José, sin más que seguir al pie de la letra las *Memorias* de aquel general.

de un yo colectivo, que se afirma sereno, respetuoso para los demás, pero decidido a defender su personalidad propia con todas las abnegaciones, es uno de los más altos y nobles espectáculos de la Historia.

J. DELEITO Y PIÑUELA.



RODEUWALDT, GERHART.—*Arte clásico: Grecia y Roma*. Madrid. Editorial Labor [1931], 114 págs., + 56 págs. (catálogo e índices) + 670 láminas. [Traducida directamente del alemán por Luis Boya y Saura. Con un estudio original sobre el *Arte clásico en España*, por José R. Mélida.]

La casa Editorial Labor que ha lanzado al público selecto meritísimas obras de arte, no ha querido ser menos que otras editoriales famosísimas, y como la casa Salvat su *Historia del Arte*, de Pijoán, y como la casa Calleja su *Historia del Arte* de Woermann, pretende dar su magna *Historia del Arte*. El tomo III de ésta [*Arte clásico, griego y romano*] ha sido el primero—y único hasta ahora—publicado. No ha querido la dirección de la casa Labor traducir ninguna de las grandes obras de la materia debidas a un único autor; ha preferido seleccionar, para cada período de la historia del arte, el trabajo de un autor extranjero, y añadirle—en consideración al lector español—un apéndice con el arte español correspondiente.

El profesor Rodeuwaladt hace, en este tercer volumen, un bosquejo breve y discreto del arte clásico griego y romano, con los capítulos siguientes: Arte cretense y micénico. Período arcaico. Transición. Períodos clásico-sublime, clásico-bello y helenístico. Arte italo-etrusco. Arte ugusto. Arte Flavio. Período de decadencia.

Y el profesor Mélida, competencia probada, añade un brevísimo esquema del arte español, con este sumario: Arte clásico en España. Arte griego. Arte romano.

Realmente, los estudios de uno y otro profesor son lo de menos en la monumental obra. Diríase que se han reducido a lo indispensable las noticias literarias del período artístico. De 900 páginas, únicamente 114 ocupa la parte crítico-erudita. Y éste es el aspecto en el que indudablemente «baja», respecto a las obras de Pijoán y Woermann, la *Historia del Arte*, de la Editorial Labor.

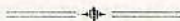
Querer comprimir en 54 páginas el arte griego—por muy certeras que sean las sugerencias, por mucho que se aquilaten los aspectos—es demasiada audacia o excesivo elementalismo. Recoger en 37 páginas todo el arte romano demuestra que el sentido de la obra no es *sino popular*. Pero a esta suposición se opone el excesivo coste de la obra y el lujo extraordi-

nario de su edición. Por ello insistimos en el criterio de equivocación seleccionadora que ha sufrido la empresa editorial. El catedrático, el erudito, el estudioso, el hombre de letras, ninguna novedad encontrarán en el texto. Y el mero curioso no creemos que exceda su capricho hasta el coste de la edición. A las deficiencias apuntadas hay que añadir que, lo mismo el profesor Rodeuwaldt que el profesor Mérida, prescinden en absoluto de toda indicación bibliográfica, y ello resta eficacia—como libro de pretensiones—al *Arte clásico: Grecia y Roma*.

En el sentido de la ilustración—láminas en huecograbado y tricomías—el reparo deja sitio a la más rendida admiración. Desde luego en España, y en Europa—como excepción, Alemania e Inglaterra—, no se ha publicado ningún libro de arte con el número y la selección y la perfección de procedimientos de reproducción en las ilustraciones de esta obra espléndida de la casa Labor. 670 láminas—10 en color, 32 en huecograbado—, todas ellas de novedad manifiesta, ya que sólo alguna recordamos en las ediciones de Woermann, Pijoán, Folch y Torres, Elie Faure y Salomón Reinach. 670 láminas que jalonan ordenadamente los orígenes, los apogeos y las decadencias de los artistas maravillosos de Grecia y Roma, y que dan la visión más completa para el estudio y la crítica.

El esmero con que la obra está impresa, las excelencias del papel y el gusto de la encuadernación, son sumandos ya conocidos en la Editorial Labor, que merece todos los plácemes, todos los ánimos de los amantes de la cultura española.

S. DE R.



SERIE ESCOGIDA DE AUTORES ESPAÑOLES

I.—*Tragedia de Mirra*, por *Cristóbal de Villalón*. Madrid [MCMXXVI]; 66 págs.

II.—*Los Proverbios*, de *D. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana*. Según el Códice N. J. 13 de El Escorial. *Prólogo* de *D. José Rogelio Sánchez*. Madrid, 1928; 123 págs.

III.—*Fábulas literarias*, por *D. Tomás de Iriarte*. Madrid, s. a. [1928], VIII, 104 págs.

IV.—*Poesías originales*, del *Maestro Fray Luis de León*. Edición con motivo de su cuarto centenario. *Prólogo* de *D. José Rogelio Sánchez*. Madrid, 1928; XXXII + 115 págs.

V.—*Poesías*, de *D. Luis de Góngora y Argote*. *Selección y observaciones preliminares* de *Eduardo Juliá Martínez*. Primera edición. Madrid, 1929; XXXV + 149 págs.

VI.—*Amor y Obligación*, comedia de *D. Antonio de Solís y Rivadeneira*. Edición, *observaciones preliminares y ensayo bibliográfico* de *Eduardo Juliá Martínez*. Primera edición. Madrid, 1930; CX + 123 págs.

VII.—*Yerros de Naturaleza y aciertos de la Fortuna*, comedia de *don*

Pedro Calderón de la Barca y D. Antonio Coello y Ochoa. Edición y observaciones preliminares de Eduardo Juliá Martínez. Primera edición. Madrid, 1930; 174 págs.

VIII.—*Gramática Castellana*, por D. Antonio de Nebrija. *Notas preliminares*, por D. José Rogerio Sánchez. Primera edición. Madrid, 1931; XIX + 247 págs.

Es un acierto la reimpresión de estas obras. Es un acierto para los nuevos editores, para la artística presentación de los volúmenes y para la baturra de su coste, sin contar con que aparecieron y aparecen cuando la actualidad los reclama.

Como preciosa filigrana, derivada de Ovidio, el padre e inspirador de nuestras letras místicas y renacentistas, y entroncador de las escabrosidades del arcipreste de Hita y de Rojas, debemos reputar el volumen I, cuyo proemio, de D. José Rogerio Sánchez, es del todo admirable.

¿No es verdad que nuestra pesadumbre se ilumina con los *Proverbios* del volumen II? ¿Que son reminiscencia de los otros de Salomón? ¿Que desbordan platonismo, aristotelismo, socratismo y senequismo, manantiales inagotables en donde bebieron todos los moralizadores de los siglos XIV y XV? Pero en ellos flota, como faro luminoso en el mar agitado de la vida, «la perspicacia y el conocimiento que de la vida práctica logró López de Mendoza». Y coincidimos con D. José Rogerio Sánchez en que es una obra la del marqués de Santillana siempre de actualidad para príncipes y plebeyos.

Nuevas estrofas, nuevos apólogos, nuevas prevenciones, las fábulas de Iriarte del volumen III. Como Samaniego después, hizo hablar a los animales con una originalidad tan sorprendente como doctrinal. Fué la moderna musa de los antiguos paremiólogos y el deleite de infantiles colegiales y de personas maduras.

¿Versos de mayor intensidad y lirismo? Escucharlos o leerlos. ¡Ahí están, acompañados de primorosas semblanzas de los poetas excelsos, el agustino fray Luis de León y el capellán racionero D. Luis de Góngora y Argote, en los volúmenes IV y V! El uno, como dijo Quevedo, rey del léxico; el otro, del culteranismo.

Otros tres artífices líricos. ¿Quiénes cincelan como cincelaron sus comedias Solís, Coello y Calderón? Entre éstos hay distancias, como con gran acopio de ilustraciones obsérvanse en los volúmenes VI y VII. Solís y Coello no eran Calderón, así como éste no fué Lope de Vega, el Atlante de nuestro teatro nacional.

No cabe pedirle más a Solís, muchacho de diez y siete años, cuando escribió la comedia transcrita, que debiera haber titulado *Amor, obligación y deber filial*, puesto que Isabel, la protagonista, se ve forzada a elegir entre el pretendiente que la impone su padre, el que por deber de gratitud le dicta su conciencia y el que por efecto del amor le ordena su corazón.

La otra comedia, la de Ochoa y Calderón, tiene mucho que estudiar y analizar en otro campo de ideas y conjeturas en que ha profundizado el señor Juliá Martínez. Ochoa tendría unos veintidós años cuando colaboró con

Calderón, que le aventajaba en diez años y diez meses. Hemos de prescindir de los autógrafos, pues aun cuando fuera indubitado el de Coello, nada nos dirían de las *entrañas espirituales de la obra*. ¿Por qué razón apartaremos de nosotros la suposición de que pudiera ser solamente Coello el autor de la comedia, no obstante ofrecer evidentes concomitancias *con la manera de hacer*, filosófica para los problemas morales que planteaba y resolvía el genio de nuestra dramática?

Es indiscutible que Ochoa, bajo tal aspecto, tenía grandes afinidades con Calderón. El lirismo, la poesía calderoniana, no la encontramos en la obra que nos ocupa. ¿Que se esboza en ella la comedia famosa *La vida es sueño* y el auto sacramental del mismo nombre? ¿Que Calderón de la Barca en una obra dramática llevaba a la escena varias facetas de sus deslumbrantes disquisiciones; en otra obra varias facetas más, si se quiere tan emocionantes; en una tercera obra otras nuevas facetas de su arte pulcro y asombroso?...

El encierro de Polidoro, doce días sin ver la luz del sol, evoca la magna figura del príncipe Segismundo de *La vida es sueño*; pero *Yerros de Naturaleza y aciertos de la Fortuna* promueve a la reflexión de que el destino es quien manda, dentro de lo fugaz y perecedero que es todo lo humano.

Verdadero sillar indestructible del habla antigua española es el volumen VIII. Nebrija, catedrático en Salamanca, catedrático en Alcalá y catedrático en nuestros días como humanista de figura prócer y gigantesca, con su *Gramática de la Lengua Castellana*, prescindiendo «de presunciones históricas inaccesibles en aquel entonces al Maestro», como nos declara D. José Rogerio Sánchez, maravillará siempre por «el profundo conocimiento del genio y naturaleza de nuestra lengua [tan enaltecida por Quedo en las poesías de Fray Luis de León y por éste en sus *Nombres de Cristo* y en las obras de Santa Teresa], y el buen sentido, contrastado con el total dominio de la lengua latina, en virtud del cual acierta a cimentar de manera definitiva las leyes gramaticales por las que se rige nuestro idioma».

Léase esa *Gramática* y cotéjese hasta lo envejecido de sus preocupaciones humanistas, pues podemos erigirnos en heraldos de los modernos filólogos americanos, tales como Andrés Bello, Antonio Caro, Rufino José Cuervo y otros más desentrañadores de nuestros clásicos. Y de heraldos pasaremos a ser escoliastas de nuestra grandeza espiritual, difundida por entrambos continentes merced al estudio incesante y abrumador de quien, como Nebrija, más que catedrático fué un conquistador que clavó el asta de nuestra bandera hispana en los más altos dominios de la espiritualidad española.

Esta *Serie escogida de autores españoles*, dirigida por D. Antonio Crelles, sin más finalidad que popularizar nuestro rico patrimonio de las letras, bien merece nuestro aplauso efusivo.

AURELIO BAIG BAÑOS.



MELE, EUGENIO, y ALONSO CORTÉS, NARCISO.—*Sobre los amores de Gutierre de Cetina y su famoso madrigal*. Valladolid, 1930, en 4.º, 43 páginas.

Gutierre de Cetina es uno de los escritores españoles cuya figura va creciendo de día en día en importancia e interés.

Desde que el ilustre y erudito publicista D. Joaquín Hazañas editó, con su invariable acierto, las obras todas del poeta sevillano, el estudio de la vida y la obra de Cetina se ha ido desarrollando con mayor intensidad cada vez (1).

Y la causa se comprende. Gutierre de Cetina, aun más todavía que Lope de Vega, se refleja continuamente en todo lo que escribió, y de aquí que sus versos —en general autobiográficos— sean la mejor fuente para conocerle, siempre que la finura crítica y la erudición sólida acompañen a la investigación.

No faltando ni una ni otra, según es probado, a los Sres. Mele y Alonso Cortés, se concibe que hayan publicado un estudio tan atrayente y tan opulento en noticias y datos —pese a su reducido volumen— como el que vamos a reseñar. Valiosísimo para la historia comparada de las literaturas italiana y española.

¡Tarea no fácil, aun cuando sea amenísima, es penetrar en el fondo psicológico de los amores de Cetina! El único camino para ello es una reconstrucción, verso a verso, y hasta palabra a palabra, de cuantas alusiones amorosas plugo dejar al poeta aquí y allá a lo largo de sus composiciones, procurando a menudo esquivar el dato concreto y ocultando en todo caso el nombre de la amada con juegos de palabras casi siempre oscurísimos. Y todavía dificulta más la investigación el que en cuanto a abstracción es Cetina más petrarquista que Petrarca.

Este minucioso y delicado trabajo ha revelado a los Sres. Mele y Alonso Cortés la complejidad erótica de Cetina, el *Vandalio* amoroso.

De la primera mujer que aparece en la vida y en las poesías de Cetina, se ignora el nombre verdadero que encubre el de *Dórida*; pero se sabe que ésta era rubia, sevillana y de «elevada condición social». Acaso se llamó «del Olmo u Olmedo», como cree Icaza con fundamento. Cetina la tuvo un amor «sincero, honesto y secreto», si bien manifiesta en varias ocasiones el peligro y «la audacia de entregarse a él». Sólo le fué infiel al deslumbrarse con la belleza extraordinaria de *Amarillida*, que conoció en Valladolid y despertó, con razón, los celos de *Dórida*.

Más fuerte fué este amor de Cetina que el primero. No se borró ni

(1) Recuérdense, entre otros, el interesante trabajo *Algunas notas para la biografía de Gutierre de Cetina, seguida de varias composiciones suyas inéditas* (*Boletín de la Real Academia Española*, 1924), del erudito investigador D. Lucas de Torres, y las anteriores aportaciones al estudio de Cetina del mismo D. Eugenio Mele, citadas en el folleto origen de esta reseña.

durante su estancia en Italia ni después. Si terminó por fin no fué el causante él, sino *Amarillida*, a quien los Sres. Mele y Alonso Cortés identifican tan verosímil como ingeniosamente con doña Marina Siguriosa, objeto de una poesía de Cetina.

Otras damas cantadas por el poeta del Betis en diversas ocasiones le consolarían tal vez del fracaso de estos dos amores de su juventud. Tales fueron doña Cecilia Millas, a quien dedica un soneto lleno de gracia y soltura, y doña María de Mendoza, identificada dudosamente por Morel-Fatio con la condesa de Rivadavia o con su hija y homónima doña María de Sarmiento Mendoza, casada con el duque de Sessa D. Gonzalo Fernández de Córdoba, sobrino del Gran Capitán. Doña María de Cardona, marquesa de Pádula, y doña María de Aragón, marquesa del Vasto, ensalzadas en sendos sonetos, aún aparecen más alejadas de cualquier relación erótica con Gutierre de Cetina. Otra dama a quien describe con exaltación, como a belleza «única y rara», ni seudónimo tiene, y quizás haya de identificarse con uno de los otros amores conocidos.

Pero la pasión que poseyó a Gutierre de Cetina como ninguna fué la que contrajo en Italia. A su carácter vehemente alude un soneto:

No fué el primer amor el que ahora siento;
mas sé yo bien, al fin, será el postrero.»

La protección amistosa que le dispensaba la princesa Molfeta hizo que confiara a ésta su grande amor por *Laura*, la «suprema belleza» de donde le habrán de venir nuevas desdichas.

¿No es realmente curiosa esta similitud de nombres entre las amadas de Petrarca y de Cetina, hasta en esto imitado e imitador, respectivamente? Sólo hubiera faltado tan singular coincidencia para que, leyendo a Cetina, la ilusión petrarquista fuera completa, como lo es en aquello puramente objetivo.

Unicamente, que en nada eran parecidas —salvo la igualdad de nombres— la amada de Cetina y la divina madona Laura. No embelleció la vida del poeta español la condesa Laura Gonzaga Trivulzio, personaje real que corresponde a la *Laura* de las poesías, sino que vino a ensombrecerla. Mudable, y «ansí como en cualquier terreno prende», olvidó al poco tiempo por completo a Cetina, que no ocultó su dolor y su cólera, trocados más tarde en amarga tranquilidad.

No obstante, a los ojos incomparables de esta ingrata Laura va dirigido, según sospechan los Sres. Mele y Alonso Cortés, el maravilloso madrigal «Ojos claros, serenos», a cuyo estudio se dedica buena parte del excelente trabajo que comentamos.

Deshacen los autores de modo irrefutable la hipótesis del notable hispanista italiano Ramiro Ortiz, que supone derivado el madrigal de Cetina de uno de Strozzi («Luni soavi e chiari»), y antecedente a su vez del de Guarini «Ochi stelle mortali», aportando innumerables datos con los cuales prueban cómo Cetina, sin necesidad de antecedentes concretos, sino siguiendo la poesía italiana, en conjunto, compuso su madrigal inspirándose en el espíritu y en el gusto de la época. Las abundantes semejanzas que

señalan entre él y las poesías de otros autores no revelan proceso imitativo alguno. Son meras analogías de motivos poéticos y eróticos que prueban una vez más la estrecha relación de las poesías italiana y española del siglo de oro.

En cuanto a la posibilidad de la teoría de D. Julio Cejador, que supone el madrigal de Cetina derivado de un villancico popular («Aunque con semblante airado»), prueba, no una imitación, sino quizás la existencia de una fuente común, interpretada por el poeta sevillano al estilo de la poesía italianizante con indudable acierto.

Finalmente, y por parecerme de extraordinario interés, reproduciré aquí el texto del famosísimo madrigal —tomado del *Libro de Música* de Miguel de Fuenllana— y publicado de nuevo por los Sres. Mele y Alonso Cortés «tal como le debía de cantar el mismo Cetina al son de la vihuela», según se cree:

«Olos (*sic*) claros, serenos:
si de un dulce mirar soys alabados,
¿por qué si me mirays, mirays airados?
Si quanto más piadosos
más bellos pareceys aquel que os mira,
no me mireys con ira,
porque no parezcays menos hermosos.
Ay, ay, tormentos raiuosos.
Ojos claros, serenos,
ya que ansí me mirays, mirays al menos.»

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.



LOZOYA, MARQUÉS DE.—*Historia del Arte Hispánico*, tomo I, 532 páginas, 617 ilustraciones. Salvat Ediciones (S. A.). Barcelona, 1931.

Recibamos con alegría la aparición de un libro semejante. Ya era de urgente necesidad poner al alcance del público culto y no especialista, y de los que se inician en los estudios de historia del arte, un manual expositivo del arte peninsular en que se hiciera patente su importancia y riqueza y se resumiera el avance que para su estudio y comprensión han aportado en lo que va de siglo los trabajos de eruditos extranjeros y nacionales, especialmente estos últimos.

Y hacía falta doblemente este trabajo, que emprende ahora el marqués de Lozoya, a causa del interés realmente extraordinario que en los últimos veinte años ha despertado en el extranjero la historia del arte peninsular. Interés que se ve traducido en multitud de monografías y artículos en revistas, que por su carácter técnico, eran forzosamente desconocidas de

la gran multitud de españoles, y que revisando valores o aplicando los nuevos métodos críticos, han cambiado la valoración y el aprecio de nuestras obras más importantes o concepciones artísticas más destacadas. Si a esto se añade la fecundísima actividad de nuestros investigadores, especialmente en lo que se refiere a la arqueología, sacando a luz multitud de monumentos perdidos en las entrañas de la tierra, alejados en los últimos rincones de la península o yacentes entre el polvo de nuestros archivos eclesiásticos o de protocolos, se comprenderá la importancia de una obra que reúne todos estos materiales y ordena y sistematiza todas las teorías resultado de estos trabajos, presentándolos al público en una forma breve, sencilla y completa.

Este es el mérito fundamental exigible a una obra de divulgación, que al mismo tiempo trate de estar al día. No la discusión de teorías, ni la actitud personal del autor llevada a extremos hipercríticos. Quédese esa postura para los trabajos de investigación sobre un tema particular. Aquí los valores de erudición deben ser superados por los valores pedagógicos de exposición y de método, y precedidos de un amplio conocimiento de todos los materiales que se trata de ordenar. El marqués de Lozoya ha sabido ver esto, y ha sabido sacrificar la brillantez y, lo que es más difícil, el deseo natural del autor de realzar su personalidad a la eficiencia de su trabajo. Como él mismo dice en el prólogo: «Apenas hay, pues, en este libro nada de original. El autor ha ceñido su trabajo a la selección de monografías y a la ordenación artística de su contenido, sin olvidar nunca que escribe para el gran público, al cual resultaría enojoso un excesivo tecnicismo, y por esto no me parece malgastado el espacio que se emplea en exponer algunas nociones sistemáticas que suelen ir al comienzo de cada capítulo y que pueden parecer demasiado triviales al que no tenga presente que el carácter de esta obra es de divulgación». El esfuerzo que supone realizar esto, no es menos importante ni menos útil que la más interesante labor investigadora, y por haberlo hecho, debemos estar agradecidos al autor.

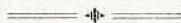
En cuanto al título, el marqués de Lozoya, defiende el que ha adoptado para su obra, por comprender el plan de ésta, todo el arte peninsular más el de todos los países que fueron colonizados por peninsulares, «siempre que este arte responda al impulso recibido de las metrópolis y no exclusivamente a la actividad de las razas indígenas». El título, sin embargo, a primera vista, se presta a confusiones por estar ya introducido este término de «Arte Hispánico» por una escuela de Arqueólogos para designar el arte peninsular prerromano, pero realmente no es cosa fácil encontrar un nombre apropiado y exacto para cobijar un plan tan vasto como el autor se ha propuesto.

El contenido de este primer tomo, abarca desde el arte cuaternario hasta el arte romántico inclusive, comprendiendo, naturalmente el arte hispano musulmán, y por lo que respecta al contenido que ha presidido su formación, queda suficientemente explicada en las líneas anteriores. Con clara exposición el autor presenta al principio de cada capítulo la definición y los límites del período que trata, resumiendo después las características y el desarrollo de dicho período, que fundamenta en la bibliografía más importante y casi completa que actualmente existe, y que va añadida al

fin del capítulo. Con esto, el lector puede tener una idea precisa de cada una de las manifestaciones artísticas peninsulares, pues el método es riguroso, la exposición clara y la fundamentación erudita y completa.

En una obra como la que nos ocupa, la parte gráfica tiene una importancia fundamental. Sólo elogios merece la ilustración de este volumen, por su cantidad, su selección y su reproducción. La casa editorial ha secundado los esfuerzos del autor para hacer un libro de tipografía grata, de ilustración rica y seleccionada y de contenido útil.

RAFAEL MARTÍNEZ



BOIX, FÉLIX.—*Obras ilustradas sobre Arte y Arqueología, de autores españoles publicadas en el siglo XIX*. Madrid, Gráficas Marinas [1931], 64 págs. + XVI láms.

El *amateur* de las letras. Por antonomasia, Félix Boix. El arte por el arte. Desnaturalizado el interés impuro que en el arte existe. Escribir, pero sin apremios de la exigencia material, cuando un pensamiento insigne apremia en los puntos de la pluma.

Félix Boix —¡quitémosle el excelentísimo y el don, que son como su *altura* para sus ferrocarriles y para sus méritos sociales; pero que le quitan su prestigio de artista «doble»: por su arte y por su «amateurismo»!— Félix Boix de tarde en tarde se desentiende de sus rigores cotidianos, suelta el lastre de la minucia del detalle y del interés bastardo de cada hora y penetra resueltamente —como quien conoce bien la casa, y aun como a quien la casa debe algo de su esplendor y gusto bienquistados— en la mansión de las bellas y de las buenas letras.

En abril último, con motivo de la Fiesta del Libro, ante las seis Academias reunidas en la de la Historia, Félix Boix, en representación de la de Bellas Artes de San Fernando, pronunció su discurso con el título que inicia esta reseña. Tema interesante por sí; esto es: por referirse a motivos poco referidos y por comentarlos con singular acierto y finos alardes. «El siglo XIX es en España agitado período muy poco favorable para el aprecio y difusión de publicaciones artísticas. La guerra de la Independencia en sus comienzos, las civiles más tarde, las luchas intestinas y frecuentes revoluciones políticas, fueron causas que determinaron el empobrecimiento del país y retrasaron su progreso, produciendo, además de tan perniciosos efectos, un estado de cosas y ambiente espiritual inadecuados para la vida de publicaciones que forzosamente habían de resentirse de semejante situación, que dificultó su existencia y ocasionó frecuentemente su prematura muerte.»

Son éstas palabras iniciales del Sr. Boix. Inmediato inicia una breve y completa enunciación de las partes de su tema. A principios del siglo,

en el año 1815, se establecen en España los primeros talleres litográficos —invento este de la litografía alemán de origen y de fines del siglo anterior—. D. José Cardano —año de 1819—, en su taller de Madrid, stampa las primeras litografías de Goya; y D. José de Madrazo, pintor de cámara del absoluto Fernando VII, obtiene el privilegio del «Real Establecimiento Litográfico», para que en él se llevara a cabo la monumental obra de reproducir todos los cuadros del Prado y darlo así a conocer en todo el mundo. «Tal fué el origen de la magna obra titulada *Colección lithográfica de cuadros del Rey de España el señor Don Fernando VII*, cuya primera entrega salió en marzo de 1826 con lujo inusitado.»

En 1835 un grupo de «románticos» de los que hacían tertulia en la fonda de San Sebastián y en la Fontana de Oro —Lista, Eugenio Ochoa, Espronceda, Ventura de la Vega— crea una revista denominada *El Artista*, impresa por Sancha e ilustrada en el «Real Establecimiento». A *El Artista* sucede, en 1847, otra, titulada *El Renacimiento*, y en ésta colaboran los finos artistas Pedro Madrazo, Carderera, Assas y Masarnau. Francisco Javier Parcerisa, litógrafo y dibujante, edita *Recuerdos y bellezas de España*, que, según Menéndez y Pelayo, fué «como el centro de nuestra arqueología romántica», y colaboran en ella Piferrer, José María Cuadrado...

Sencillamente, sin omisiones ni barroquismos, el Sr. Boix sigue su investigación, que si no puede mostrarnos abundancias que no se dieron, sí nos presenta la calidad exacta de lo real. En Barcelona —1884—, Daniel Cortezo emprende la publicación de *España, sus monumentos y sus artes, su naturaleza e historia*, reimprimiendo los textos de la de Parcerisa, y adicionándolos en ocasiones.

Más nombres y más obras: Valentín Carderera, Amador de los Ríos, Gil Dorregaray, Juan José Martínez, Juan de Dios de la Rada, Cruzada Villamil, Carlos Haes, Unceta, Arango... *España artística y monumental* —1842—, *Iconografía española, Monumentos arquitectónicos de España*, *Real Museo de Madrid* —1857—, *El arte en España* —1862—, *Museo español de antigüedades* —1872—, *Historia de la villa y corte de Madrid*...

Al discurso benemérito, erudito y ameno a la par, de Félix Boix acompañan diez y seis láminas al huecograbado: Portada y página de la *Colección lithográfica de cuadros del Rey de España* —1826—. Portada y cuatro reproducciones de *El Artista* (*Un romántico*, *El Monasterio*, *Don Angel de Saavedra* y *García Gutiérrez*). Portada y cuatro reproducciones de *Recuerdos y bellezas de España* —1839— (*Sepulcro de los Escipiones*, *San Miguel de Lino*, *San Antolín de Bedón* y *Relieve de San Marcos de León*). Dos reproducciones de *España artística y monumental* (Portada y *Romería de San Isidro*). Reproducción de la *Estatua yacente de Doña Isabel de Portugal*, en la Cartuja de Miraflores; *Iconografía española*, y *El entierro de la sardina*, de Goya, como cuadro selecto de la Real Academia de San Fernando.

Todos los escritos de este *amateur* de las bellas y de las buenas letras que es Félix Boix —ya le darán el excelentísimo y el don quienes vivan de su burocracia— están editados de una manera primorosa. Logran una consonancia rara en buen gusto, calidad y agrado el autor y sus editores.

S. DE R.

ARCE BLANCO, MARGOT.—*Garcilaso de la Vega. Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI*. Madrid, 1930.

Nunca se lamentará bastante el error crítico del siglo pasado al escamotear la cultura española de la influencia renacentista. D. Marcelino Menéndez y Pelayo —excepción como siempre en esta ceguera general— logró enlazar a nuestros humanistas del siglo de oro con los del Renacimiento. Gran parte de la *Historia de los Heterodoxos* responde a este fin. Pero su muerte, eternamente prematura, le impidió relacionar de igual forma la poesía española con los poetas y la ideología renaciente, según proyectaba, y bien se transparenta en las *Ideas estéticas*.

Nadie hasta ahora se ha atrevido a realizar este estudio, que requiere gran trabajo y extenso conocimiento de la literatura italiana clásica, tan rica y variada. Alguna nota suelta es lo único aportado para esta ingente obra.

Por ello el libro de Margot Arce Blanco —tesis doctoral suya en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid—, que es un notable avance en este sentido, presenta extraordinario interés y ha de inducir seguramente a realizar otros estudios de igual índole.

Nada sería más provechoso para esclarecer muchos problemas ideológicos de nuestra literatura de los siglos XVI y XVII, que descubrir los infinitos caminos por donde penetró el espíritu renaciente, ya indiscutible, de la mayoría de los escritores de la Edad de Oro.

Con este estudio pierde Garcilaso, tanto como Boscán, el ridículo aspecto de viajante del endecasílabo —el endecasílabo esporádico o bárbaramente referido a los falsos versos de once sílabas del Arcipreste de Hita— con que la crítica anterior les presentaba.

Garcilaso no es ya —como no lo fué nunca— el experimentador de métrica italiana. La finura crítica de la doctora Arce nos lo presenta —a través del capítulo «Un poco de crítica»— en la realidad de altísimo poeta que no rehuye marchar al frente de la evolución literaria de su tiempo.

Así, va señalando certeramente en la obra de Garcilaso cada uno de los elementos que constituyen su integración.

El mundo que enmarca la poesía de Garcilaso es el artificio pastoril de raigambre neoplatónica que se opone al concepto del perfecto cortesano con que tratan de renovar la vida social los hombres renacentistas.

En este ambiente bellamente creacional se mueven los pastores del poeta toledano. Entre la «natura principio autónomo» y el «ansia de reposo» del *Beatus ille*, impulsados de un amor, que varía esencialmente del característico del Renacimiento al impregnarse del realismo típico de nuestra literatura con detrimento del matiz platonicista, tan sutilmente satirizado por Cervantes. El resultado de esta divergencia es el triunfo del racionalismo sobre la pasión idealizada, mediante la impulsión de la fatalidad.

No menos atrayente es el estudio de la melancolía, que elegantizaba a los renacientes, analizada a través de la obra de Garcilaso. Una casual si-

multaneidad de lecturas me ha mostrado un paralelismo evidente entre esta tristeza de Garcilaso y la de Virgilio, el otro gran poeta eglógico (1), pese a la diversidad de sus caracteres. Tristeza causada por el desengaño amoroso la de Garcilaso, se extiende hasta la tristeza universal de la vida y los problemas vitales que vibran en la poesía virgiliana: los dos unidos y semejantes en un anhelo de perfección humana y social; los dos estoicamente superiores a esta misma perfección.

Magnífico acierto ha sido, entre todos los que integran el libro de Margot Arce, el de comentar, con la agudeza que lo hace, aquellos inmortales versos, donde está cautivo el triunfo del dolor sobre la pobreza del espíritu:

«No me podrán quitar el dolorido
sentir, si ya del todo
primero no me quitan el sentido.»

Únicamente quien, como Garcilaso, se muestra sereno y seguro en sus ideas religiosas y morales, según hace observar Margot Arce, puede oponer su estoicismo a la fortuna y a los hados sin perder ni un átomo de la elevada dignidad de sí mismo, que le arrastra del pináculo de la gloria mundana, como triunfo de la vida, al desastre psicológico del derecho a morir. ¡Virtud asombrosa esta de Garcilaso, que, en medio del fracaso de la vida, le permite conservar perenne el dominio de la razón!

Y es esta razón, triunfante de las pasiones y exaltada por el Renacimiento, la que forma por sí misma casi un tema de Garcilaso.

Otro de los discernidos hábilmente por Margot Arce es la mujer. *La mujer* más que *las mujeres*, pues en su vaguedad vienen a ser una sola todas las amadas de Garcilaso.

Los capítulos dedicados a estudiar la imitación de Garcilaso respecto a los italianos, y su estilo literario, revelan en la doctora Arce erudición y cultura nada comunes, y son, acaso, lo más comprensivo que se ha logrado en esta dirección.

En cuanto al sentimiento de la naturaleza en Garcilaso, le dedica la autora especial atención en su tesis.

En él aparecen todos los matices renacentistas perfectamente definidos: el cromatismo racionalista que llega a la pobreza y la frialdad a menudo; la claridad atmosférica de sol radiante y aguas transparentes que marcan aún más los frecuentes contrastes de claroscuro; la sonoridad múltiple que esquiva la onomatopeya y conserva el rumor del paisaje; la serenidad solitaria...

He aquí la síntesis del paisaje en Garcilaso, a que llega Margot Arce:

«En resumen, Garcilaso ama el paisaje de llanura, con colorido escaso, predominando el verde y el blanco; gusta de la claridad, la suavidad y la sencillez; las sensaciones de sonido y silencio que nos ofrece estarán ex-

(1) Véase el bellissimo estudio de mi querido maestro y amigo D. Eloy Bullón *La tristeza de Virgilio*, publicado recientemente en *La Epoca* (12 de enero de 1931), donde demuestra una vez más el docto catedrático de la Universidad Central sus dotes de humanista y escritor.

quisitamente notadas y buscará siempre en todo lugar el reposo, la soledad y la quietud que él siente íntimamente.*

La actitud de Garcilaso ante este paisaje de depuración exquisita es la del espectador que contempla el mundo exterior a través de su propia psicología, imponiéndole, a veces, un individualismo exacerbado.

Una completa bibliografía cronológica va al final de la obra que hemos reseñado muy por encima. Auxiliaron a la autora en la creación del libro D. Tomás Navarro y D. Américo Castro, y de la impresión y corrección de pruebas ha cuidado con su esmero peculiar D. Homero Serís, por encargo del Centro de Estudios Históricos, que la ha publicado a expensas de los paisanos de la señorita Arce y de los españoles residentes en Puerto Rico, rasgo éste de verdadero hispanoamericanismo.

JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS Y PEÑA.

BIBLIOGRAFÍA MADRILEÑA

Generalidades

2.159. *Bibliografía madrileña*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 233-236. V. núm. 2.104.

2.160. Pérez Mínguez, Fidel.—*La condesa de Castellar, fundadora del convento de las «Carboneras»*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 152-170. V. núm. 2.105.

Hechos históricos

2.161. Huarte, Amalio. — *La estancia del archiduque en Madrid en 1710*, en REV. DE LA BIBL., ARCH. Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 197-203.

Escritores madrileños

2.162. Altschul, A.—*Lopesche Motive in Calderons «La vida es sueño»*, en *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung*. Gütersloch, L, 1930, págs. 222-237.

2.163. Araujo-Costa, Luis, — *Segundo centenario de Don Ramón de la Cruz*, en *La Época*. Madrid, 28 marzo, 1931.

2.164. Artiles, Jenaro.—*Larra y el Ateneo*, en REV. DE LA BIBL., ARCHIVO Y MUSEO, Ayuntamiento de Madrid, VIII, 1931, págs. 137-151.

2.165. Calderón de la Barca, Pedro, y Coello y Ochoa, Antonio.—*Yerros de naturaleza y aciertos de la fortuna*. Comedia. Edición y observaciones preliminares de E. Juliá. Madrid, Edit. Hernando, 1930, 174 págs., 8.º

2.166. Guignard, R. — *Calderón dans le «Franentaschenbuch»*, en *Revue de Littérature Comparée*. Paris, X, 1930, págs. 733-746.

2.167. Larra, M. J. de.—*El Doncel de Don Enrique el Doliente*. Novela. Madrid, Edit. Colón, 1930, 304 págs., 8.º

2.168. Leavitt, S. E.—*Apples of Hesperides in the «Estrella de Sevilla»*, en *Modern Language Notes*. Baltimore, XLV, 1930, pág. 314.

2.169. Ramírez Tomé, A.—*En la casa que fué de Lope de Vega establecerá la Academia el Museo Lupiano*, en *A B C*. Madrid, 18 abril, 1931.

2.170. Rodríguez Marín, Francisco.—*En el aniversario de la muerte de Cervantes. Las ilustraciones inéditas de Luis Purcet a las Novelas ejemplares*, en *Ahora*. Madrid, 23 abril, 1931.

2.171. San José, Diego.—*Ante el segundo centenario de Don Ramón de la Cruz, el maestro del sainete*, en *A B C*. Madrid, 25 marzo, 1931.

2.172. San José, Diego.—*Ante el centenario de Don Ramón de la Cruz. Perfiles de su tiempo*, en *A B C*. Madrid, 19 abril, 1931.

2.173. San José, Diego.—*La muerte del ingenioso hidalgo Don Miguel de Cervantes*, en *El Imparcial*. Madrid, 19 abril 1931.

2.174. Santos Redondo López, C.—*La vida y la obra de Don Ramón de la Cruz, el glorioso cantor del pueblo madrileño*, en *Heraldo de Madrid*, 28 marzo 1931.

2.175. Tamayo y Baus, M.—«*Una apuesta*» and «*Huyendo del perejil*». Edited with introduction, notes, direct-method exercises and vocabulary, by Cony Sturgir and Juanita C. Robinson. New York, Macmillan, 1930, IX + 103 págs.

2.176. Vega, Lope de.—*Obras*. Publicadas por la Real Academia Española. Nueva edición. Obras dramáticas. Tomo VII [Edic. y prólogo de E. Cotarelo y Mori]. Madrid, Tip. de la *Rev. de Arch. y Museos*, 1930, XXV + 719 págs., 4.º

2.177. Vega, Lope de.—*Obras*. Publicadas por la Real Academia Española. Nueva edición. Obras dramáticas. Tomo IX [Edic. y prólogo de A. González Palencia], Madrid, Tip. de la *Rev. de Arch. y Museos*, 1930, LXI + 766 págs., 4.º

2.178. Vega, Lope de.—*Obras*. Publicadas por la Real Academia Española. Nueva edición. Obras dramáticas. Tomo XIII [Edic. y prólogo de E. Cotarelo y Mori]. Madrid, Imp. de Galo Sáez, 1930, XXVII + 678 págs., 4.º

2.179. Vossler, K.—*Jacinto Benavente*, en *Corona*. Munchen, I, 1930. págs. 108-120.

Archivos, Librerías, Bibliotecas e Imprentas

2.180. Ramírez Tomé, A.—*La Biblioteca Nacional*, en *A B C*. Madrid, 25 junio, 1931.

Bellas Artes, Artistas, Monumentos y Museos

2.181. Castrovido, Roberto.—*El Museo Sorolla*, en *El Liberal*. Madrid, 16 junio, 1931.

2.182. Martínez Olmedilla, Augusto.—*El ruiseñor en la Corte*, en *A B C*. Madrid, 15 marzo, 1931. [Trata de Carlos Broschi, *Farinelli*.]

2.183. Méndez Casal, Antonio.—*El nuevo Museo madrileño de Joaquín Sorolla*, en *A B C*. Madrid, 12 junio 1931.

2.184. Silvio Lago.—*El Museo de Sorolla*, en *Nuevo Mundo*. Madrid, 26 junio 1931.

Instituciones nacionales en Madrid

2.185. Mata, Juan M.—*El Monte de Piedad de Madrid*, en *A B C*. Madrid, 22 marzo 1931.

Planos y guías. Obras y proyectos

2.186. Bello Poëyusan, Severino.—*Memoria del Canal de Isabel II en el año 1928*, por... , con otros documentos: I, Estudio geográfico y geológico del territorio de las obras del Canal de Isabel II, por el profesor D. Francisco Hernández Pacheco. II, Nota a propósito del estudio anterior, por el Ingeniero Director D. Severino Bello. III, El Guadarrama, Madrid, y el agua del Lozoya, conferencia del mismo Ingeniero Director. Madrid, Diana, Artes Gráficas, 1930, 211 págs. con gráficos, planos y láminas, 4.º

2.187. Hernández Pacheco, Francisco.—*Estudio geográfico y geológico del territorio de las obras del Canal de Isabel.II*. Véase núm.

